

# Presentación

L

a obra de Marcos nos sitúa en la segunda generación cristiana. El Evangelio ya ha traspasado las fronteras religiosas del mundo judío y se ha abierto también a los gentiles, llegando incluso a la misma ciudad de Roma, centro geográfico, económico y político del Imperio Romano. Allí el cristianismo muy pronto es visto como un movimiento sospechoso y es duramente perseguido. Es en este contexto en el que probablemente Marcos escribe su Evangelio, *la Buena Noticia de Jesucristo. Hijo de Dios* (1, 1).

Una tradición muy antigua identifica a los destinatarios con la comunidad perseguida de Roma en tiempos de Nerón (año 64). Se trata de una comunidad mayoritariamente de origen pagano, pobre y en crisis, que estaría llamada a dar testimonio de su fe tal como la dio su Maestro y Señor en la Cruz.

A este Evangelio siempre se le ha llamado “según San Marcos”, atribuyendo la autoría a un discípulo de San Pedro: el mismo Juan Marcos que se nombra en el libro de los Hechos y que envía saludos en *Col* 4, 10; *Flm* 24 y *1 Pe* 5, 13. Aunque esta atribución no es absolutamente cierta, tampoco hay razones suficientes para negarla.

En cuanto a la fecha de su composición, según la tradición, Marcos escribió su Evangelio después de la muerte de San Pedro (año 64); y según datos que nos ofrece su Evangelio, antes de la destrucción de Jerusalén llevada a cabo por los romanos debido a la rebelión de los judíos (año 70). Por eso se acepta como fecha probable de composición del año 65 al año 70. En cuanto al lugar de composición, Roma es el espacio más aceptado, no sólo porque así lo indica la tradición, sino también por ciertas referencias que el mismo Evangelio presenta.

El Evangelio de Marcos fue para las primeras comunidades cristianas, y lo sigue siendo para las de hoy, una invitación a descubrir el auténtico rostro de Jesús, recorriendo junto a Él la senda que conduce hasta la Cruz y que culmina en la Resurrección. Es un escrito de carácter catequético y pastoral que ayudará a profundizar en la persona y en el misterio de Jesús. Desde esta perspectiva, el Evangelio se puede dividir en dos partes:

1. Jesús revela quién es y cuál es su misión por medio de sus acciones y de su enseñanza. Escoge un grupo de colaboradores, a quienes da instrucciones precisas. El punto culminante es la proclamación de Pedro: “*Tú eres el Mesías”* (1, 1-8, 30).
2. Jesús muestra que cumplirá su misión en la humillación y la muerte, pues ha venido *“para servir y dar su vida en rescate para la multitud”* (10, 45). Sin embargo, la muerte no será el final; después de resucitar volverá a reunir a sus discípulos, para encargarles una misión (8, 31-16, 20).

En las celebraciones dominicales de este año viviremos el ciclo litúrgico B y durante este tiempo nos acercaremos al Evangelio según San Marcos. Por eso, una vez más, con el mismo propósito de los años anteriores, el Equipo Diocesano de PROCALA (Proyecto de Capacitación Laical) ofrece este material de reflexiones dominicales elaborado por el Padre José Lorenzo Guzmán Jiménez. Esperamos que sea una herramienta de mucha utilidad y provecho para todos los agentes de pastoral de la Diócesis de Ciudad Guzmán.

EQUIPO DIOCESANO DE PROCALA

# 1er Domingo de Adviento

## Velar

**Textos:** Is 63, 16-17; 64, 1. 3-8; 1 Cor 1, 3-9; Mc 13, 33-37

Al comenzar el tiempo de Adviento, el Señor Jesús nos dice: *“Velen”* (*Mc* 13, 33). Esta es la actitud propia para el tiempo de preparación para la Navidad. Esta debe ser la actitud de la Iglesia todo el tiempo hasta la segunda venida de Cristo. El color morado significa y nos recuerda el mandato de Cristo de velar y estar preparados. ¿Cómo hacer nuestra preparación en medio del ambiente de violencia en que vivimos? ¿Cómo mantenernos en vela de frente al consumismo?

La violencia crece y crece. La vemos y escuchamos todos los días: en la propia casa, en el barrio o colonia, en el trabajo, en contra de las mujeres, en nuestra ciudad, en otros lugares, en otros países y continentes. Cada rato nos sacuden las escalofriantes noticias de cuerpos encontrados en baldíos, vehículos, puentes, fosas clandestinas… y con huellas de tortura. Este es el signo máximo de lo violento que se está volviendo nuestro país. Jesús nos dice que velemos.

La razón de mantenernos en vela es no saber cuándo va a llegar el momento. Velar implica no solo mantenerse despiertos sino también estar activos. La espera es por tanto activa. Esto es fundamental en nuestra experiencia cristiana. En los días de Adviento se nos da la oportunidad de retomar esta actitud. Para decirnos que hay que mantenernos velando y trabajando, Jesús utiliza la imagen del hombre que sale de viaje y en su casa deja tareas a cada uno.

A nosotros nos toca aclarar cuáles son nuestras tareas. Jesús nos ha encomendado amarnos los unos a los otros, perdonar a los que nos ofenden, ser sencillos y limpios de corazón, hacernos servidores de todos, y muchas más cosas. Como Iglesia hemos recibido la tarea de ir por todo el mundo a anunciar la Buena Nueva. Personalmente nos ha pedido renunciar a nosotros mismos, tomar nuestra cruz de cada día y seguirlo. Todo esto es lo que tenemos que hacer.

Realizar estas tareas de manera permanente nos ayudará por una parte a poner las bases para que en nuestro mundo se evite la violencia; por otra, nos llevará a *permanecer irreprochables hasta el fin, hasta el día de su advenimiento* (*1 Cor* 1, 8), como dice Pablo. Pero las tenemos que estar viviendo día a día. *“No vaya a suceder que [el Señor] llegue de repente y los halle durmiendo”* (*Mc* 13, 36), nos dice Jesús. Por eso el Adviento consiste en una espera activa.

También este tiempo nos da la oportunidad de avivar la actitud de estar en vela y alerta frente al ambiente de consumismo. No es lo central ni del Adviento ni de la Navidad. Desde hace años se promueve de parte del comercio el “buen fin”. Ciertamente es un buen fin el que han conseguido los grandes comerciantes, pues venden mucho. Ese es su fin: una primera venta navideña. Pero se pone en riesgo –¡aún más!– la economía del país por el uso de las tarjetas.

La preocupación principal de los discípulos y discípulas de Jesús tiene que estar centrada en los encargos que Él nos hizo. Esto exige que, ante la cercanía de la Navidad, sepamos discernir entre lo que ofrece el comercio y lo que pide Jesús. Son dos cosas totalmente diferentes. La preparación para la Navidad la tenemos que hacer desde el fondo de nuestro corazón: vivir el amor y evitar la violencia; acrecentar el compartir y evitar el consumismo. Eso es velar.

La Eucaristía de este domingo nos pone en el camino de encuentro con el Señor Jesús, que se hace Pan para nosotros. Viene a nuestro encuentro de manera sacramental. ¿Estamos preparados para recibirlo? ¡Qué tal que llegue –en unos minutos más lo hará– y estemos dormidos en relación a nuestras responsabilidades, y no nos encontremos con Él! Que nuestra participación en la Eucaristía nos ayude a mantenernos siempre velando mientras que vuelve el Señor.

# 2º Domingo de Adviento

## Preparar el camino del Señor

**Textos:** Is 40, 1-5. 9-11; 2 Pe 3, 8-14; Mc 1, 1-8

En este segundo domingo de Adviento resuena la invitación de Isaías, retomada por Juan el Bautista: *“Preparen el camino del Señor”* (*Mc* 1, 3). El Señor se acerca, viene a nuestro encuentro y necesitamos estar preparados para recibirlo. Hoy llega a nosotros en la Eucaristía hecho Pan. En la Navidad recordamos y celebramos su primera venida a nuestro mundo, hecho carne en el vientre de María. Como Iglesia nos preparamos a su segunda venida: “Ven, Señor Jesús”.

Así como nos preparamos cuando sabemos que alguien nos va a visitar, así nos tenemos que preparar al saber que Jesús, el Hijo de Dios, viene a nuestro encuentro. El modo de hacer esta preparación es con toda nuestra vida. Nos dice san Pedro en la segundo lectura que se proclamó: *piensen con cuánta santidad y entrega deben vivir ustedes esperando y apresurando el advenimiento del día del Señor* (*2 Pe* 3, 11-12). ¡Se nos pide vivir con santidad y compromiso!

¿Quién vive en la santidad? Si reconocemos que no llevamos una vida santa, entonces el camino es el de la conversión. Por eso nos dice Dios en su Palabra que preparemos el camino del Señor. ¿Cómo? Según lo que dice Isaías con los ejemplos de elevar los valles, rebajar los montes, enderezar los caminos torcidos y emparejar lo disparejo, lo que nos toca asegurar es que no haya desigualdades, injusticias, divisiones, vidas torcidas, personas y comunidades rasposas.

Todo eso impide prepararle el camino al Señor y por eso estamos invitados a hacer un cambio en nuestra vida, tanto personal como comunitaria; cambio que llegue a la vida de la sociedad. Juan el Bautista fue lo que predicó a sus paisanos para disponerlos a recibir al Señor, su primo, que ya se disponía a iniciar su misión. La invitación de Juan, que también se estaba preparando, era con la palabra y con su testimonio de vida. Su testimonio respaldaba lo que decía.

Tenemos que aprender de Juan en su doble dimensión: su estilo de vida y su servicio hacia el que venía detrás de él. Juan vivía en el desierto. El desierto fue el lugar de enamoramiento de Dios y su pueblo, Israel. Allí, durante cuarenta años, Dios fue forjando a su pueblo. Allí hicieron una alianza, como sucede con los novios cuando llegan a casarse: el enamoramiento culmina en la alianza matrimonial. Yahvé se comprometió a ser el Dios de Israel; Israel, el pueblo de Yahvé.

Juan no vestía ropa de marca, como se busca hoy día, sino con una piel de camello y sandalias. Se alimentaba de saltamontes y miel, no de comidas instantáneas o chatarra, como muchos de nosotros. Llevaba la vida de los profetas. De esta manera tenía credibilidad su palabra: lo que decía no andaba por un lado y lo que vivía no andaba por otro. Esto nos orienta en relación a nuestra preparación personal para recibir al Señor. ¿Cómo vivimos? ¿Damos testimonio?

Juan no se predicaba a sí mismo sino que le iba preparando el camino al Señor, que era el importante. Lo que hacía era disponerle a su pueblo para acogerlo. Los padres de familia, agentes de pastoral en la comunidad, sacerdotes, tenemos la tarea de preparar a los hijos, a las comunidades, para recibir a Jesús. No somos nosotros los importantes. Somos solamente servidores. ¿Cómo estamos preparando a los hijos, a la comunidad, a la ciudad, para recibirlo?

En este domingo Jesús viene a nuestro encuentro. Lo hace de manera sacramental. Dispongámonos a recibirlo sabiendo que falta su segunda venida. Preparemos el camino del Señor. Retomemos el camino de conversión, enderecemos lo que anda torcido en nuestra vida, quitemos desigualdades e injusticias, eliminemos nuestras actitudes rasposas. Asumamos en serio la invitación de Pedro a vivir santamente y apresurando el advenimiento del día del Señor.

# 3er Domingo de Adviento

## Testigo

**Textos:** Is 61, 1-2. 10-11; 1 Tes 5, 16-24; Jn 1, 6-8. 19-28

En este tercer domingo de Adviento aparece como personaje principal Juan el Bautista; aunque él no se ubica como el más importante, sino que se presenta siempre al servicio del Mesías. Dice el texto del evangelio que *vino como testigo* (*Jn* 1, 7). Un testigo da testimonio de algo o de alguien. En este caso, Juan da testimonio de Jesús, quien es presentado como luz. El Bautista *no era la luz, sino testigo de la luz* (v. 8). Así se ubica al responder sobre su identidad.

Con sus palabras y toda su vida, Juan vivió su servicio al Mesías: lo anunció ya cercano, le preparó el camino y lo presentó ante sus paisanos. Ante la pregunta sobre su identidad, Juan se mantuvo en su postura y esto nos tiene que enseñar. Le preguntaron que si era el Mesías y dijo que no; que si era Elías, y aclaró que no; que si era el profeta, y también respondió que no. Eso fue parte de su testimonio: decir y sostener que no era ni el Mesías ni Elías ni el profeta.

¡Qué diferencia de actitud la de nuestros políticos y gobernantes! Casi todos se presentan como los redentores de nuestro país. Lo escuchamos cada vez que va a haber elecciones y lo seguimos oyendo durante los días de registro de los candidatos a puestos de elección popular. Cada uno se presenta como el mejor, como el que más garantías de vida digna ofrece para la nación, el que trae la solución a todos los problemas. Se presentan como la luz para México.

A la pregunta sobre lo que él dice de sí, Juan muestra su identidad: *“Yo soy la voz que grita en el desierto: ‘Enderecen el camino del Señor’”* (v. 23). Es, por tanto, el que le prepara el camino al Mesías. El Mesías es otro y Juan solamente está a su servicio. Y, cuando le piden la razón por la que bautiza sin ser el Mesías, habla de Él como de alguien ya presente: *“en medio de ustedes hay uno, al que ustedes no conocen, alguien que viene detrás de mí”* (vv. 26-27).

Con su presentación y la presentación que hace de Jesús, el Bautista se está convirtiendo en testigo de la luz. Sus palabras van disponiendo los corazones de las personas para recibir al Mesías. Jesús es la luz que viene a iluminar el mundo. ¿Cómo lo hará? Realizando lo que dice el profeta Isaías: anunciando la buena nueva a los pobres, curando a los de corazón quebrantado, proclamando el perdón y la libertad para los prisioneros, y pregonando el año de gracia de Dios.

La llegada del Mesías es motivo de alegría para el pueblo de Dios y para la humanidad, por la luz que trae para los pobres. Este domingo se nos invita a expresar como Iglesia esa alegría. El signo visible es el color rosa de la vela que se ha encendido en la corona de Adviento. Por eso decimos con Isaías: *me alegro en el Señor con toda el alma y me lleno de júbilo en Dios, porque me revistió con vestiduras de salvación y me cubrió con un manto de justicia* (*Is* 61, 10).

A la luz del testimonio de Juan Bautista preguntémonos si somos testigos de Jesús como él. Yo creo que esta es una de nuestras responsabilidades como miembros de la Iglesia, puesto que en el Bautismo fuimos iluminados por Cristo. Así se nos dijo a cada quien en el momento de la entrega de la vela encendida, y se nos pidió que camináramos como hijos de la luz, es decir, como testigos de la luz. ¿Nuestra vida hace que los demás se orienten hacia Cristo?

Mantengamos nuestra experiencia de preparación para celebrar la Navidad. Enderecemos nuestras vidas para prepararle el camino al Señor. Hoy Jesús viene a nuestro encuentro en un pedazo de Pan. Al recibirlo en la Comunión lo llevaremos con nosotros. Esto nos compromete a vivir como testigos suyos en medio de nuestro mundo, como lo fue Juan el Bautista. Volvamos a nuestra familia y a nuestra comunidad a comunicar la alegría de este encuentro sacramental.

# 4º Domingo de Adviento

## Escuchar la Palabra

**Textos:** 2 Sam 7, 1-5. 8-12. 14. 16; Rm 16, 25-27; Lc 1, 26-38

En este domingo, el último antes de la Navidad, se nos ofrece la figura de María de Nazaret como modelo de creyente en Dios. Ella escuchó su Palabra, la reflexionó, la aceptó y la puso en práctica, como le expresó al mensajero de Dios: *“cúmplase en mí lo que me has dicho”* (*Lc* 1, 38). Eso no solo lo dijo ante el ángel sino que lo realizó durante toda su vida. Hoy, de frente al testimonio de María, podemos revisar lo que hacemos ante la Palabra de Dios.

Volver sobre nuestra vida es el mejor modo de terminar nuestra preparación para celebrar el Nacimiento de Jesús, el próximo día 25. Porque seguramente que la mayoría anda pensando en los regalos, la cena, el lugar para reunirse. No es que no haya que hacerlo, pero quizá se está pensado muy poco en la propia vida: si andamos bien como miembros de la Iglesia; si en la vida familiar y del barrio estamos viviendo en armonía, como comunidad de hermanos.

 María estaba preparada para recibir al Mesías. Vivía su preparación junto con el resto de Israel. Ella esperaba y le pedía a Dios que cumpliera sus promesas. Lo que no sabía era que iba a ser llamada por Dios para recibir, dar a luz, criar y educar al Mesías. Esto se lo comunicó el ángel Gabriel. En el diálogo que nos narra san Lucas en el texto del Evangelio, aparece la capacidad de María para escuchar, discernir y hacer suya la Palabra que Dios le dirige.

Ella escuchó el saludo del ángel: *“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”* (v. 38). No es que María comprendiera todo y a la primera. La Palabra de Dios es sorpresiva. Llega muchas veces por donde menos se piensa. Pero llega y hay que descubrirla. Así le sucedió a la Virgen y por eso *se preguntaba qué querría decir semejante saludo* (v. 29). Ya era el primer paso después de escuchar la Palabra de Dios. ¿Qué pasa, qué significa esto, qué me quiere decir?

Luego vuelve a hablar Dios a través de su mensajero. Gabriel le comunicó la gran noticia y ella escuchó atentamente: *“No temas […]. Vas a concebir y a dar a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús”* (vv. 30-31). Ante la pregunta sobre el modo en que eso podría ser realidad, ya que todavía no vivía maritalmente con José, el ángel le habló de la acción del Espíritu Santo en ella y en Isabel. Entonces, al captar que era algo de Dios, aceptó sin más. Se unió a Dios.

La respuesta que dio María al enviado de Dios fue el culmen de este encuentro, pero también el inicio de un nuevo estilo de vida. Al decirle: *“Yo soy la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que me has dicho”* (v. 38), manifestó su decisión de llevar a la práctica hasta el final lo que Dios le pedía. Aceptó, hizo suya y puso en práctica, ya desde ahí, la Palabra de Dios. Eso cambió no solo la vida de María, sino la historia de la humanidad: tenemos que escuchar a Dios.

María le hizo caso a Dios y su vida siguió *“llena de gracia”* (v. 28), aunque experimentó sinsabores, problemas y sufrimientos. Si en nuestros días le hiciéramos caso a todo lo que Dios nos ha dicho en su Palabra, no habría familias divididas, injusticias en los lugares de trabajo, pleitos entre esposos, violencia en nuestro país, temor a salir a la calle; no habría estudiantes asesinados ni familias sufriendo por la pérdida de sus miembros. Al contrario, viviríamos en paz.

La Virgen de Nazaret nos enseña el camino para vivir en armonía: escuchar y llevar a la práctica la Palabra de Dios. Teniendo en cuenta su ejemplo, preguntémonos qué tanto escuchamos a Dios. Leemos la Biblia, escuchamos la Palabra en la Misa y en reuniones, ¿pero le hacemos caso? ¿La llevamos a la práctica? ¿Somos como María esclavos del Señor y por eso vivimos llenos de gracia? Alimentados por la Eucaristía, sigamos preparándonos para la Navidad.

# Natividad de Nuestro Señor

## La Luz

**Textos:** Is 52, 7-10; Hb 1, 1-6; Jn 1, 1-18

Se terminó el Adviento. Hoy celebramos el nacimiento de nuestro Salvador. El Hijo de Dios nació en Belén. Nació en medio de la noche y el evangelista Juan lo presenta como la luz. Es la luz de que hablaba Juan el Bautista mientras preparaba al pueblo a recibirlo. Es la luz que ilumina nuestro mundo lleno de las tinieblas de la pobreza, la violencia, la incertidumbre. Pero necesitamos recibirlo, dejar que nos ilumine. Para esto tenemos que hacernos como los pastores.

Los pastores estaban velando en medio de la noche. Los grandes, los poderosos, estaban durmiendo. Para los que estaban en vela llegó el anuncio del nacimiento del Salvador. Para ellos, despreciados por la sociedad, brilló la gloria del Señor. Ellos fueron capaces de recibir la Buena Nueva del nacimiento del Mesías. Los pobres están siempre abiertos a los signos de Dios y saben descubrirlos, recibirlos y llenarse de alegría. La luz los llena por dentro y la comparten.

Dice san Juan que *a todos los que lo recibieron les concedió poder llegar a ser hijos de Dios* (*Jn* 1, 12). La luz no hay que recibirla solo por fuera, sino por dentro, en el corazón. Si nos ilumina por encima, a la hora que se apague dejaremos de brillar; en cambio, si la llevamos en el corazón, por nuestra vida, palabras, acciones, gestos… resplandecerá para los demás. Los pastores se dejaron iluminar por la luz y, llevándola dentro de ellos, la transmitieron a todos.

Quien recibe a Jesús, acepta su mensaje, se deja iluminar y vive como Él, se convierte en hijo de Dios. No basta entonces con haber recibido el Bautismo o confesarnos creyentes en Dios para ser sus hijos. Es necesario proyectar la luz de Cristo en la vida ordinaria de todos los días: en la casa, el trabajo, la escuela, la comunidad, la sociedad. Ahí tiene que resplandecer la vida de Cristo en cada uno de nosotros. Por nuestro medio tiene que hablar hoy Dios al mundo.

Y nuestro mundo está sumergido en una gran oscuridad. La violencia y la inseguridad siguen desatadas, los aumentos del salario no garantizan una vida digna para las familias, la paz no se experimenta; la esperanza ha decaído para muchas personas. En medio de esta situación es donde se nos pide colaborar para que resplandezca la luz, es decir, Jesús y la Buena Nueva del Reino de Dios. *La luz brilla en las tinieblas* (v. 5), como lo expresa el texto evangélico.

La tarea de la Iglesia, como los pastores en medio de la noche, consiste pues en transmitir la Buena Noticia del Evangelio. Nuestra responsabilidad es iluminar el mundo con la esperanza de una vida mejor para todos y todas, ser la voz del Hijo de Dios que quiere que vivamos en la igualdad, convertirnos en *el mensajero que anuncia la paz* (*Is* 52, 7). Pero para esto hay que llenarnos de Cristo, dejarlo que entre en nuestra vida y proyectarlo con nuestro testimonio.

Ojalá que seamos de los que lo reciben y vivamos como hijos e hijas de Dios. El Hijo de Dios nació como uno de nosotros, pues, como expresa san Juan, *se hizo hombre y habitó entre nosotros* (1, 14). Él fue –y sigue siendo– luz para los pobres, para los pastores, para los despreciados por la sociedad, para quienes estando en vela y a la espera lo han recibido. Recibir a Cristo en la vida, ser tienda de campaña donde Él habite, nos compromete a proyectarlo en la vida.

Hoy nos encontraremos con el Hijo de Dios, pero convertido en Pan. Lo llevaremos dentro de nosotros, en el corazón. Así nos ilumina por dentro para que también iluminemos a nuestro mundo. Que al igual que los pastores transmitamos la Buena Noticia de su nacimiento, su muerte y resurrección. Que nuestra vida personal y comunitaria se convierta en esperanza de una vida mejor, iluminada por la Luz que brilla en las tinieblas. Dispongámonos a recibir al Señor.

# Sagrada Familia de Jesús, María y José

## Crecer y fortalecerse

**Textos:** Gn 15, 1-6; 21, 1-3; Hb 11, 8. 11-12. 1-19; Lc 2, 22-40

En este domingo celebramos la fiesta de la Sagrada Familia. Por eso los textos bíblicos que se han elegido para este día nos presentan a la familia de Abraham y Sara, una familia de fe y esperanza; y también nos ofrecen en pocas palabras lo que fue la vida de José, María y Jesús. Su vida está resumida en la frase con que termina el texto del Evangelio de hoy: *El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él* (*Lc* 2, 40).

Con la Eucaristía le agradecemos a Dios estos dos ejemplos de vida familiar, que culminan en la Muerte y Resurrección de Cristo, y también le damos gracias por nuestras propias familias que tienen como modelo de vida a la Familia de Jesús. Los textos que se han proclamado nos dan luces para que nuestras familias lleven su vida de tal manera que también crezcan, se fortalezcan, se llenen de sabiduría y la gracia de Dios esté con cada una de ellas.

Se ocupa una fe grande para experimentar la gracia de Dios en la vida familiar. Abraham obedeció a Dios y dejó su tierra para irse a un país desconocido. Él y Sara le creyeron a Dios que, siendo ancianos los dos y además ella estéril, les prometió y dio un hijo: Isaac. Abraham estaba dispuesto a sacrificar a ese hijo único cuando Dios se lo pidió, a pesar de la promesa de darle una descendencia numerosa como las estrellas del mar y como las arenas de mar.

José y María le creyeron a Dios. Primeramente María le creyó al Arcángel Gabriel, cuando le comunicó que Dios la había elegido para ser la madre del Mesías; y ella aceptó confesándose esclava del Señor. José también le creyó al Ángel del Señor, cuando le pidió recibir en su casa a María y hacerse cargo del Niño que ella estaba esperando. Él aceptó haciendo lo que el Ángel le había mandado. Esta fe les permitió experimentar la gracia de Dios en su vida familiar.

Junto a José y María, y acompañado por ellos, Jesús iba creciendo, como nos dice san Lucas. Su crecimiento era integral, no sólo en estatura sino también en la sabiduría que da la vida y la apertura a Dios y en la gracia ante Dios, es decir, en hacer una vida agradable a Dios. En esto resplandece el servicio de José y de María. Si Jesús crecía era en gran parte por el acompañamiento que ellos le ofrecían; si su vida le agradaba a Dios es porque así lo enseñaron a vivir.

Al mismo tiempo que el Niño Jesús, José y María crecían en su vida matrimonial. No la tenían aprendida, como sucede con todos los matrimonios. Pero la búsqueda por acompañar a su Hijo los llevaba a aprender, a fortalecerse, a llenarse de sabiduría y de la gracia de Dios. Por su fe estaban abiertos a sus mandatos. Y éstos los tenían que descubrir, discernir, aclarar y realizar. Y eso era lo que hacían. Por eso la gracia de Dios estaba con ellos, no solamente con Jesús.

De la misma manera, las familias de hoy teniendo como modelo a la Sagrada Familia deben crecer. Los esposos, que son los responsables de conducir la vida de su familia, han de ser personas de fe, al igual que Abraham y Sara, al igual que José y María. Ellos tienen que estar siempre abiertos a los mandatos de Dios y realizarlos, a pesar de que tengan que vivir situaciones que les atraviesen el alma como se le anunció a María.

En el proceso de crecimiento, de hacerse sabios y de ser agradables a los ojos de Dios, los esposos junto con sus hijos han de fortalecerse con la lectura y reflexión de la Palabra, la oración en común y la recepción de los sacramentos, especialmente la Eucaristía. De esta manera se acrecentará la fe que tienen, podrán enfrentar los problemas y salir adelante de ellos, crecerán en sabiduría y harán una vida agradable a Dios, como la de la Sagrada Familia.

# Santa María, Madre de Dios

## Madre

**Textos:** Num 6, 22-27; Gal 4, 4-7; Lc 2, 16-21

Hoy celebramos tres acontecimientos importantes para nuestra vida: el inicio del año, la Jornada Mundial de la Paz y, como Iglesia, la solemnidad de la Virgen María en su condición de Madre de Dios. Ponemos sobre el altar, para ofrecérselos al Señor, todos los esfuerzos que hicimos durante el año anterior por escuchar y poner en práctica su Palabra, por vivir como hermanos en comunidad, por construir la paz con justicia; y le agradecemos el regalo de María.

A la Virgen la reconocemos y veneramos como Madre. Al mismo tiempo la identificamos como modelo de maternidad. En ella vemos a todas las madres del mundo. María fue la Madre de Jesús, el Hijo de Dios, como lo hemos escuchado y reflexionado durante casi todos los días de Navidad. Por eso la confesamos como la Madre de Dios. Pero al ser Madre de Cristo, también la aceptamos como madre de la Iglesia, puesto que somos parte de su Hijo por el Bautismo.

Dice la Carta a los Gálatas que *envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer* (4, 4). María es precisamente esa mujer. Es la misma que encontraron los pastores en Belén, junto con José y el niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Ella había aceptado, concebido y dado a luz al Salvador del mundo. Estaba aprendiendo no solo a ser mamá sino también a vivir y realizarse como la Madre del Mesías, el Dios humanado, pobre, judío. Lo hacía junto con su esposo José.

El texto del Evangelio narra que los pastores contaban lo que habían escuchado sobre el niño. Luego remarca de María que guardaba todo y lo meditaba en su corazón. Así fue toda su vida: una mujer de silencio, discernimiento, aceptación de lo que Dios le iba diciendo en los acontecimientos de la vida diaria. De esta manera descubría cómo tenía que actuar para obedecer a Dios, para ser esposa, para educar a su Hijo y ayudarle a descubrir su vocación de Mesías.

En esto está en gran parte el servicio de la mamá: en ayudar a sus hijos e hijas a aclarar su propia vocación. Esto exige mucho discernimiento hecho a la luz de la Palabra de Dios, diálogo con el esposo y los hijos, oración, búsqueda, ubicación en la realidad. Todo esto significa guardar y meditar en el corazón lo que va sucediendo. La grandeza de María como Madre está más en escuchar a Dios y poner en práctica su Palabra que en haber dado a luz a su Hijo.

A propósito del servicio de la madre en la educación de los hijos, en su mensaje con motivo de la Jornada Mundial de oración por la Paz, el Papa insiste en la necesidad de educar a los jóvenes en la justicia y la paz, en la verdad, en la libertad y responsabilidad, de modo que sean agentes de paz con justicia y construyan un mundo nuevo. Esta es una tarea permanente de los adultos, maestros, políticos, medios de comunicación, instituciones educativas.

Entonces llevamos sobre nuestros hombros la responsabilidad que María vivió para con su Hijo. Tenemos que ser para los jóvenes quienes les ayudemos, sobre todo con nuestro testimonio, a aclarar su vocación y compromiso en la vida, así como lo hizo María con Jesús. Ella nos enseña el camino: guardar y meditar en el corazón lo que nos vaya sucediendo, lo que veamos y escuchemos, lo que la juventud nos comparta. Es necesario por tanto sentarnos a escucharlos.

En nuestro país, cada día más violento, urge la paz. Esta es fruto de la justicia y la hermandad. No la podemos experimentar mientras permanezcan la violencia y la pobreza. Trabajemos por educarnos y educar a la niñez y juventud en la justicia y la paz. En este día especial de año nuevo invocamos a la Virgen María como Reina de la paz. Pero, al participar de la Eucaristía nos comprometemos a luchar como ella por escuchar a Dios y poner en práctica su Palabra.

# Epifanía del Señor

## Manifestación

 **Textos:** Is 60, 1-6; Ef 3, 2-3. 5-6; Mt 2, 1-12

Hoy celebramos la manifestación de Dios al mundo. Epifanía significa manifestación y expresa el hecho de que Dios se dio a conocer a todos los pueblos, representados en los Magos. La celebración de este domingo nos lleva a preguntarnos sobre dos cosas: una, la capacidad que tenemos de encontrarnos con Jesús, que se nos manifiesta de muchas maneras; la otra, la experiencia de ser testigos suyos, es decir, si estamos siendo estrellas para los demás o no.

Dios se presenta pobre: envuelto en pañales y acostado en un pesebre, fuera de la ciudad en una cueva. Así lo tenemos que reconocer. Esto nos lo enseñan los Magos. Ellos no eran miembros del pueblo elegido de Dios, no habían escuchado hablar de Yahvé, el Dios de Israel; no sabían de la promesa del Mesías, y sin embargo fueron a buscar al rey de los judíos recién nacido. Se pusieron en camino, lo buscaron, preguntaron y siguieron la estrella hasta dar con Él.

Dejaron su vida para ir a encontrarse con el Hijo de Dios. Y lo hallaron hecho un pobre. Así lo adoraron y le ofrecieron sus regalos. Al que todo mundo esperaría que naciera en un palacio, estaba en una cueva; al que esperarían fuera hijo de unos reyes, era Hijo de un carpintero y una ama de casa; al que esperarían que reinara con poder sobre los judíos, se iba a poner al servicio de todos, especialmente de los pobres. A este Jesús es al que tenemos que buscar.

Jesús, el Hijo de Dios, se nos manifiesta de varias maneras y, al igual que los Magos, tenemos que saber encontrarlo. Todas son sencillas. Se nos presenta en los Evangelios; ahí aparece pobre y al servicio de los pobres y excluidos. Está en cada pobre. Se hace presente en las reuniones comunitarias, donde hay dos o más reunidos en su nombre. Se manifiesta en la Eucaristía, en un pedazo de pan y un poco de vino. Así estará entre nosotros en unos momentos.

En nuestra vida ordinaria, ¿buscamos a Jesús? ¿Dónde lo buscamos? ¿Logramos encontrarnos con Él? Si nos encontramos con Jesús, entonces nos tenemos que preguntar si enseguida nos convertimos en testigos suyos. Eso hicieron los Magos. Ya no volvieron a Jerusalén, mucho menos al palacio de Herodes. No tenía sentido regresar allí porque el tirano tenía planeado matar al Niño. Ellos hicieron caso al aviso que les llegó y volvieron a su tierra por otro camino.

Se fueron a ser testigos del Niño. De esta manera se convirtieron en estrellas para otras personas. Así como una estrella los había conducido hasta llegar ante el Niño, así ellos asumieron el servicio de conducir a otros al encuentro con Jesús. Esto nos cuestiona. Nosotros ordinariamente nos encontramos con Jesús en las Misas dominicales, en los Evangelios, en las reuniones comunitarias, quién sabe qué tanto en los pobres. ¿Y qué hacemos luego? ¿Somos sus testigos?

Nuestro compromiso de bautizados es dar testimonio de Jesús con las palabras y los hechos. Nuestra responsabilidad es ayudar a los demás a buscar y encontrar a Jesús. Nuestra tarea es convertirnos en estrellas para los hijos, los jóvenes, los alejados, los compañeros de trabajo o escuela. ¿Estamos viviendo esta responsabilidad? Ahora, el testimonio no es solo personal; también lo tenemos que dar como comunidad. ¿Cuál es nuestra experiencia comunitaria?

Hoy nos encontraremos con el Hijo de Dios empequeñecido una vez más. Estará hecho un pedazo de Pan. Esto nos tiene que llenar de alegría como a los Magos. Presentémonos ante Él, postrémonos, adorémoslo, ofrezcámosle nuestra vida para ponerla al servicio de su Evangelio; volvamos a la comunidad a ser sus testigos, con nuestra vida personal y comunitaria convenzamos a los que nos rodean para que lo busquen, se encuentren con Él y sean sus testigos.

# Bautismo del Señor

## Conciencia de hijos amados

 **Textos:** Is 55, 1-11; 1 Jn 5, 1-9; Mc 1, 6-11

Con la celebración de este domingo terminamos el ciclo litúrgico de la Navidad. La fiesta del Bautismo del Señor Jesús nos introduce ya en el inicio de su misión pública, pues al decirle Dios: *“Tú eres mi Hijo amado; yo tengo en ti mis complacencias”* (*Mc* 1, 11), le está ayudando a tomar conciencia de su misión y lo está animando para que empiece a vivir ya su misión y para que, a través de ella, revele a la humanidad cómo tenemos que vivir todos los hijos de Dios.

Entonces esta celebración es para que nosotros también tomemos conciencia de la condición de hijos y de hijas de Dios por haber recibido el Bautismo y, en él, de la misión que tenemos. También a nosotros en el momento de nuestro Bautismo Dios nos fue diciendo lo mismo que a Jesús: “Tú eres mi Hijo/a amado/a; yo tengo en ti mis complacencias”. Y fuimos ungidos por el mismo Espíritu que descendió sobre Jesús en figura de paloma, el cual sostiene en la misión.

Dios promete a través del profeta Isaías un agua que dará vida a su pueblo, un agua regalada a los sedientos, un agua que sella la alianza perpetua entre Dios y la humanidad, un agua que empuja a buscar a Dios para conocer sus mandatos y cumplirlos viviendo la conversión, un agua que fecunda a las personas y las hace producir frutos de hermandad. Esta agua, esta vida, nos llega por Jesús, el Hijo amado de Dios. Él nos da su Palabra, su sangre y su Espíritu.

Por eso, san Juan en su primera carta nos dice que hay tres testigos del amor de Dios para con la humanidad, testigos que acompañan a Jesús su Hijo: *el Espíritu, el agua y la sangre* (5, 8). Así vino Jesucristo. Él nos trajo ese amor de Dios para con nosotros y nos lo manifestó por el Bautismo, no sólo al ser bautizado por Juan pues ahí se identificó y solidarizó con los pecadores, sino por hacer que nosotros también lo recibiéramos como un don suyo para vivir en el amor.

Nos manifestó además el amor de Dios derramando su sangre en la cruz, sangre que se nos da en la Eucaristía, pues en ella comemos su Cuerpo y bebemos su Sangre, que nos alimentan para dar nuestra vida en el servicio a los demás. Nos manifestó el amor de Dios también por el Espíritu Santo que recibimos a plenitud en la Confirmación, para que vivamos el amor mutuo en la comunidad pues *todo el que ama a un padre, ama también a los hijos de éste* (v. 1).

Tomar conciencia de nuestra condición de bautizados, de nuestra dignidad de hijos e hijas de Dios, nos tiene que llevar a asumir con responsabilidad el compromiso de vivir en el amor. Así le sucedió a Jesús: a partir de su Bautismo, en donde tomó conciencia de su condición de Hijo de Dios, inmediatamente comenzó a vivir en el amor. Se fue a predicar el Reino de Dios por todos lados, invitó a la conversión para entrar en ese Reino y lo manifestó con sus hechos.

En estos hechos, que nosotros conocemos como milagros, curaciones, resurrección de muertos, expulsión de demonios, perdón de los pecados, lavar los pies, cargar la cruz y morir en ella, se manifestó que Dios tenía sus complacencias en Jesús, su Hijo amado. Dios quedó complacido con la entrega de su Hijo, realizada por obediencia. Esta obediencia va ligada a la toma de conciencia de su condición de Hijo amado de Dios. Lo obedece con fidelidad hasta la cruz.

Tener conciencia de que somos hijos amados de Dios, nos tiene que llevar a vivir en el amor de unos para con otros, a vivir en el cumplimiento de los mandamientos de Dios, a dejar que su palabra produzca frutos de comunión en nosotros y en nuestras familias. Que esta Eucaristía dominical nos impulse a regresar a nuestras familias, a nuestra comunidad, a nuestro trabajo, a vivir como hijos amados de Dios en los que Él tiene sus complacencias porque lo obedecemos.

# 2º Domingo ordinario

## Vocación

**Textos:** 1 Sam 3, 3-10. 19; 1 Cor 6, 13-15. 17-20; Jn 1, 35-42

Los textos de la Palabra de Dios que hemos escuchado nos recuerdan y dan luz sobre nuestra vocación. Así como Samuel fue llamado por Dios a ser profeta, así nosotros fuimos llamados a seguir a Jesús. Esta es nuestra vocación. Juan el Bautista ayuda a dos de sus discípulos a descubrir a Jesús y los impulsa a seguirlo; se lo presenta como el Cordero de Dios. A partir de aquí ellos ya no tienen que ser discípulos de Juan sino de Jesús. Y comienzan a seguirlo.

Las palabras con que Juan habla de Jesús a sus discípulos son las mismas que se proclaman en la Eucaristía, momentos antes de la Comunión: “Este es el Cordero de Dios”. Son palabras dichas en relación al pedazo de Pan en que Jesús se ha quedado como alimento y que inmediatamente después saboreamos. Por eso se nos dice también: “dichosos los invitados a la cena del Señor”. Pero no es una fórmula cualquiera, sino un recordatorio de nuestra vocación cristiana.

Juan no les dijo más a sus discípulos; solamente que el que pasaba era el Cordero de Dios. Con eso bastó para que se fueran tras Él. Ahí nació su vocación; Juan les ayudó a descubrirla puesto que él no era el importante, no era aquel a quien ellos tenían que seguir. Solo le preparó el camino a Jesús y dispuso a sus propios discípulos para que lo siguieran. Juan sirvió de instrumento. De este modo inició la experiencia de Andrés y su amigo en el seguimiento de Jesús.

Enseguida vino lo interesante: el encuentro personal de los dos con Jesús. Este encuentro comenzó con el diálogo. En toda vocación hay un diálogo. Samuel fue llamado por Dios cuatro veces; a los dos discípulos Jesús les preguntó: “¿qué buscan?”. Cuando le dijeron que querían saber dónde vivía, les hizo la invitación: “Vengan a ver”. Dos cosas centrales en la vocación cristiana: una, ir, encaminarse, dejarse conducir por Jesús; la otra, ver, conocer, dejarse iluminar.

Esto nos tiene que decir mucho respecto a nuestra propia vocación. Fuimos llamados a seguir a Jesús; esto sucedió en el Bautismo. Se nos llamó por nuestro nombre, como a Samuel. Pero ese fue el inicio. ¿Cuántas veces más, a lo largo de nuestra vida, hemos escuchado nuevamente la invitación a seguir a Jesús? Hoy domingo se nos recuerda una vez más que tenemos que buscar a Jesús, encontrarnos con Él, conocerlo, dejarnos iluminar, reorientar nuestra vida.

Ahora, estos encuentros –porque no basta con un solo, sino que los tenemos que vivir continuamente– son para convertirnos luego en misioneros. Si fuimos llamados a seguir a Jesús fue para recibir una misión. Esta misión consiste en dar testimonio, personal y comunitariamente, de Jesús, tal como hicieron Andrés y Juan. Después de su primer encuentro, que duró toda la tarde, fueron a compartir con sus hermanos y amigos lo que vieron y vivieron con Jesús.

Su testimonio sirvió para que también Simón y otros amigos suyos fueran a buscar a Jesús, a quien identificaron como el Mesías. Lo que provocó Juan el Bautista con sus discípulos, ahora sus exdiscípulos lo provocan con otras personas: hablar de Jesús para despertar el interés por Él. Este es el servicio de los misioneros, esta es nuestra tarea como cristianos. Al realizarla, nuestra vocación se hace completa: se sigue a Jesús y nos hacemos sus misioneros.

Al escuchar en la Misa la expresión: “Éste es el Cordero de Dios”, nos tenemos que acordar de nuestra vocación. A Jesús, el que murió en la cruz y resucitó, es al que tenemos que seguir a lo largo de nuestra vida; de Jesús es de quien tenemos que hablar a los demás, ya sean los hijos, los vecinos o compañeros de trabajo, para que también se encuentren con Él y lo sigan. Dispongámonos a vivir el encuentro sacramental con el Cordero de Dios para ser sus testigos.

# 3er Domingo ordinario

## Nueva dimensión

**Textos:** Jon 3, 1-5. 10; 1 Cor 7, 29-31; Mc 1, 14-20

En este domingo nos encontramos con el llamado que Jesús hace a sus primeros discípulos, unos pescadores a los cuales les cambió la vida ese día. Al aceptar la invitación de Jesús, su trabajo de pescar tomó una dimensión nueva. Además de seguir pescando para ganar el pan del día, ahora entraban en la vida del Reino de Dios anunciado y hecho presente por Jesús. Esto nos puede ayudar a revisar nuestra vida y la respuesta que estamos dando al Señor.

Estos pescadores –Simón, Andrés, Santiago y Juan–, que fueron discípulos del Bautista, seguramente ya habían escuchado la primera predicación de Jesús. Él había comenzado a hablar del Reino de Dios. A esto dedicó toda su vida. Un Reino de amor, hermandad, justicia, paz, reconciliación. Reino al que nosotros también estamos invitados a entrar. Reino para el cual es necesario convertirse. Los cuatro pescadores ya estaban en esta dinámica de conversión.

La conversión es una experiencia que no termina en la vida; no debe cancelarse en nuestras vidas como miembros de la Iglesia. Es algo permanente y consiste en entrar en uno mismo, revisarse, reconocerse, proyectarse con la finalidad de mejorar. Casi siempre tenemos miedo de hacer este proceso porque nos acostumbramos a lo cómodo, a lo fácil. Y es necesario cambiar para mejorar. En este caso Jesús pide que nos convirtamos para entrar en la vida del Reino.

Los dos pares de hermanos pescadores, que ya estaban en este proceso de conversión para recibir el Reino que llegaba con Jesús, al escuchar la llamada: *“Síganme y haré de ustedes pescadores de hombres”* (*Mc* 1, 17), inmediatamente lo siguieron. No pusieron pretextos, solamente dejaron a su padre, a sus compañeros de trabajo, sus redes y sus barcas para irse con Jesús. ¿Cuántas veces se nos ha llamado a seguir a Jesús y hemos puesto pretextos para no ir?

A ellos los llamó en su trabajo y les ofreció una dimensión nueva. El trabajo no fue dificultad para seguir a Jesús. Este es uno de los principales pretextos que se ponen en nuestros días para no colaborar en las tareas de la evangelización: “¡tengo mucho trabajo!”, se dice. En el caso de los pescadores, no fue tanto lo que dejaron: su trabajo, sus barcas, sus redes, su vida ordinaria, su familia, sino lo que encontraron: a Jesús y su proyecto del Reino. Esto es lo importante.

Su propio trabajo fue redimensionado. Para ellos era convertirse en pescadores de hombres. A nosotros también se nos tiene que redimensionar nuestro trabajo en la experiencia de seguir a Jesús: al albañil se le llama a ser constructor de una nueva sociedad, al intendente o empleada doméstica a ser afanador/a del Reino, al mesero a servir a los demás, etc. Cada quien pregúntese en relación a su oficio o trabajo: ¿cómo me llamaría Jesús hoy a seguirlo?

Si nos fijamos bien, la llamada de Jesús desde el trabajo de cada quien ofrece una nueva dimensión que nos enriquece y hace crecer al Reino. ¿Por qué no decidirnos a seguirlo? No hay que poner pretextos para dar este paso. Ciertamente hay que estar en el proceso de conversión, como los cuatro pescadores, soñar con el Reino de Dios, emocionarnos con seguir a Jesús y, sin tardanza, hacer la experiencia de seguimiento. Nada perdemos; al contrario, ganamos mucho.

Que la participación en esta Eucaristía dominical nos ayude a fortalecer nuestra experiencia de seguimiento a Jesús. Él nos sigue haciendo la invitación a convertirnos para entrar en el Reino de Dios, no se cansa de llamarnos, nos habla desde nuestro propio trabajo. Aceptemos su invitación a seguirlo. Hagámonos como los cuatro primeros discípulos que, al ser llamados para convertirse en pescadores de hombres, inmediatamente se fueron a seguirlo.

# 4º Domingo ordinario

## Autoridad

**Textos:** *D*t 18, 15-20; 1 Cor 7, 32-35; Mc 1, 21-28

Jesús aparece en la sinagoga enseñando. La sinagoga era el lugar en que se reunían los judíos todos los sábados. Ahí oraban a Dios y escuchaban y meditaban su Palabra, porque era el día dedicado a Yahvé. Después de leer un texto de Moisés y otro de algún profeta, alguien –y generalmente era un escriba– explicaba el texto proclamado. Esta vez era Jesús el que enseñaba… ¡Y lo hacía con autoridad y no como los escribas!, según los comentarios los que lo escuchaban.

Lo hacía con autoridad. Esta expresión tiene mucho que decirnos a nosotros, puesto que refleja la persona de Jesús: su vida, sus comportamientos, sus opciones, su relación con los demás. Jesús hablaba con autoridad, a diferencia de los especialistas en la Escritura que, conociéndola a la perfección, lo hacían de otra manera. ¿En qué estaba la diferencia si lo que hacían en el momento de explicar el texto proclamado era lo mismo? Era el tener o no tener autoridad.

Jesús predicaba con la autoridad que le daba el Espíritu Santo, el cual había descendido sobre Él en el bautismo. Se dejaba conducir por este Espíritu en todo lo que decía y hacía. Buscaba cumplir la voluntad de Dios, que lo había reconocido como su Hijo en el Jordán. En eso estaba precisamente la autoridad de Jesús, en su coherencia: predicaba lo que hacía, ponía en práctica lo que enseñaba, y lo que decía y vivía era lo que Dios espera de todos sus hijos e hijas.

Seguramente los escribas no ponían en práctica lo que predicaban o hablaban de lo que no realizaban; su vida iba por un lado y su predicación por otro, aunque cada sábado explicaran muy bonito las Escrituras. La gente lo notaba y por eso se les acababa la autoridad de frente a quienes los escuchaban. Quiere decir que la autoridad no se tiene automáticamente en la vida por tener muchos estudios, o por tener algún puesto en la comunidad o en la sociedad.

Esto es muy común en nuestro ambiente. Se piensa que alguien tiene autoridad porque es papá o mamá, porque tiene un cargo en la economía o la política, porque es maestro, porque es obispo, sacerdote o pastor, porque es jefe o mayordomo en una empresa o lugar de trabajo. Y generalmente se manifiesta la autoridad mandando, regañando, sacando ventajas para los intereses personales, haciendo favores, corriendo a la gente… y muchos otros signos más.

Lo que Jesús decía y hacía, y el modo como lo vivía, nos dicen que la autoridad está en dejarse conducir por el Espíritu Santo en la vida diaria. Esto nos lleva a preguntarnos si tenemos autoridad en nuestra familia, en nuestro barrio o colonia, en nuestro trabajo, en la sociedad. ¿Qué decimos? ¿Somos coherentes en nuestra vida, es decir, predicamos lo que vivimos y practicamos lo que enseñamos? ¿Y lo que hacemos y decimos es lo que Jesús nos enseña?

Era tanta la autoridad de Jesús que incluso expulsaba a los demonios, como escuchamos en el texto del Evangelio. Ni ellos se resistieron al mandato de Jesús de callarse y dejar libres a las personas en que estaban habitando. ¿Por qué? Porque hablaba con su vida, porque cumplía la voluntad de Dios, porque se dejaba conducir por el Espíritu Santo. Por eso tenía autoridad, a diferencia de los escribas que no la tenían y permitían a los demonios permanecer entre ellos.

Enseguida nos vamos a encontrar sacramentalmente con Jesús. Es el mismo que estuvo aquella vez en la sinagoga, nada más que ahora resucitado y convertido en Pan. Reconozcamos su autoridad al acercarnos a recibirlo. Reconozcamos también que comulgar nos compromete a cambiar en nuestra manera de vivir para tener autoridad en dondequiera que nos encontremos. Regresemos a nuestra casa con el compromiso de ser coherentes para parecernos a Jesús.

# 5º Domingo ordinario

## Servir

**Textos:** Job 7, 1-4. 6-7; 1 Cor 9, 16-19. 22-23; Mc 1, 29-39

Por el hecho de haber recibido el Bautismo, de estar confirmados y de acercarnos a comulgar, estamos obligados a servir. Recibimos en estos tres sacramentos la vida de Jesús, su fuerza y el alimento para servir: la vida de Jesús consistió en servir, su fuerza fue el Espíritu Santo y el alimento es su Cuerpo y Sangre. En los textos de hoy lo encontramos sirviendo y Él es nuestro modelo; también tenemos dos ejemplos de servicio: la suegra de Simón y el apóstol Pablo.

Jesús llegó de la sinagoga a casa de Andrés y Simón. Era sábado, como escuchamos el domingo pasado. Al llegar se encontró con que la suegra de Simón estaba con fiebre y, con tal de servir y comunicar la vida de Dios, realizó lo que no debía hacer: curó en sábado, se acercó a una enferma y la tocó, con lo que quedó impuro según la ley; la levantó de su postración, no solo por la enfermedad sino porque era mujer y no tenía los mismos derechos que los varones.

Ese mismo día por la tarde, cuando le llevaron a muchos otros enfermos, los curó; y libró del demonio a algunas personas poseídas por él. Así vivió el servicio día a día. Veía la necesidad, se le removían las entrañas, se acercaba, tocaba y curaba. Lo hacía porque Dios no quiere el sufrimiento de las personas. Lo hacía porque de esta manera anunciaba y hacía presente el Reino de Dios. Jesús no se servía a sí mismo ni quería agradecimientos, sino que servía al Reino.

Al día siguiente –y así fueron todos los días de su ministerio–, cuando le dijeron que todos lo andaban buscando, Jesús invitó a sus discípulos a continuar el camino por otros pueblos para anunciar también allá el Evangelio. Quiere decir que lo que decía y hacía era para anunciar la Buena Nueva de Dios. Entonces eso manifiesta que Jesús, poniéndose a servir, estuvo al servicio del Evangelio y del Reino. La suegra de Simón hizo lo mismo y es un ejemplo para nosotros.

Pablo también tomó el ejemplo de Jesús. Se hizo servidor de los demás anunciando el Evangelio y haciéndose esclavo de todos. Él tenía la conciencia de su responsabilidad en relación al anuncio del Evangelio, como lo escuchamos en la segunda lectura. Sentía que esa era su obligación y la cumplía con entrega, incluso renunciando a ganarse la vida con la predicación. Además aclaró que no tenía por qué presumir de hacerlo. Servir es pues una obligación cristiana.

Tanto Jesús como la suegra de Simón y Pablo, con su testimonio de vida nos dicen que el camino para vivir bien es el del servicio. No hay otro, ni de manera personal ni como comunidad. Quien es discípulo o discípula de Jesús tiene que optar en su vida por servir; cada comunidad, sea un barrio, colonia o rancho, una parroquia o la Diócesis, tiene que convertirse en servidora. Por tanto, tenemos el compromiso de ser personas e Iglesias servidoras como Jesús.

Como Diócesis tenemos el lema y el ideal de ser “Iglesia en camino, servidora del Reino”. Nos hemos esforzado por ser una Iglesia ministerial o servidora. Por una parte, sabemos que estamos para anunciar el Evangelio; por otra, que todos los miembros de esta Diócesis tenemos que convertirnos en servidores de los demás como estilo de vida; y por otra, que debemos servir a los pobres. Además, en las comunidades han ido naciendo servicios y ministerios laicales.

Hoy nos podemos preguntar qué tanto vivimos el servicio en nuestra vida, sobre todo porque en nuestra sociedad no está puesto como indispensable el servir, sino el sacar ventajas de todo tipo: económicas, políticas, de poder, etc. ¿Somos conscientes de nuestra vocación cristiana que nos compromete a servir y nos esforzamos por vivirla? ¿Cultivamos el servicio como estilo de vida, al igual que Jesús? ¿Estamos trabajando porque nuestra comunidad sea servidora?

# 6º Domingo ordinario

## Exclusión-inclusión

**Textos:** Lv 13, 1-2. 44-46; 1 Cor 10, 31-11, 1; Mc 1, 40-45

Jesús andaba predicando por todas las sinagogas de Galilea. En una de sus correrías se le acercó un leproso suplicándole que lo curara. Dice san Marcos que *Jesús se compadeció de él, y extendiendo la mano, lo tocó y le dijo “¡Sí quiero: sana!”* (1, 41). Con esto, Jesús y aquel leproso entraron en comunión. Nada más que para lograrlo, se saltaron las normas de la ley judía. Pero era necesario hacerlo para que esa persona pasara de la exclusión a la inclusión.

El leproso, al igual que todos los que tenían la misma enfermedad, vivía en una situación de exclusión, como escuchamos en la primera lectura. Una vida muy triste y una carga muy pesada, pues no sólo estaba declarado impuro, sino que tenía que salirse de su casa y de su comunidad para vivir en el cerro. Además, su figura exterior era peor que la de un vagabundo: la ropa descosida y la boca tapada, y gritando –para que nadie se acercara– que estaba impuro.

Un leproso no podía regresar a su pueblo ni a su casa, a menos que se curara. Nadie se podía acercar a una persona con lepra, mucho menos tocarla, porque, como decía la ley, se contaminaba y caía en una situación de impureza. Si eso sucedía, ya sea que se curara el leproso o que alguien tocara a un leproso, tenían que ir a hacer los ritos de purificación, también mandados por la ley. Todo esto lo sabían tanto el leproso como Jesús antes de encontrarse.

Ambos tomaron una decisión: el leproso, de acercarse a Jesús sin gritar que estaba impuro; Jesús, de tocarlo. Con esto los dos violaban la ley. Pero también con esto, el leproso pasó de ser un excluido a estar en condiciones de ser incluido nuevamente en su comunidad y en su familia. Jesús ya lo había incluido en su corazón, sin necesidad de más reglas o leyes que la del amor. Ahora, al decidir tocarlo y curarlo, muestras de su compasión, propició la inclusión del leproso.

Ellos entraron en comunión por la apertura mutua. Estando en las mismas condiciones se da y se experimenta la comunión. Jesús asumió e hizo propia la situación del leproso, pues se compadeció de él; sufrió con él, le tendió la mano y, al tocarlo, se colocó en situación de excluido pues así, impuro, ya no podía entrar en la sinagoga a menos que se purificara. Pero Jesús no quedó impuro, sino que purificó. Lo único que le pidió fue que cumpliera el rito de purificación.

La situación del leproso, su decisión de acercarse a Jesús, la compasión de Jesús, sus gestos y sus palabras, nos dicen mucho a nosotros, reunidos para vivir el sacramento de la Comunión. En nuestros días hay muchas situaciones de exclusión, unas ya tienen años y otras son ocasionales; unas están en la sociedad y otras las provocamos con nuestro rechazo. Nuestro compromiso consiste en propiciar la inclusión, para que nadie quede excluido de todo y de todos.

Los pobres, el 80% de los mexicanos, están excluidos de las oportunidades de una vida con dignidad. Entre ellos están los indígenas, los migrantes, los desempleados y subempleados, campesinos, jornaleros y una lista muy larga. Los ancianos y enfermos, sobre todo quienes están desahuciados, ni se diga. Muchos sectores de la población experimentan la exclusión por diferencias religiosas, políticas, raciales, preferencias sexuales o por ser de alguna tribu urbana.

Celebrar la Eucaristía, que es el sacramento de la Comunión, nos compromete a actuar como Jesús. No tiene otro sentido este sacramento; para eso comulgamos. La exclusión rompe la comunión entre las personas y con Dios. La Comunión nos compromete a vivir la comunión con los excluidos, incluyéndolos en nuestro corazón, en la Iglesia y la sociedad. Sólo así lograremos vivir la comunión con Dios. Preparémonos, pues, a comulgar el Cuerpo y el proyecto de Jesús.

# 7º Domingo ordinario

## Parálisis

**Textos:** Is 43, 18-19. 21-22. 24-25; 2 Cor 1, 18-22; Mc 2, 1-12

Estamos llenos de parálisis. Personalmente, en la comunidad, como Iglesia y en la sociedad, existen situaciones que nos tienen en condiciones semejantes a las del paralítico que le llevaron a Jesús. Ante esto, Dios tiene una palabra para nosotros y la podemos descubrir en los textos que se han proclamado. Ahí, sobre todo en el Evangelio, podemos encontrar luces que nos iluminen el camino para salir de ellas y, al igual que el paralítico, logremos rehacer nuestra vida.

¿Cuáles son esas situaciones? Frecuentemente tenemos desavenencias con otras personas y quedamos distanciados; y cómo nos cuesta pedir perdón o perdonar. En el barrio o colonia no se asumen los compromisos como bautizados, no se vive la misión, no se colabora para vivir en comunidad. Como Iglesia no respondemos desde el Evangelio a los anhelos y las problemáticas de las personas. En la sociedad hay pobreza, injusticias, violencia, luchas por el poder…

Estas y muchas otras situaciones nos tienen paralizados y, por lo mismo, no nos dejan actuar con libertad y haciendo una vida ordinaria. El paralítico del Evangelio no llevaba una vida ordinaria, como las demás personas. Dependía de otros para moverse y subsistir. Era una carga para quienes le rodeaban. Para acabarla, en la mentalidad judía de ese tiempo, toda enfermedad era vista como consecuencia del pecado; estaba catalogado como pecador. ¿Qué vida era esa?

Sin embargo, la comunidad se organizó para llevarlo con Jesús y hacer que se encontrara con Él. Esto nos da una luz para nuestro actuar. Las situaciones de sufrimiento son responsabilidad de la comunidad. No podemos desentendernos ni pasar de largo, sino que las tenemos que asumir como parte de nuestra vida. Es necesario cargarlas, se ocupa buscar los medios para que todas las personas se encuentren con Jesús, que atiende, cura y garantiza una vida nueva.

Jesús andaba anunciando y haciendo presente el Reino de Dios. Lo anunciaba con sus palabras y lo manifestaba con sus hechos; su palabra era –y sigue siendo– buena nueva para los pobres; sus actitudes, gestos y acciones, renovaban a los que se encontraban con Él, sobre todo los que sufrían exclusión, desprecio y abandono, quienes estaban catalogados como pecadores. Un ejemplo lo escuchamos y reflexionamos el domingo pasado, con la curación del leproso.

Lo primero que hizo Jesús fue mostrar el perdón, aunque esto le costó ser criticado como blasfemo, pues los escribas pensaban que estaba usurpando el papel de Dios. Eso es precisamente lo nuevo que llega con Jesús; el perdón en la vida del pueblo de Dios es el retoño del que habla Isaías. Para que alguien sane completamente, lo primero es estar bien con Dios y con los demás. Quien perdona o es perdonado por Dios o por otra persona inicia una vida nueva.

¡Cómo nos hace falta vivir el perdón en nuestro mundo! Sobre esta base del perdón viene la salud física. Con la salud, el que era paralítico comenzó una vida nueva: se valió por sí mismo, no dependió ya de los demás para moverse y sobrevivir, no fue tachado más de pecador, se reintegró a su familia. Esto mismo sucede cuando en la comunidad se asumen las situaciones de sufrimiento y se vive el encuentro con Jesús. En cuántas situaciones nuestras nos falta actuar.

El encuentro dominical con Jesús nos compromete a obrar como Él. Nos tenemos que hacer responsables de las situaciones que tienen paralizada a nuestra comunidad, a la Iglesia y a la sociedad. Es necesario buscar los caminos para lograr que todos y todas se encuentren con Jesús, que sana y da vida nueva. Debemos perdonar, es necesario pedir y dar el perdón, para que nadie se quede paralizado al encontrarse con la persona con quien ha estado en conflicto.

# 8º Domingo ordinario

## Comenzar algo nuevo

**Textos:** Os 2, 16-17. 21-22; 2 Cor 3, 1-6; Mc 2, 18-22

Dios promete a su pueblo, a quien compara con una esposa infiel, llevarlo al desierto para hablarle a solas la corazón y para prometerle una unión sin fin, a la que compara con la celebración de unas bodas. En el matrimonio el novio y la novia prometen pertenecerse mutuamente, amarse y ser fieles el uno al otro hasta la muerte. Jesús es esa voz de Dios, que viene a hablarle al corazón a su pueblo para renovarle su fidelidad, a pesar de las infidelidades cometidas por su esposa al no vivir en los mandamientos.

Jesús nos invita a una vida nueva, nos manifiesta el amor de Dios para la humanidad. Él es quien hace realidad las bodas de Dios con la humanidad. Por eso se presenta como el novio que alegra a sus invitados. Éstos son los pobres, los leprosos, paralíticos, sordos, ciegos, prostitutas, endemoniados, pescadores, paganos… Su presencia no es por lo tanto motivo de ayunar, de estar con la cara triste. Era lo que los fariseos le reclamaban a Jesús, lo que ellos hacían y los discípulos de Jesús, no.

Aprovechando esta oportunidad, Jesús invita a la renovación y una renovación a fondo. No es posible que con la novedad del Evangelio las costumbres y leyes antiguas sigan igual. Tenemos que sacudir las cosas, actitudes, modos de vivir avejentados. Jesús es la novedad, por eso tenemos que estar bien dispuestos al cambio, al nuevo modo de vivir como Iglesia. Y aquí en la parroquia, hay signos de que estamos avejentados: nuestros grupos de reflexión no crecen, casi dondequiera son las mismas personas desde hace años; muchos agentes de pastoral están desanimados en su servicio, faltan más coordinadores, catequistas, celebradores de la Palabra, promotores de adolescentes y jóvenes, encargados de enfermos… sobre todo jóvenes.

Además, muchas personas incluso jóvenes quisieran que la vida de la Iglesia fuera como antes, casi encerrada en el templo, en manos de los sacerdotes y con poca participación activa de parte de los laicos, tanto en la vida comunitaria como en la vida de la sociedad. Si nos queremos quedar con lo antiguo quiere decir que estamos como los fariseos, que nunca estuvieron dispuestos a recibir a Jesús y a dejarse transformar por su persona y su mensaje. Por eso pone el ejemplo del parche nuevo y del vino nuevo, para darnos a entender que la novedad de la vida del Reino solamente la aceptan quienes se han renovado en su vida.

El Evangelio no es para hacer remiendos. Es para comenzar algo nuevo dentro de la Iglesia y en medio del mundo. Por eso tenemos que disponernos desde el interior de nuestra persona, desde nuestro corazón, al que Dios nos habla como se hablan los novios o los recién casados para que cambiemos. Por esto se nos ofrece el tiempo de la Cuaresma con la finalidad de que revisemos a la luz de la Palabra de Dios nuestra vida personal y comunitaria. Este año revisaremos qué tanto en nuestra condición de discípulos y misioneros de Jesús estamos colaborando para que nuestro mundo sea justo, humano, agradable.

En esta Eucaristía, en la que Dios nos habla al corazón por medio de su Hijo Jesús para manifestarnos su fidelidad, renovemos nuestra disposición de recibir la novedad que Jesús nos trae con su Evangelio. Presentemos nuestra persona como ofrenda nueva para que, alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Jesús, volvamos a nuestra colonia a trabajar con alegría en el anuncio del Evangelio. Ojalá que, alimentados por la Comunión, desde la vida familiar y comunitaria colaboremos en la construcción de una nueva Iglesia y una nueva sociedad.

# 9º Domingo ordinario

## Espiando a Jesús

**Textos:** Dt 5, 12-15; 2 Cor 4, 6-11; Mc 2, 23-3, 6

A Jesús lo andaban espiando, según lo que escuchamos en el texto del Evangelio. Era sábado el día en que iba con sus discípulos atravesando los sembradíos de trigo y también cuando entró en la sinagoga. Eran sobre todo fariseos quienes lo seguían para ver qué hacía en sábado y, de esta manera, poderlo acusar de violador de la ley. Y es que la norma que tenían los judíos decía que nadie podía hacer trabajos en sábado, porque era el día dedicado al Señor.

Cuando los discípulos de Jesús arrancaron las espigas para comer, porque tenían hambre, Jesús no les dijo nada, por lo que los fariseos –que siempre se mostraban cumplidores fieles de la ley– le reclamaron lo que estaban haciendo. Según ellos era algo prohibido, pues hacían el trabajo de cosechar. Él les respondió que está primero atender la necesidad de las personas, en este caso de sus discípulos con hambre, que cumplir una ley que impedía el bien.

En la sinagoga sucedió otra situación de trabajo en sábado. Jesús había ido allí para encontrarse con la Palabra de Dios, para orar y agradecerle, como todo judío, la liberación de la esclavitud en Egipto. Ahí se encontró con uno que tenía una mano paralizada. Curarlo era hacer otro trabajo, el del médico. Ahí también estaban espiándolo no sólo para ver lo que hacía, sino para acusarlo, como nos dice san Marcos. Jesús vuelve a poner la atención en hacer el bien.

Jesús tenía claro su proyecto de luchar contra el mal y hacer el bien, de anunciar y hacer presente el Reino de Dios en el mundo. Y lo hacía a partir de necesidades concretas, como el hambre y la enfermedad, para atender a las personas que las padecían. Por eso, al saber que lo estaban espiando para acusarlo, no les preguntó si la ley permitía hacer lo que Él y sus discípulos estaban realizando, sino si estaba permitido hacer el bien o el mal en sábado.

Jesús ponía su atención en hacer el bien, en salvar la vida, en que se saciara el hambre y el enfermo recuperara su salud. Por eso no impidió que sus discípulos arrancaran espigas y, además, curó al enfermo. Son más importantes las personas que la ley; importa más que nadie pase hambre, que ninguna persona sufra por carencias o exclusión y que los enfermos sean atendidos. Así se ubicó Jesús, aunque esto le costó ser acusado y terminar condenado a muerte.

De la misma manera les pasa a personas que se deciden a hacer el bien, a servir a su comunidad, a atender a los enfermos, a convocar a los vecinos para encontrarse con la Palabra de Dios. Muchas de ellas son espiadas para ver en qué fallan, en qué se equivocan, en qué anda mal su familia, para desacreditarlas. No se diga de personas que, además, señalan las causas estructurales de la pobreza, sufrimiento y abandono en que viven miles, o millones, de gentes.

Quizá algunos de los que estamos participando en esta Asamblea dominical hayamos hecho esto mismo; o sea, espiar a los servidores de la comunidad para ver en qué fallan y levantarles falsos o crearles mala fama. De esto tenemos que pedir perdón a Dios. Nuestra tarea como miembros de la Iglesia consiste en luchar contra todo signo del mal en el mundo y abrirle el espacio a la presencia del bien, como Jesús, dando respuesta a las necesidades concretas.

Hay que estar atentos a lo que vivió y enseñó Jesús, pero para seguirlo en su camino. Es importante estar al pendiente del bien que hacen algunas personas de la comunidad a favor de enfermos, migrantes, mujeres abandonadas, etc., y aprender de ellas e, incluso, unirnos a su testimonio. Hoy, al encontrarnos sacramentalmente con Jesús, renovemos nuestro compromiso bautismal de luchar contra el mal y todo signo de muerte, y de hacer el bien y cuidar la vida.

# 1er Domingo de Cuaresma

## Tentado

**Textos:** Gn 9, 8-15; 1 Pe 3, 18-22; Mc 1, 12-15

Jesús aparece en el desierto. Ahí fue conducido por el Espíritu de Dios y tentado por el espíritu del mal, Satanás, como nos dice san Marcos. Esto sucedió después de su bautismo en el Jordán. Eso que le sucedió a Jesús, lo experimentó a lo largo de su ministerio y no solo esos cuarenta días; es decir, se dejó conducir por el Espíritu Santo y sufrió la tentación hasta el final de su vida en la cruz. Esto, al inicio de la Cuaresma, nos pone de frente a nuestra vida, para reflexionarla.

Jesús fue conducido por el Espíritu que había descendido sobre Él en el bautismo. Se dejó llevar. Así había conducido Dios a su pueblo, Israel, cuando lo sacó de la esclavitud en Egipto. La Iglesia, una vez que recibió al Espíritu Santo en Pentecostés, ha sido sostenida por Él en el cumplimiento de la misión. Nosotros personalmente también recibimos al Espíritu Santo en el Bautismo. ¿Nos estamos dejando conducir por Él, como Jesús, o vamos por nuestro camino?

Jesús se retiró al desierto, así como Israel, después de pasar el Mar Rojo la noche de la Pascua, entró en el desierto, conducido y acompañado por Yahvé. El desierto no es sólo el espacio geográfico, sino sobre todo el lugar del encuentro con Dios. Ciertamente se trataba de un desierto, pero ahí sucedió algo importante: los israelitas se forjaron como el pueblo de Yahvé, el pueblo elegido de entre todos los pueblos de la tierra. Ahí aprendieron a vivir como hermanos.

Y no fue fácil constituirse el pueblo de Dios, puesto que en el desierto experimentaron la tentación… y cayeron en ella. Se hicieron un becerro de oro y lo adoraron, diciendo que ése era el que los había sacado de Egipto. Renegaron contra Dios por el hambre y la sed, por las serpientes que los mordieron, por caminar y caminar sin llegar a la tierra prometida. Todo esto, a pesar de que se habían comprometido a tener a Yahvé como su único Dios. Faltaron a su palabra.

Sin embargo, Dios, fiel a su compromiso, les mostró su misericordia, los invitó a convertirse, les dio la oportunidad de volver a la alianza. Siguió caminando con ellos hasta que estuvieron preparados para entrar en la tierra prometida. Jesús en el desierto también fue tentado, como escuchamos. Pero no cayó, puesto que ahí, en el desierto, se fortaleció como Hijo de Dios. Lo logró en el encuentro con su Padre: se puso en sus manos, se comprometió a obedecerlo.

La tentación central es la del poder. Él era Hijo de Dios y, en esa condición, el diablo le pedía actuar. Si mostraba que podía hacer las cosas porque era Dios, entonces Jesús iba a ganar fama, a tener admiradores, a hacer y deshacer. Con tal de tener el poder, muchas personas hacen lo que sea: reciben dinero de donde venga, roban, matan, abusan de los demás, hacen sufrir. Jesús no se dejó convencer, ni en el desierto ni en el Huerto de los Olivos ni en la cruz.

A la Iglesia le ha pasado lo mismo a lo largo de los siglos. Se le ha presentado la tentación del poder y muchas veces ha caído en ella. Cuando esto ha sucedido, ha abandonado la misión. Con tal de tener el poder, ha dejado de evangelizar. Cuando se ha esforzado por serle fiel a Dios, ha crecido en su tarea misionera, a pesar de que le ha costado experimentar el martirio. Pero esto ha sucedido cuando ha hecho la experiencia de desierto para encontrarse con Dios.

Nosotros nos hemos visto envueltos en la tentación. Nadie puede decir que no ha sido tentado, nadie puede sostener que no está siendo tentado, nadie puede asegurar que no será tentado. Esto es parte de nuestra vida. Ante esta realidad, Jesús nos indica hoy el camino a seguir para salir adelante: dejarnos conducir por el Espíritu Santo, encontrarnos con Dios, mantener nuestra relación con Él, fortalecer nuestra conciencia de ser sus hijos, vivir la conversión.

# 2º Domingo de Cuaresma

## Escuchar

**Textos:** Gn 22, 1-2. 9-13. 15-18; Rm 8, 31-34; Mc 9, 2-10

Se han proclamado tres textos de la Palabra escrita de Dios. En ellos Dios nos pide escuchar a su Hijo. Yo creo que en esta petición que Dios hace, no sólo a Pedro, Santiago y Juan, sino a todos aquellos que nos consideramos discípulos de Jesús, está el centro de la experiencia cristiana. Desde el monte de la Transfiguración, Dios mismo nos dice que a Jesús y a nadie más tenemos que escuchar. Eso nos ayuda a revisar nuestra vida en este domingo de Cuaresma.

Todos los días escuchamos. No necesitamos proponérnoslo. En medio de los ruidos, las voces, las invitaciones, escuchamos. Escuchar consiste en seleccionar de entre varios sonidos, uno. Esto exige una cierta concentración, aunque los demás sonidos continúen. Y lo logramos. Por ejemplo, si queremos escuchar una canción o el canto de un pájaro, aunque suenen dos o tres al mismo tiempo, los escuchamos. Los seleccionamos y los seguimos con atención.

Eso que hacemos en la vida ordinaria es lo que Dios nos pide en relación a su Hijo. Día a día escuchamos; pero, ¿qué es lo que escuchamos? ¿A qué o a quiénes le hacemos caso? ¿Qué informaciones, voces, invitaciones, seleccionamos de entre las demás? Hay que preguntárnoslo. Esto equivale a preguntarnos en dónde tenemos nuestro corazón, porque ordinariamente seleccionamos dejándonos guiar por el corazón. Escuchamos de acuerdo a lo que dice el corazón.

Pedro y los demás concebían en su corazón a un Mesías triunfalista. No aceptaban un Mesías derrotado. Rechazaban que Jesús, que poco antes les había anunciado su Pasión y muerte, tuviera que recorrer ese camino. No les cabía en el corazón que, además de eso, los hubiera invitado a seguirlo en su mismo camino. Incluso Pedro le había dicho que eso no era lo suyo y quería llevarlo por otro estilo de vida. A todo esto se refería cuando sugirió hacer tres chozas.

Los discípulos no querían saber nada de sufrimiento, ni de Jesús ni de ellos. Y Dios, con otras palabras, les repitió lo mismo que Jesús les había dicho. Hay que escuchar a su Hijo. Escucharlo exige seleccionar su voz de entre muchas otras voces que nos hablan. Escucharlo implica tomar la decisión de hacerle caso, por encima de otras invitaciones. Escucharlo pide orientar el corazón hacia Él. Escucharlo equivale a seguirlo en su camino de servicio, entrega, pasión y muerte.

Si le hacemos caso a Jesús y seguimos su estilo de vida, lograremos transfigurar nuestro mundo. Si somos sensibles a las necesidades y sufrimientos de los pobres, al tenderles la mano, haremos realidad el mandamiento del amor. Si perdonamos a quienes nos ofenden, pondremos las bases para la paz. Si cargamos las cruces de los crucificados, caminaremos en la solidaridad. De esta manera, el país, el mundo, se transfigurarán, resplandecerán, como Jesús en el monte.

Vivir de esta manera es consecuencia de la conversión. La conversión consiste precisamente en escuchar a Jesús, en volver nuestro corazón hacia Él. De este modo se hará realidad la primera predicación de Jesús, que escuchamos el domingo pasado: *“Conviértanse y crean en el evangelio”* (*Mc* 1, 15). La conversión es necesaria para entrar en el Reino de Dios. Y el Reino es la vida en el amor, la solidaridad, el perdón. Una vida así, prolonga la transfiguración de Jesús.

Tenemos que escuchar pues a Jesús, el Hijo de Dios. En esto tenemos que aprender de Abraham, que escucha a Dios, se pone totalmente a su servicio y hace lo que Dios le pide, aunque le cueste sacrificar a su hijo único. Dios nos entrega también a su Hijo único, pero nos pide que lo escuchemos y lo sigamos hasta la cruz. No podemos llamarnos discípulos de Jesús si no lo seguimos por el camino que Él recorrió, o sea, el de la entrega, el servicio, la pasión y la cruz.

# 3er Domingo de Cuaresma

## Templos

**Textos:** Ex 20, 1-17; 1 Cor 1, 22-25; Jn 2, 13-15

Jesús llegó al templo de Jerusalén y se encontró con que lo tenían convertido en un tianguis. Eso lo hizo reaccionar de forma violenta, porque con eso se le había cambiado totalmente el sentido a la casa de su Padre. Los judíos le pidieron las razones por las que actuaba así. Al responderles con la imagen del templo destruido por ellos y reconstruido por Él en tres días, nos da el verdadero sentido de los templos, para que los respetemos, los cuidemos y los defendamos.

Ciertamente Jesús no se refiere al templo de piedra y ladrillo, sino a la persona. Cuando habla del templo, habla de su cuerpo, como aclara el evangelista san Juan. Entonces el templo destruido es su cuerpo despedazado en la cruz; y el templo ya reconstruido en tres días es su cuerpo resucitado, después permanecer en el sepulcro. A partir de Jesús, el lugar de encuentro entre Dios y su pueblo serán las personas, comenzando con Él, que es el verdadero Templo.

Jesús echó fuera del templo de Jerusalén a los vendedores y a los cambistas. Ellos estaban haciendo negocio, aprovechándose de que la gente tenía necesidad de algo qué ofrecer en sus sacrificios. El negocio lo hacían dentro del templo, con lo que la casa de su Padre, estaba convertida en un mercado. Pero no era solo el lugar, sino el hecho de negociar con las necesidades del pueblo. Hacerlo dentro del templo hacía más grave el abuso que ya se cometía.

Esto nos tiene que hacer pensar en dos realidades: una, que las personas somos templos de Dios y nos merecemos respeto; la otra, que no se debe hacer negocio con nadie, menos aprovechándose de la necesidad, de otro modo la casa de Dios se sigue convirtiendo en mercado. Y eso fue lo que denunció Jesús. Si ya en el Antiguo Testamento, como escuchamos en el Éxodo, se pedía a Israel que no tuviera otros dioses y se respetara al prójimo, ahora con mayor razón.

Nos hace falta tomar conciencia de la dignidad de las personas. Cada una es casa donde Dios habita. Y para nosotros, gracias al Bautismo, nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. Cada persona tiene su dignidad y debe ser respetada y cuidada como tal. Por eso, cada que ofendemos, maltratamos, golpeamos a alguien, lo que hacemos es maltratar un templo de Dios. No se diga cuando se le quita la vida. Sucede lo mismo que con Jesús, cuando lo llevaron a la cruz.

Por otra parte, las personas no son para negociar con ellas, mucho menos cuando se trata de los pobres. Esto sucede frecuentemente, de modo especial cuando se encuentran en necesidad: cuando se enferman, cuando alguien fallece, cuando alguien va a dar a la cárcel, cuando solicitan un préstamo, cuando andan buscando trabajo… ¡Cuántos abusos se dan! Eso equivale a convertir el templo de Dios en un tianguis. Si Jesús viviera, nuevamente agarraría un látigo.

Dios, a través de su Palabra escrita, nos ayuda a que tomemos conciencia de nuestra dignidad como personas, la cual tenemos que agradecer. La Palabra nos dice también de la obligación que tenemos de respetar a todas las personas en su integridad por tratarse de templos vivos de Dios. Y, algo importante, se nos pide defender a los demás, especialmente a los pobres, de todo tipo de abuso para que las casas de Dios no se sigan convirtiendo en un mercado.

Nos vamos a encontrar con Jesús en la Eucaristía. Él nos ofrece su cuerpo resucitado para que nos lo comamos y quiere permanecer con nosotros, lo que nos confirma en nuestra condición de templos de Dios. Esto nos compromete a tratar bien a todas las personas con que nos encontremos; además asumimos el compromiso de trabajar porque en nuestra comunidad y en la sociedad se respeten los derechos humanos y se garantice la integridad de los pobres.

# 4º Domingo de Cuaresma

## Amor

**Textos:** 2 Cro 36, 14-16. 19-23; Ef 2, 4-10; Jn 3, 14-21

Jesús le habla a Nicodemo del amor que Dios nos tiene. Le dice que es tanto, es decir, ya no hay más, es todo, que entregó hasta su Hijo, el único que tiene. Y nos lo dio con tal de que la humanidad tuviera vida eterna, o sea, que saboreáramos la propia vida de Dios. Pero para alcanzar esta vida eterna es necesario mirar a Jesús, creer en Él y vivir en la luz, en la verdad y en el bien. Es responsabilidad nuestra responder al amor de Dios viviendo en el amor.

Con Jesús, su Hijo, Dios nos dio todo. Y es que su proyecto es que nadie se condene sino que todos y todas nos salvemos. Con esto, Dios ha hecho su parte. La otra nos toca a nosotros, porque la salvación depende no solo de Dios sino también de nuestra respuesta a su proyecto. Para esto nos pide creer en su Hijo. Jesús mismo dice que quien cree en Él no va a ser condenado. Esto es lo que tenemos que hacer si es que queremos salvarnos: creer en Jesús.

Jesús, para ayudarnos a caer en la cuenta de lo que tenemos que hacer, utiliza la imagen de la serpiente de bronce en el desierto. Cuando los israelitas murmuraron contra Dios por el hambre, la sed, el cansancio, las dificultades del desierto, les llegó una plaga de serpientes, y quienes eran mordidos, morían. Ellos reconocieron su falta, acudieron a Moisés y Dios le dijo que hiciera una serpiente y la pusiera en una vara; si alguien era mordido y la veía, no moría.

Luego dice Jesús que así tenía que ser levantado Él. Se refería a la cruz. Entonces la enseñanza es que quien quiera salvarse, tiene que mirar a Jesús y creer en Él. No se trata solamente de mirarlo crucificado y ya automáticamente se alcanza la salvación; se trata de caminar con Él, servir, como Él, entregarse como Él. Esto es lo que significa creer: asumir su doctrina, su modo de vivir, sus opciones y vivir como vivió. Nos podemos preguntar qué tanto creemos en Jesús.

Quien cree en Él, camina en la luz, vive en la verdad y realiza obras buenas; lo hace así porque está volteando a ver a Jesús. Este es el camino de la salvación; este es el camino que estamos invitados a recorrer. Este es un reto para nosotros, sobre todo en medio del ambiente en que vivimos, en el que aparece cada vez más la violencia, la mentira, el abuso, la corrupción, el mal. Jesús nos invita a preferir la luz a las tinieblas, la verdad a la mentira, el bien al mal.

Esa es la invitación de Jesús; no quiere decir que nos obliga a tomar este estilo de vida. La salvación no es a fuerzas, sino algo totalmente libre. Dios ha respetado siempre las decisiones de sus hijos, aunque nos equivoquemos. Y Jesús lo remarca al señalar la causa de la condenación: optar por las tinieblas, a pesar de la luz; optar por obrar el mal, a pesar del bien; optar por la mentira, a pesar de la verdad. Optar es signo de una elección libre; y Dios nos respeta.

¿Por dónde andan nuestras opciones? ¿Creemos en Jesús? Seguramente vamos a decir que sí. Pero, ¿vivimos como Jesús? ¿Nuestra vida se parece a la de Jesús? Vamos a responder que no. Entonces si no vivimos como Jesús, quiere decir que no creemos en Él. Y si no creemos en él, caminamos en las tinieblas, nos movemos en la mentira, realizamos las obras del mal. Podemos aprovechar esta Cuaresma para convertirnos a una vida en la luz, la verdad y el bien.

Jesús, el signo máximo del amor de Dios por la humanidad, se sigue entregando. En esta celebración dominical se nos da hecho Pan. No sólo lo vemos en la cruz, no sólo lo escuchamos en el Evangelio, no sólo profesamos nuestra fe en Él; podemos saborearlo especialmente en la Comunión sacramental. Al comulgar nos comprometemos a vivir en el amor, a caminar en la luz, a optar por la verdad, a decidirnos por el bien. Dispongámonos a recibir el Pan de la vida eterna.

# 5º Domingo de Cuaresma

## Ver a Jesús

**Textos:** Jer 31, 31-34; Hb 5, 7-9; Jn 12, 20-33

San Juan nos dice que unos griegos querían ver a Jesús. Cuando Jesús escuchó esto de Felipe y Andrés, aprovechó para decirles a ellos y a nosotros lo que significa verlo. Verlo es mucho más que mirarlo con los ojos. Verlo significa captar su mensaje, su persona, su camino, su estilo de vida, su destino, y decidirse a seguirlo hasta el final. Todo esto está incluido en nuestro ser miembros de la Iglesia y en la petición que los papás hacen de que sus hijos sean bautizados.

Jesús habla de que ha llegado su hora, la de ser glorificado; habla del grano de trigo que es sembrado en la tierra y muere, de aborrecerse a sí mismo, de seguirlo, de ser levantado de la tierra. De todo esto les y nos habla. Se trata del destino que Él tiene: su muerte en la cruz. Su hora es la de la cruz, su glorificación es su muerte y resurrección, el grano de trigo que muere para dar fruto es Él mismo, ser levantado de la tierra significa ser levantado en la cruz.

O sea que no es fácil ver a Jesús, seguirlo, servirlo. Es todo un estilo de vida que nos trae el Bautismo y el confesarnos creyentes en Él. En esto se resume el comentario que les hace a Felipe y Andrés. Entonces para aquellos griegos, para los Doce, para quienes hemos sido bautizados, para quienes presentan a sus hijos para el Bautismo, la invitación de Jesús es la misma: convertirnos en granos de trigo que mueren para producir mucho fruto. Todo eso es verlo.

Frecuentemente pensamos que ser católicos es ir a Misa y ya. De hecho, de quien va mucho a Misa, o al menos los domingos, se dice que es una persona muy católica. A quienes tenemos oportunidad de participar más frecuentemente en la Eucaristía o de acercarnos a la Palabra de Dios, o de vivir dentro de las actividades ordinarias de la Iglesia, nos puede suceder que nos confiemos y creamos que ya estamos siendo buenos discípulos de Jesús. Y no basta con eso.

Aquí nos alimentamos, pues la Palabra y la Eucaristía son alimento. Pero lo que Jesús nos quiere decir es que es necesario morir para producir fruto, como el grano de trigo. Una semilla cualquiera lleva la vida por dentro. Pero quedándose así no produce ni flores ni frutos; es necesario que caiga en la tierra y se reblandezca con la humedad. De esta manera se muere, pero al recibir la fuerza del sol, brota la vida y aparece una planta nueva. La semilla muere y da vida.

Eso hizo Jesús. Se convirtió en grano de trigo sembrado en la tierra y muerto para dar vida, para ser causa de la salvación. Ser granos de trigo que mueren significa vivir el servicio, ver por las necesidades de los pobres, buscar caminos de vida digna, luchar por la justicia. En su visita a México, el Papa Benedicto nos invitó a seguir «avanzando sin desfallecer en la construcción de una sociedad cimentada en el desarrollo del bien, el triunfo del amor y la difusión de la justicia».

Si queremos ver a Jesús, si nos confesamos discípulos suyos, necesitamos aborrecernos a nosotros mismos para hacernos granos de trigo sembrados en la comunidad, y ahí morir. En nuestra sociedad se propagan mucho las ideas de hacer el menor esfuerzo posible, de comprar para tener todo, de ser exitosos. Eso no nos lleva a dar fruto sino que nos hace infecundos, puesto que nos lleva a diseñar la vida egoístamente, en función de nosotros mismos.

En este domingo de Cuaresma, podemos ver a Jesús convertido en Pan. Es trigo muerto, molido, amasado, horneado, cocido. Son muchas semillas de trigo juntas en cada hostia. El grano principal es Jesús. Es necesario unirnos a Él para convertirnos en fuente de vida para los demás. Un modo de unirnos a Jesús es comulgando; otro, y ahí se nota la unión que tengamos con Él, es haciéndonos granos de trigo que mueren y dan frutos de amor, justicia y paz.

# Domingo de Ramos “De la Pasión del Señor”

## El Crucificado

**Textos:** Para la procesión: Mc 11, 1-10;

para la Eucaristía: Is 50, 4-7; Flp 2, 6-11; Mc 14, 1-15, 47

**Bendición de palmas:** Un pobre, Jesús, es recibido por una multitud de pobres que lo aclaman porque trae el Reino de parte del Señor. Así hoy nosotros salimos con nuestras palmas para encontrarnos con Jesús, para recibirlo y acompañarlo en su camino hacia Jerusalén. Con la celebración de este domingo iniciamos la Semana Santa y nos adentramos en los misterios centrales de nuestra fe: la pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

**Pasión:** Acabamos de escuchar el relato de la pasión de Jesús que nos ofrece san Marcos. Hemos escuchado cómo vivió su entrega definitiva: en la soledad, el abandono, la negación, la traición, la entrega, la tortura, la angustia. Al final, aparentemente queda derrotado: muerto y sepultado. Aunque después vendrá la respuesta de Dios: la resurrección. La celebraremos hoy con la Eucaristía, pero especialmente el próximo domingo, a partir de la Vigilia Pascual.

De este Jesús crucificado es del que hay que dar testimonio. Los adultos tenemos que presentárselo a los pequeños, los papás a los hijos, los catequistas a los niños y niñas. Es algo que nos falta asumir en nuestra vida. Para realizar este servicio es necesario descubrirlo, y no solo en los textos escritos o en la Eucaristía, sino en las situaciones de la vida diaria; descubrirlo para encontrarnos con Él y seguirlo en su camino hasta el final, como hicieron las mujeres.

Jesús está crucificado en los enfermos, sobre todo cuando su enfermedad es incurable, o en los ancianos que están abandonados en el fondo de la casa, en las mujeres que no tienen para darles de comer a sus hijos, en los internos de la cárcel que son torturados o están injustamente detenidos. Jesús vive su cruz en los gritos silenciosos que ya no pueden externar los moribundos, en el grito ignorado de los presos cuando un compañero de celda se está muriendo.

# Jueves Santo

## Servicio

**Textos:** Ex 12, 1-8. 11-14; 1 Cor 11, 23-26; Jn 13, 1-15

Jesús está sirviendo. Ese fue su estilo de vida. Desde cualquier aspecto que lo miremos hoy, Jesús sirve: sea como Sacerdote, como Maestro, como Señor o como Cordero. Y Él nos pide que hagamos lo mismo entre nosotros. Este es el mandamiento nuevo, el mandamiento del amor, el que garantiza el camino correcto, la armonía, la paz. Jesús nos manda que en la condición de discípulos suyos, libre y voluntariamente nos convirtamos en servidores de los demás.

Estamos reunidos para celebrar la Eucaristía en el Jueves Santo, día en que conmemoramos la institución de este sacramento. Para poderla celebrar bien es necesario haber vivido antes el servicio a los hermanos. Esta es la condición fundamental para poder compartir luego la Comunión. Y no sólo hoy sino todas las veces que nos convoquemos para la Misa. Así actuó Jesús en la Cena de Pascua: primero lavó los pies a sus amigos y luego les dio su Cuerpo y su Sangre.

Como sacerdote –Jesús es el Sumo Sacerdote–, se ofreció a sí mismo. Día a día se dio a los demás, especialmente a los pobres, a los excluidos del sistema social, a los pecadores; expulsó demonios, partió el pan, resucitó muertos. Así hacía una vida agradable a Dios. En la Última Cena ejerció su sacerdocio primero sirviendo a los discípulos y luego dándose como alimento. Nosotros que somos sacerdotes por el Bautismo, estamos llamados a hacer lo mismo que Él.

Como Maestro –así era nombrado Jesús por sus discípulos– nos enseña el camino. Para estar bien entre nosotros, para estar bien con Dios, es necesario hacernos servidores unos de otros. Si Él que es el Maestro se puso a lavar los pies de los discípulos, los discípulos también tenemos que hacer lo mismo. Nos enseña no sólo principios, teorías, conceptos; el Maestro nos enseña un estilo de vida, que es el del servicio. Una característica nuestra tiene que ser la de servir.

Como Señor –tal como lo llamaron muchas veces sus conocidos–, Jesús modifica el señorío. Los que eran señores tenían sus sirvientes y les mandaban lo que necesitaban. De hecho, lo que Jesús hizo con sus amigos nunca lo hacían los señores. Con su actitud, Pedro rechaza que su Señor le vaya a lavar los pies. Nunca concibió a Jesús sirviéndole. Eran los sirvientes los que, a nombre de su señor, lavaban los pies de los que llegaban de visita, como signo de acogida.

Jesús decidió hacer lo que en sí le tocaba a los esclavos: lavar los pies de los visitantes. Los sirvientes eran personas de otros pueblos; por tanto, paganos. A ese grado se abajó Jesús por decisión propia para dar ejemplo a sus discípulos: se identificó con los esclavos paganos. Y lo hizo para que quienes estaban compartiendo aquella Cena de Pascua con Él, y nosotros, hiciéramos lo mismo, es decir, tomar la decisión de vivir como servidores de los demás.

Como Cordero –Jesús es el Cordero Pascual– se convirtió en víctima que libera. Se dejó entregar por Judas, se dio en el Pan y el Vino, se dejó sacrificar, con tal de que toda la humanidad se liberara del pecado. Lo que sucedió con la sangre de los corderos sacrificados en Egipto, sucedió con la sangre derramada por Jesús. En Egipto la sangre sirvió de señal la noche de la salida de la esclavitud: allí no llegó la muerte; con Jesús sirve para sellar la nueva alianza.

El Sumo Sacerdote, el Maestro y Señor, el Cordero de Dios, nos pide que siempre hagamos memoria de Él. El modo de lograrlo es por medio del servicio. Como sacerdotes, como discípulos y discípulas, como seguidores de Jesús, decidámonos a vivir permanentemente en el servicio. Si no servimos, venimos incompletos a la celebración de la Eucaristía. Hace falta que en nuestro mundo, para poner las bases para la paz, los bautizados seamos servidores como Jesús.

# Viernes Santo

## Cuerpo vilipendiado

**Textos:** Is 52, 13-53, 12; Hb 4, 14-16; 5, 7-9; Jn 18, 1-19, 42

Me parece que la carta que Javier Sicilia llevó al Papa Benedicto XVI antes de su venida a México, nos sirve de reflexión para este Viernes Santo. Leo algunos trozos que nos ayudan a profundizar en la Pasión del Señor que estamos celebrando:

“he venido […] hasta Roma para decirte, desde nuestro dolor de víctimas, que México vive en el sufrimiento de esa semana [la Santa] desde hace […] años, un sufrimiento que se extiende por el continente americano como el cuerpo vilipendiado de Cristo. Tenemos, según cifras oficiales, 47 mil 551 asesinados de las formas más horribles y despiadadas […], más de 20 mil desaparecidos de los cuales el gobierno no puede dar cuenta de su paradero, más de 250 mil desplazados y de migrantes centroamericanos viviendo en condiciones inhumanas –a los que día con día se agregan decenas de más muertos, de más desaparecidos y desplazados– y un 98% de impunidad […].

México y Centroamérica […] son en este momento el cuerpo de Cristo abandonado en el Huerto de Getsemaní y crucificado en medio de dos delincuentes. Un cuerpo, como el de Nuestro Señor, sobre el que ha caído toda la fuerza de la delincuencia, de las omisiones y graves corrupciones del Estado y sus gobiernos, de la prohibición del consumo de drogas en Estados Unidos, de su producción de armas que pasan ilegalmente a nuestro país para armar a los delincuentes, del lavado de dinero que deja cuantiosas sumas, de una Iglesia jerárquica que –con sus excepciones y su mejor rostro, los religiosos— guarda un silencio cómplice, y de un mundo […] que ha reducido todo a la producción, el consumo y el dinero, instrumentalizando a los seres humanos; un cuerpo, como el de nuestro Señor, herido, llagado, vilipendiado, humillado, criminalizado, mezclado con asesinos, vive en la inseguridad, la injusticia y el llanto; un cuerpo, que […] en su angustia, en sus palabras de miedo, de coraje y de abandono, pregunta, como Cristo preguntó en Getsemaní y en el Gólgota: ¿Dónde está el Padre? […].

Cuando llegues a México […] y aunque sabemos que sabes de este horror […] quienes realmente vienen hacia ti son –te lo voy a decir con parte de los versos que María Rivera escribió para describir nuestro dolor– “los descabezados,/ los mancos,/ los descuartizados,/ a las que les partieron el coxis,/ a los que les aplastaron la cabeza,/ los pequeñitos que lloran/ entre paredes oscuras,/ […]/ los que duermen en edificios/ de tumbas clandestinas/ […]/ con los ojos vendados,/ atadas las manos, / baleados entre las sienes./ Vienen los que se perdieron por Tamaulipas, / cuñados, yernos, vecinos,/ la mujer que violaron entre todos antes de matarla,/ el hombre que intentó evitarlo y recibió un balazo/ […]/ los muertos que enterraron en una fosa en Taxco,/ los muertos que encontraron en parajes alejados de Chihuahua,/ los muertos que encontraron esparcidos en parcelas de cultivo,/ los muertos que encontraron tirados en Guanajuato,/ los muertos que encontraron colgados en los puentes,/ los muertos que encontraron sin cabeza en terrenos ejidales,/ los muertos que encontraron a la orilla de la carretera,/ los muertos que encontraron en coches abandonados,/ los muertos que encontraron en San Fernando,/ las piernas, los brazos, las cabezas, los fémures de muertos/ disueltos en tambos/ […]”, los desaparecidos, a lo que a nadie importa; vienen también los huérfanos, las viudas, los que perdimos a nuestros hijos y carecemos de nombre, porque es antinatural; vienen los migrantes reducidos a lodo, secuestrados, asesinados y enterrados en fosas clandestinas; vienen los mil rostros del cuerpo ofendido, martirizado, destrozado, irreconocible, inconsolable y olvidado de Cristo”.

# Vigilia Pascual

## Luz, Palabra, Agua, Pan

**Textos:** Gn 1, 1-2, 2; Gn 22, 1-18; Ex 14, 15-15, 1; Is 54, 5-14; Is 55, 1-11; Bar 3, 9-15. 32-4, 4; Ez 36, 16-28; Rm 6, 3-11; Mc 16, 1-7

Hemos encendido nuestros cirios tomando la luz del fuego nuevo, símbolo de Cristo resucitado. Él es la luz que brilla en medio de la noche, como se acaba de cantar en el pregón pascual. Es la luz que necesitamos mantener encendida para que se ahuyenten las tinieblas de la violencia en nuestro país. Es la luz en que nos tenemos que convertir para iluminar la vida de nuestras familias y comunidades. No salgamos de esta celebración y vivamos en la oscuridad.

Hemos escuchado la Palabra de Dios, que nos transmite los principales momentos de la historia de la salvación, el mayor de los cuales es la Resurrección de su Hijo. Acabamos de escuchar la noticia de que Jesús de Nazaret, el crucificado, no permaneció en la tumba sino que resucitó. Esa es la noticia que nos toca transmitir con nuestra vida. No nos quedemos solamente con el hecho de haber escuchado los textos bíblicos en esta noche de vigilia Pascual.

Enseguida vamos a renovar las promesas de nuestro Bautismo, con lo que renovamos el compromiso de seguir a Jesús en su camino, de vivir como testigos suyos, de hablar de Él a los demás. El agua con que seremos rociados nos vuelve al Bautismo, en donde fuimos enviados a la misión. Y, como culmen de esta celebración, nos acercaremos a la Comunión sacramental. Es el Resucitado que nos nutre para mantenernos con fuerza en las tareas de la evangelización.

En esta noche anunciamos solemnemente la muerte y proclamamos la resurrección de Jesús. Es la celebración más importante del año. El fuego bendecido, la Palabra escuchada, el agua rociada, el Pan compartido, nos impulsan a ser testigos del Resucitado. Él nos ilumina, nos habla, nos renueva y nos alimenta para que seamos sus misioneros. Fortalecidos por la celebración del Misterio Pascual, vayamos a dar testimonio con nuestra vida de su Resurrección.

# Domingo de Pascua

## Otra vez las mujeres

**Textos:** Hch 10, 34. 37-43; Col 3, 1-4; Mc 16, 1-7; Jn 20, 1-9; Lc 24, 13-35

Otra vez las mujeres. Aparecen en el texto del Evangelio como protagonistas. Así se mantuvieron durante la Pasión de Jesús. A diferencia de los demás discípulos que lo abandonaron y huyeron, ellas lo siguieron, vieron dónde lo sepultaron, se prepararon para ir a ungir su cuerpo despedazado en la cruz. Y no eran solo tres, sino muchas otras que habían ido con Él a Jerusalén, según escuchamos de san Marcos en la narración de la Pasión el domingo de Ramos.

La consecuencia de seguirlo fielmente hasta el final fue convertirse en las primeras testigos de su Resurrección y en las primeras misioneras, como acabamos de oír. Ellas fueron al sepulcro con perfumes para embalsamar el cuerpo muerto de Jesús. Iban por el camino preocupadas por la piedra que tapaba el sepulcro, pues era muy grande y seguramente muy pesada, quizá tan pesada como la tristeza que llevaban por dentro. Y se encontraron con una sorpresa.

La piedra no tapaba ya el sepulcro, el cuerpo del difunto no estaba y había una noticia; no cualquier noticia sino la más grande: Jesús de Nazaret, el crucificado y muerto en la cruz, aquel cuyo cuerpo había sido sepultado en esa tumba, había resucitado. Los perfumes ya no les sirvieron, la piedra no fue ya motivo de preocupación, el muerto se convirtió en causa de alegría. Además, y aquí viene lo importante, ellas recibieron el encargo de anunciar esto a los demás.

Las mujeres fueron las primeras que recibieron la noticia de la Resurrección de Jesús, fueron las primeras misioneras, fueron las protagonistas de lo que celebramos en este día. Esa es la más grande consecuencia de seguir a Jesús hasta la cruz. Gracias a ellas, la noticia se comenzó a transmitir –aunque, claro, al principio no les creyeron–. María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé nos enseñan el camino para ser verdaderos discípulos y discípulas de Jesús.

Él había invitado, y aún lo sigue haciendo, a quien quiera seguirlo a cargar su propia cruz. Varias veces anunció a sus discípulos la muerte que le esperaba en Jerusalén y su resurrección. Ellos no querían que Él llegara hasta allá ni, mucho menos, seguirlo. Y eso hicieron al final, cuando lo abandonaron. Pero las mujeres no. Se mantuvieron en su experiencia de seguimiento y recibieron y comunicaron la noticia de su resurrección. Eso tenemos que hacer nosotros hoy.

Yo creo que tenemos que reconocer y valorar el servicio de las mujeres en la proclamación de la Buena Nueva. Me refiero no sólo a lo que hicieron aquel día de la resurrección sino al que han realizado muchas a lo largo de los años para que el Evangelio llegue a las familias y a las comunidades. En nuestra Diócesis, en los más de cuarenta años que tenemos, gran parte de los servicios de evangelización han estado en manos de mujeres. Varones han sido muy pocos.

Ellas han vivido experiencias semejantes a la de las tres mujeres del Evangelio. Se han ido encontrando con Jesús, han vivido la experiencia de seguirlo, han cargado la cruz, se han mantenido fieles a pesar de los problemas y siguen escuchando que el Resucitado las llama y envía a comunicar la Buena Nueva a los demás. Y, aunque a muchas no se les cree o se les limita su participación –sobre todo de parte de su familia–, ellas buscan la manera de evangelizar.

En este domingo, en que anunciamos de modo especial la muerte y proclamamos la resurrección de Jesús, renovamos el compromiso de seguirlo en su camino para convertirnos en testigos suyos. Valoremos el servicio de las mujeres a favor del anuncio de la Buena Nueva. Seamos misioneros de Jesús, como aquellas mujeres. Alimentados con el Cuerpo resucitado del Señor, vayamos a dar testimonio de su Resurrección colaborando en la evangelización.

# 2º Domingo de Pascua

## Ver para creer

**Textos:** Hch 2, 32-35; 1 Jn 5, 1-6; Jn 20, 19-31

Tomás decía a los demás discípulos y discípulas que necesitaba ver y tocar las llagas del Señor Jesús para creerles que de veras había resucitado. Por algo, pero no estaba con la comunidad cuando Jesús se encontró con ellos el día de su Resurrección. Eso que le sucedió a Tomás nos pasa continuamente a nosotros: nos salimos de la comunidad y nos cuesta creer en el Resucitado. Además, el mundo espera ver nuestra fe, es decir, nuestro testimonio cristiano, para creer.

Jesús se hizo presente entre sus discípulos y los alegró. No fueron ellos quienes lo buscaron. Más bien estaban encerrados con miedo, tristes, desalentados, aunque ya habían escuchado el testimonio de las mujeres de su Resurrección. Pero no les habían creído. Ahora es Jesús resucitado quien les ayudará a convencerse de su Resurrección. Y lo hizo con su presencia, su voz, sus heridas, sus indicaciones para la misión, con lo que se convirtieron en testigos suyos.

El Resucitado se presentó en medio de la comunidad, desanimada por el fracaso de la cruz y el silencio de la tumba. Les comunicó su paz, su misión y su fuerza, para que ellos las prolongaran luego en la vida del mundo y manifestaran su fe en Él. Entonces se da testimonio de Cristo resucitado cuando se vive el amor, la paz, el perdón, el acercamiento a sus llagas, el poner en común los bienes. Esto lo descubrimos en los textos bíblicos que se han proclamado.

Lo primero que hizo Jesús fue comunicar la paz. Él estaba en paz porque cumplió fielmente su misión. Le dijo a Dios ya para morir: *“Todo está cumplido”* (*Jn* 19, 30). ¡Qué paz mayor puede experimentar alguien cuando ha realizado todo lo que se ha confiado! En este caso se trata de la misión encomendada por su Padre. Esa paz transmitió a sus discípulos y discípulas para que ellos la comunicaran al mundo. Para lograr la paz, la Iglesia tiene que cumplir su misión.

La misión de la Iglesia es la misma de Jesús: anunciar y hacer presente el Reino de Dios. Jesús fue enviado por el Padre y, como escuchamos, de la misma manera Él envió a sus discípulos a la misión. Una buena parte de esta misión está centrada en la vivencia del perdón. ¡Qué responsabilidad y qué desafío tan grandes tenemos!: dar testimonio del Resucitado perdonando, personalmente y como comunidad, entre los miembros de la comunidad y hacia fuera.

El perdón implica perdonar. Parece repetitivo, pero no. Es necesario tomar la decisión de perdonar, animarse a expresarla, hacer que los demás la escuchen, no volver a tocar ese punto, no recordar con odio situaciones de conflicto ya perdonadas. Jesús perdonó muchas veces; no sólo cuando lo comunicaba de parte de Dios a otras personas, sino Él personalmente en relación a los que lo persiguieron, lo negaron, lo traicionaron, lo abandonaron, lo crucificaron.

Jesús mostró sus manos y su costado heridos, primero a los discípulos reunidos el día de su Resurrección y ocho días después a Tomás. Todos y todas tuvieron que ver y tocar para creer. Una vez que lo tocaron, manifestaron su fe en Él y fueron capaces de hablar de que era cierto que había resucitado. Tomás lo expresó personalmente, pero los demás también tuvieron que decir que era su Señor y su Dios. Jesús llamó dichosos a los que creen sin haber visto ni tocado.

Hoy el Señor se hace de nuevo presente entre sus discípulos, nos comunica su paz, su perdón, se deja tocar y comer, nos fortalece con su Espíritu. Todo lo hace para que renovemos nuestra fe en Él y vayamos a la misión. El mundo necesita ver que vivimos en paz, que sabemos perdonar, amar, compartir, atender a los pobres, para creer que este es el camino, que vale la pena creer en Jesús y vivir como Iglesia. Alimentados por el Resucitado vayamos a la misión.

# 3er Domingo de Pascua

## Fantasma

**Textos:** Hch 3, 13-15. 17-19; 1 Jn 2, 1-5; Lc 24, 35-48

Cuando los discípulos vieron y oyeron a Jesús se asustaron, pensando que era un fantasma. Era el mismo día de la Resurrección por la tarde. Desde la mañana tenían el testimonio de las mujeres, aunque no les habían creído. Ya los discípulos de Emaús estaban de nuevo con la comunidad compartiendo su experiencia de encuentro con el Resucitado; también los demás estaban platicando que era cierto que había resucitado y se le había aparecido a Simón.

Jesús los tranquilizó y les ayudó a convencerse de que era Él, que estaba vivo y que no era un fantasma. Para eso les habló, luego les enseñó sus manos y sus pies para que lo tocaran y, por último, les pidió de comer. Un fantasma no hace nada de esto, pues es un espíritu que no habla, no tiene ni carne ni huesos, como les explica el mismo Jesús; mucho menos tiene necesidad de comer. Les pidió que se convencieran porque después tendrían que ser sus testigos.

Todavía Jesús dio un paso más para convencerlos. Les explicó lo que decían las Escrituras de Él como Mesías: que tenía que padecer, morir y resucitar. Ya había padecido, ya había muerto en la cruz y ahora, al tercer día de su muerte y sepultura, estaba resucitado… y se encontraba entre ellos platicando, dejándose tocar, hablándoles, compartiendo la mesa. No era un fantasma sino el mismo que había estado en la cruz. De esto se tenían –y nos tenemos– que convencer.

Los discípulos después dieron testimonio de Jesús, como escuchamos en las dos primeras lecturas. Pedro en su predicación habla precisamente del proceso injusto y amañado que le hicieron a Jesús para darle muerte, y da testimonio de que Dios lo resucitó; e invita a sus oyentes a convertirse. Juan habla de la entrega de Jesús para el perdón de los pecados e invita a cumplir sus enseñanzas. Pero para esto tuvieron que vivir sus encuentros con el Resucitado.

En estos textos bíblicos podemos encontrar luces para nuestra vida, sobre todo teniendo en cuenta que nos consideramos discípulos y discípulas de Jesús. Es necesario el encuentro con Jesús. No podemos ser testigos suyos si no lo dejamos que entre en nuestra vida, en nuestro corazón. Hay que escuchar su Palabra y dejar que nos alegre, nos sacuda, nos transforme; hay que tocarlo en sus llagas reales y sensibilizarnos ante su hambre, dado que no es un fantasma.

Jesús nos habla a través de los evangelios escritos. Es necesario leerlos personalmente, en familia, en las reuniones de la comunidad. Ahí podemos conocerlo, descubrir sus mandatos para llevarlos a la práctica, hacer nuestra la verdad que Él trae. Ahí lo podemos descubrir en su servicio diario a la causa del Reino, en su angustiosa pasión, en su ignominiosa muerte como malhechor, en su gloriosa Resurrección. De todo esto nos toca dar testimonio con nuestra vida.

El Resucitado se deja encontrar de carne y hueso en sus llagas. Nos invita a tocarlas para convencernos de su Resurrección. Se trata de los pobres, los enfermos desahuciados, los ancianos abandonados, los drogadictos y alcoholizados, los niños que buscan la vida en las esquinas de nuestras calles, los internos de la penal, los migrantes mexicanos y centroamericanos, las víctimas de la violencia, los indígenas… No son fantasmas sino presencia real y viva de Jesús.

El encuentro con Jesús resucitado impulsa a la misión. Si nos encontramos con Él es para dar testimonio de Él. Hoy tenemos la oportunidad de escucharlo en el Evangelio, de tocarlo y comerlo en la Comunión, de compartir nuestro pan con quienes tienen hambre. Que Jesús no se quede en nuestra vida como fantasma, porque no lo es; que nuestro testimonio de Él en la comunidad sea real y no aparente. Alimentados con su Cuerpo y Sangre seamos sus testigos.

# 4º Domingo de Pascua

## Ovejas del Buen Pastor

**Textos:** Hch 4, 8-12; 1 Jn 3, 1-2; Jn 10, 11-18

Este 4º domingo de Pascua celebramos en la Iglesia la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. A la luz de los textos bíblicos que se han proclamado, especialmente el del Evangelio, podemos reflexionar sobre la vocación común que tenemos como bautizados: ser ovejas del Buen Pastor. En el Bautismo Jesús, que es el Buen Pastor, nos llamó por nuestro nombre y nos integramos a su redil. Desde entonces nuestra tarea consiste en conocerlo y escuchar su voz.

Cuando escuchamos algo sobre la vocación, generalmente pensamos en la vida sacerdotal o religiosa y no más. Pero es necesario que caigamos en la cuenta de que todos y todas tenemos una misma vocación. Y sobre esta base se recibe el llamado a una vocación específica: el matrimonio, la soltería, el sacerdocio ministerial o la vida consagrada. Lo importante es que tomemos conciencia de nuestra vocación común: la cristiana, que hoy reflexionamos como ovejas.

Jesús dice que es el Buen Pastor y en poquitas palabras explica lo que hace por sus ovejas. Eso lo debemos conocer con toda claridad, porque a lo largo de nuestra vida hay que escucharlo y seguirlo. Como Pastor bueno da la vida por sus ovejas. Esta es la síntesis del servicio de Jesús para con la humanidad: dio su vida por toda la humanidad. No nos abandonó, sino que se comprometió en todo con nosotros hasta el grado de morir en la cruz. Y lo hizo voluntariamente.

Hace una distinción entre su servicio y lo que hacen otros pastores, aquellos que trabajan con las ovejas a cambio de un salario. Como no les interesan las ovejas, a la hora de las dificultades, se desentienden de las personas que están bajo su responsabilidad; en los peligros, mejor huyen y abandonan a su suerte a las ovejas; cuando se vienen los enemigos, despedazan al rebaño. Por eso hay tanta pobreza, violencia, muerte y desesperanza en nuestro país.

Como ovejas, nuestra responsabilidad es conocerlo y escucharlo para mantenernos unidos en su rebaño. Así lo explica el mismo Jesús. Si hemos sido llamados a ser pastores de algún modo, lo que no tenemos que dejar es nuestra condición de ovejas. Somos ovejas del Buen Pastor y en esta condición necesitamos conocerlo cada vez más. No basta con haber recibido el Bautismo para ser miembros de su rebaño. Hay que conocerlo bien y hacerle caso todos los días.

Para conocer a Jesús y escucharlo se ocupa leer lo que nos ofrecen los evangelistas. No podemos saber de Él, no podemos tener claro su estilo de vida y sus opciones, no podemos vivir como ovejas suyas, si no nos acercamos a los Evangelios. Además de leerlos, es indispensable meditarlos, dejar que nos cuestionen en nuestra vida, ver qué tenemos que cambiar. Si tenemos en cuenta esto, descubriremos que en la Iglesia hay muchos bautizados pero pocas ovejas.

Si no nos acercamos a Jesús, si no le hacemos caso a sus enseñanzas, si nos alejamos de la comunidad, no lograremos vivir como sus ovejas. Y si tenemos el servicio de pastorear a otras personas y no sabemos ser ovejas del Buen Pastor, lo que vamos a propiciar es que se alejen, se pierdan, queden abandonadas a su suerte y las despedacen la pobreza, las adicciones, el individualismo, la violencia. Y no tendremos ningún derecho a reclamar o a quejarnos.

A la luz del texto evangélico renovemos este domingo nuestro compromiso de vivir como ovejas de Jesús. Oremos para que en nuestras comunidades no falten las vocaciones de ovejas del Buen Pastor, es decir, de personas bautizadas que lo conozcan y escuchen y, en esa base, descubran y vivan su vocación específica en la Iglesia. Alimentémonos de Jesús que, como Buen Pastor, se sigue dando como Pan que fortalece para seguirlo en su camino y estilo de vida.

# 5º Domingo de Pascua

## Permanecer unidos a Jesús

**Textos:** Hch 9, 26-31; 1 Jn 3, 18-24; Jn 15, 1-8

Jesús nos manda que permanezcamos unidos a Él para dar fruto. Para ayudarnos a comprender mejor esto, nos pone el ejemplo de la vid y los sarmientos, o sea, de la relación existente entre el tronco y las ramas. Permanecer unidos, vivir unidos, lograr la unidad es mucho más que estar junto con la otra o las otras personas. Significa entrar en comunión de corazón, asumir y sostener proyectos comunes, compartir la vida. Eso es lo que nos pide Jesús en relación a Él.

En la comparación de la vid, Jesús es el tronco y cada uno de los miembros de la Iglesia somos una rama. Las ramas nacen del tronco, poco a poco van creciendo y fortaleciéndose, echan hojas, dan flores y, finalmente, dejan aparecer, crecer y madurar los frutos. Esta es la dinámica de vida de los discípulos y discípulas de Jesús. Mientras la rama está unida al tronco se mantiene viva, porque se alimenta de la savia; si llega a separarse, se comienza a secar y no da fruto.

Esto nos tiene que ayudar a hacer una buena revisión de nuestra vida. Ciertamente en el Bautismo brotamos de Jesús. Pero, ¿qué ha sucedido a lo largo de nuestra vida? ¿Permanecemos unidos a Jesús o ya nos separamos de Él? Porque nos pide permanecer unidos. Una rama que está unida al tronco y luego es arrancada de él, ya no puede volverse a pegar. La unión tiene que ser permanente, no de ratos. De otro modo los frutos nunca aparecerán.

Mientras las ramas se mantienen unidas al tronco están recibiendo la savia y se mantienen con vida y creciendo. La savia que sostiene a Jesús es el amor; es la savia que tiene que correr por dentro de sus discípulos. San Juan, en su primera Carta, nos pide que *amemos de verdad y con las obras* (3, 18). Jesús sirvió, perdonó, tendió la mano a los excluidos, hizo que el pan ajustara para todos, se quedó en el pan y el vino, dio su vida en la cruz. Todo por amor.

Quien recibe la savia que sostuvo a Jesús en su servicio, hace lo mismo: sirve, perdona, tolera, tiende la mano a los pobres, comparte su pan, se da para los demás. Por eso nos pide Jesús que permanezcamos unidos a Él. En cambio, quien se separa de Jesús deja de recibir la savia del amor y, por lo mismo, deja de amar: no sirve, se venga, alimenta la violencia, acapara, ignora al pobre y sus necesidades, se aprovecha de los otros, no da su vida por los demás.

En nuestros días gran parte de los bautizados están haciendo su vida desprendidos de Jesús. Se recibe el Bautismo, pero al poco tiempo se deja el encuentro con Jesús. Y eso casi a nadie le causa crisis, a pesar de ser un compromiso vital. Por eso hay tanta violencia, injusticias, desigualdades, exclusión, abandono de los enfermos y ancianos. No estamos produciendo los frutos que Dios espera de sus hijos e hijas; no estamos colaborando a que el Padre sea glorificado.

Esto está sucediendo principalmente porque los papás se desentienden de la relación con Jesús, tanto la de ellos como la de sus hijos. Se piensa que basta con llevarlos a los sacramentos y ya. De esta manera sucede lo que con la rama que se arranca y luego se quiere pegar de nuevo al tronco. Sí es necesario darles testimonio de amor a los hijos, ayudarlos a encontrarse con Jesús en los evangelios, la oración, la Eucaristía, para que asuman su proyecto de amor.

Que nuestra participación en la Eucaristía de este domingo de Pascua nos ayude a mantenernos unidos a Jesús. Dejemos que su Palabra corra por nuestra mente y nuestro corazón; permitamos que su Cuerpo y Sangre se hagan parte de nuestra persona. Oremos para que el amor se convierta en la savia que corre por los bautizados, por nuestras comunidades, por nuestra sociedad, de manera que lleguemos a producir frutos de hermandad, justicia y paz.

# 6º Domingo de Pascua

## Amar

**Textos:** Hch 10, 25-26. 34-35. 44-48; 1 Jn 4, 7-10; Jn 15, 9-17

El texto del Evangelio que se acaba de proclamar es continuación del que escuchamos y reflexionamos el domingo pasado, el de la vid y los sarmientos. Allí Jesús nos pedía permanecer unidos a Él para dar frutos; aquí nos pide permanecer en su amor, de la misma manera en que Él permanece en el amor de su Padre. También nos dice el modo de mantenernos en su amor: cumpliendo sus mandamientos. Y su mandamiento es que nos amemos como Él nos ha amado.

La vida cristiana consiste en amar. No hay más. Amar es darse para que los demás sean felices. Para esto no se ocupa dinero ni bienes materiales ni fama; se necesita solamente la propia persona puesta al servicio de los demás. Eso fue precisamente lo que hizo Jesús. No tenía dinero ni bienes materiales ni fama; simplemente puso su persona al servicio de las otras personas, especialmente de aquellas que estaban excluidas de la vida de la sociedad de su tiempo.

Jesús escuchaba las súplicas de los enfermos, atendía las necesidades de las gentes que andaban como ovejas sin pastor, consolaba a las viudas que iban a sepultar a su hijo único, curaba a los ciegos, sordos, mudos, leprosos, etc., perdonaba a los pecadores, hacía que unos pocos panes ajustaran para cuatro o cinco mil gentes. Ese era el modo de cumplir los mandamientos de su Padre y, por tanto, de permanecer en su amor. Pero faltaba el signo más grande de amor.

Dice Jesús que *“nadie tiene amor más grande a sus amigos, que el que da la vida por ellos”* (Jn 15, 13). El amor de Jesús a su Padre, el amor de Jesús por sus discípulos y por la humanidad, es tan grande que es capaz de dar su vida por nosotros. Su muerte en la cruz es la manifestación más grande de la permanencia en el amor del Padre. Y nos pide que amemos como Él para permanecer en su amor, para vivir como amigos suyos, para experimentar la alegría.

Entonces, ¿qué nos toca hacer, puesto que nos reconocemos cristianos, católicos, discípulos de Jesús, amigos suyos? Escuchar a los enfermos en sus situaciones, atender las necesidades de los pobres, consolar a los familiares de los difuntos y a las víctimas de la violencia, compartir nuestro pan, luchar por la justicia y la paz, perdonar a quienes nos ofenden. Esto es lo equivalente a cumplir el mandamiento de Jesús de permanecer en su amor. Esto nos dará la alegría.

Siempre se ocupa amar. Hoy, para nosotros, con mayor exigencia, puesto que somos los discípulos y amigos de Jesús de este inicio del siglo XXI. Y con mayor razón porque vivimos en un ambiente de mucha violencia, injusticias, sufrimiento de los excluidos, migrantes, indígenas, campesinos, madres solteras, etc.; porque nos encontramos sumidos en un ambiente de mucho alcohol, droga, venganzas, sexo, tranzas, amenazas. A nosotros Jesús nos pide vivir amando.

San Juan, en la primera lectura que escuchamos, nos da la razón de la vida en el amor. Él la aprendió de Jesús y la transmitió. Dice que *el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios* (*1 Jn* 4, 7). Amar es signo de conocimiento de Dios. Jesús amaba porque conocía a su Padre. Nosotros conocemos a Dios por medio de Jesús –se supone– y por eso estamos obligados a amar. Si no amamos, aunque estemos bautizados, es porque no conocemos a Dios, ya que Él es amor.

Al encontrarnos con Jesús en la Eucaristía, signo máximo de su amor por nosotros, renovemos nuestro compromiso de vivir amando. Que no sólo nos reconozcamos católicos, o nos llamemos amigos de Jesús, sino que vivamos como tales. Que demos testimonio de amor y que esto nos lleve a descubrir y gozar la felicidad, la alegría de Jesús. Que vivamos como amigos de Jesús haciendo lo que Él nos manda, es decir, que nos amemos los unos a los otros.

# La Ascensión del Señor

## Misión

**Textos:** Hch 1, 1-11; Ef 4, 1-13; Mc 16, 15-20

Nos encontramos en los textos bíblicos dos testimonios de la Ascensión del Señor, acontecimiento que celebramos en este día. La misión de Jesús termina e inicia la misión de la Iglesia. Es la misma misión de ir por el mundo anunciando el Evangelio; la diferencia es que Jesús ya la había realizado y ahora le toca a la Iglesia vivirla. Jesús mismo se la confía al decir a sus discípulos que *“vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura”* (*Mc* 16, 15).

A partir de la Ascensión, sigue el tiempo de la Iglesia, que está resumido en la expresión final del texto de san Marcos que escuchamos: *Ellos fueron y proclamaron el Evangelio por todas partes* (v. 20). Nosotros participamos de ese tiempo, es decir, estamos en la etapa de anunciar el Evangelio por dondequiera. Hoy es un buen día para revisar y renovar nuestro compromiso de ser discípulos misioneros de Jesús, a propósito del cumpleaños de nuestra Diócesis.

La misión la recibió la Iglesia de boca de Jesús el día de su Ascensión. Personalmente cada quien la fue recibiendo el día de su Bautismo. Como Diócesis de Cd. Guzmán se nos encomendó el 30 de junio de 1972. ¿Estamos realizando la misión que Jesús nos dejó? ¿Estamos siendo testigos de Jesús con nuestra vida personal y comunitaria? Si las demás personas aceptan o no el mensaje, es otra situación. Lo que nos preguntamos es si de veras anunciamos el Evangelio.

El anuncio de la Buena Nueva se hace con el testimonio de vida y con las palabras. Jesús dijo a sus discípulos: *“serán mis testigos”* (*Hch* 1, 8); lo escuchamos en la primera lectura. El primer modo de realizar la misión es con la propia manera de vivir. Nos lo recuerda san Pablo al decirnos: *Sean siempre humildes y amables; sean comprensivos y sopórtense mutuamente con amor; esfuércense en mantenerse unidos en el Espíritu con el vínculo de la paz* (*Ef* 4, 2-3).

Estas cinco cosas las debemos asumir como estilo de vida personal, se tienen que vivir entre esposos, entre papás e hijos; hay que cultivarlas entre vecinos en la colonia o barrio. Vivirlas nos convierten en testigos de Jesús. ¿Cómo andamos? ¿Somos humildes, amables, comprensivos, tolerantes, vivimos unidos y en armonía? Estas son condiciones indispensables para ser testigos de Jesús y para colaborar a que en nuestro país se construya y experimente la paz.

El otro modo de anunciar el Evangelio es la palabra. Sí tenemos que hacer explícito el anuncio de Jesús con nuestra voz, en las reuniones de la comunidad, en los encuentros con los demás. A Él es a quien tenemos que anunciar, Él es la Buena Noticia. Y también lo debemos hacer personalmente con nuestras palabras y comunitariamente aprovechando todos los espacios que nos encontremos. ¿Cómo andamos? ¿Hablamos de Jesús? ¿Lo anunciamos a los demás?

Al celebrar el aniversario de nuestra Diócesis se nos presenta la oportunidad de decidirnos a colaborar en la misión. Ciertamente a lo largo de estos años se ha hecho el esfuerzo por despertar en los miembros de la Diócesis la conciencia de ser evangelizadores, se ha trabajado por animar a los laicos a asumir servicios para la evangelización, se ha diseñado y sostenido un proyecto de capacitación laical, se han realizado cuatro planes pastorales para la misión.

Hoy, al celebrar la Ascensión del Señor Jesús, resuena nuevamente en nuestros oídos y en toda nuestra Diócesis, el mandato de ir a predicar el Evangelio por todo el mundo. A nosotros se nos ha enviado a todos los rincones de nuestras parroquias a evangelizar. Decidámonos a vivir como testigos de Jesús, animémonos a asumir un servicio de evangelización en la parroquia, demos nuestro tiempo y capacidades para que la misión que Jesús nos dejó se siga realizando.

# Domingo de Pentecostés

## Pentecostés

**Textos:** Hch 2, 1-11; 1 Cor 12, 3-7. 12-13; Jn 20, 19-23

Hoy celebramos Pentecostés. Para nosotros, Pentecostés es el inicio de la Iglesia. Para los judíos era la fiesta de las cosechas. Por eso había tanta gente en Jerusalén el día en que vino el Espíritu Santo sobre los discípulos y discípulas de Jesús. Al recibir el Espíritu Santo, Pedro y los demás comenzaron a dar testimonio de Jesús y lo hicieron de tal manera que quienes los escuchaban entendían lo que ellos y ellas decían: las maravillas de Dios realizadas en la persona de Jesús.

Allí nació la Iglesia. La Iglesia está para evangelizar y no para otra cosa. Hoy agradecemos a Dios el don de su Espíritu, que es quien guía a la comunidad de discípulos y discípulas de Jesús en la misión. Llega con fuerza, como la del viento de los huracanes; arde como el fuego en el corazón de quienes lo reciben; da vida a la comunidad como el agua que comienzan a recibir ya nuestros campos. Nosotros somos sólo ayudantes suyos en la misión que Jesús nos dejó.

Teniendo en cuenta que estamos por celebrar otro año más de vida como Iglesia diocesana, los textos que se proclamaron nos vuelven a la misión que recibimos. Han sido años de esfuerzo por anunciar el Evangelio, décadas tratando de promover la ministerialidad en las comunidades, decenios de búsqueda por formarnos para la misión, tanto presbíteros como consagrados y laicos; son años tratando de caminar en una pastoral de conjunto, organizada, misionera.

La cercanía del festejo por el aniversario y la celebración de Pentecostés se unen en la Eucaristía de este domingo. Ambos acontecimientos nos impulsan a seguir en la misión como Diócesis. Así como los primeros cristianos anunciaron a Jesús y les entendían, así nosotros tenemos que dar testimonio de Él de manera que también nos entiendan. Urge más que nunca fortalecer la conciencia de que somos misioneros y animarnos todos y todas a colaborar en la misión.

Para realizarla contamos con la asistencia del Espíritu Santo. Lo recibimos en el Bautismo, y en la Confirmación se confirmó su presencia y acción en nosotros. Si vino sobre cada uno de nosotros fue para ser misioneros. Gran parte de los miembros de la Iglesia no se animan, y menos se deciden, a ser misioneros. Él quita la indiferencia a la evangelización, saca de la comodidad de no hacer nada para evangelizar, quita el miedo de asumir un servicio evangelizador.

Si el Espíritu Santo vino sobre la Iglesia en Pentecostés fue para animar y conducir la misión. Él es quien hacer nacer en las comunidades dones, servicios y ministerios, como lo expresa el texto de la Carta a los Corintios. En nuestra Diócesis se ha estado trabajando desde los primeros años porque nazcan varios ministerios y de entre los laicos haya muchos servidores, respetando siempre la acción del Espíritu Santo. Los ministerios en la Iglesia son para realizar la misión.

Pero falta que la mayoría de los bautizados tome conciencia de su responsabilidad y se anime a colaborar en la misión. Cada bautizado es un miembro del cuerpo y tiene que colaborar a que la Iglesia, que es el cuerpo, funcione bien. Esto lo puede y debe realizar en su propia comunidad, en su lugar de trabajo, en medio de la sociedad. El anuncio del Evangelio nos ayudará a construir las comunidades en los barrios y ranchos; nos servirá para trabajar por la paz.

Dejemos que el Espíritu Santo actúe en nosotros. Que siga sucediendo lo de Pentecostés: que a través de nuestra vida, nuestras palabras y acciones, se continúen proclamando las maravillas de Dios y que todo el mundo las comprenda. Que cada quien asuma su compromiso misionero. Que nuestro encuentro dominical con el Señor nos impulse a evangelizar de modo que la Diócesis siga, a través de los años, anunciando el Evangelio que se le confió en 1972.

# La Santísima Trinidad

## Derechos y deberes

**Textos:** Dt 4, 32-34. 39-40; Rm 8, 14-17; Mt 28, 16-20

Hoy celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad. Esta fiesta nos vuelve a los derechos y deberes que adquirimos en el Bautismo. Fuimos bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, según el mandato de Jesús. En esa celebración quedamos constituidos hijos del Padre, hermanos de Jesús y templos del Espíritu Santo. Con esta Eucaristía le damos gracias a Dios y renovamos nuestra comunión con Él en esa triple dimensión de nuestra vida.

En la reflexión que hemos realizado como Diócesis a lo largo de los años que tenemos, hemos ido descubriendo y valorando que por el Bautismo somos discípulos misioneros. También hemos ido aclarando que como bautizados tenemos compromisos, tanto a nivel personal como comunitario. Esto nos ha ayudado a impulsar la misión en la Diócesis, pues para eso recibimos el Bautismo. Ese día Jesús nos dijo: *“Vayan […] y enseñen a todas las naciones”* (*Mt* 28, 19).

¿Qué somos? Somos hijos e hijas de Dios. Llevamos esta dignidad en lo más profundo de nuestro ser. Dios nos recibió como sus hijos y eso nos llena de alegría y de gratitud. Pero eso mismo nos compromete a valorar, respetar, cuidar a todas las personas. Si tuviéramos conciencia de esta dignidad en relación a nosotros y a los demás, no hubiera tanta injusticia, tanta violencia, tanto sufrimiento, ni en las familias ni en las comunidades ni en nuestro país.

Somos hermanos y hermanas de Jesús, el Hijo de Dios. Esto es una gracia, pues Él quiso adoptarnos como iguales; ya se había igualado con nosotros al hacerse humano y morir. Pero en el Bautismo nos permitió injertamos en Él y participar de su misma vida. Esto nos compromete no sólo a respetarnos mutuamente sino a vivir siempre como hermanos en la comunidad, por lo que tenemos que vernos bien, perdonarnos, ayudarnos, preocuparnos unos por otros.

Somos templos del Espíritu Santo. ¡Qué grandeza llevar dentro de nosotros al mismo Espíritu que acompañó a Jesús en su misión, que lo sostuvo hasta la cruz y lo resucitó! Esto nos da un gran valor como personas y nos compromete a valorar y respetar a los demás, dado que son templos de Dios. Pero el hecho de ser portadores del Espíritu Santo, también nos trae el deber de convertirnos en misioneros, conscientes de que Él está con nosotros hasta el fin del mundo.

Entonces tenemos derechos como bautizados: pertenecer a una comunidad, ser valorados y respetados en nuestra persona como templos vivos de Dios, ser educados para vivir como hijos de Dios y como hermanos entre nosotros, ser formados para la misión. Esos son algunos de nuestros derechos. Pero igualmente tenemos obligaciones: valorar y respetar a todos, ser misioneros, trabajar en la construcción de la comunidad en nuestro barrio, colonia o rancho.

En esta Eucaristía dominical agradecemos a Dios que, sin pedirlo ni merecerlo, somos hijos suyos como Padre, hermanos suyos como Hijo y templos suyos como Espíritu. Nos ponemos en sus manos para hacer vida esta triple dimensión de nuestro ser de bautizados. Pedimos para todos los bautizados tomemos conciencia de nuestra dignidad y, por tanto, de nuestros derechos; pedimos para que tomemos conciencia de nuestras obligaciones y las cumplamos.

Nos vamos a encontrar con Jesús en la comunión sacramental. Su presencia en nosotros se renovará y acrecentará una vez más. Si comulgamos es precisamente para mantenernos en la comunión con Dios al vivir como hijos suyos, en la comunión con Jesús al caminar como hermanos y en la comunión con su Espíritu al cumplir la misión que nos dejó. Vayamos a vivir la comunión entre nosotros al valorarnos y respetarnos como hijos, hermanos y templos de Dios.

# 10º Domingo ordinario

##  Familia de locos y endemoniados

**Textos:** Gn 3, 9-15; 2 Cor 4, 13-5,1; Mc 3, 20-35

El texto del Evangelio de este domingo nos sacude al caer en la cuenta de que, como bautizados, seguimos a uno que fue considerado loco por sus familiares y acusado de endemoniado por los escribas. Todavía más: tenemos que dar testimonio con nuestra vida de un loco y endemoniado. Jesús espera que cumplamos la voluntad de Dios como Él la cumplió y que, de este modo, seamos miembros de su familia. Hay que vivir pues como familia de locos y endemoniados.

Jesús vivía de una manera distinta a la de cualquier judío. En su casa había trabajo y comida, en su pueblo había muchachas con quien casarse, en la sociedad había puestos qué alcanzar. Y él decidió mejor salirse de su casa, no asumir el modo de vida matrimonial, no buscar puestos en la sociedad. Y no lo hizo por huir de las responsabilidades de trabajador, de la carga matrimonial ni de ser “alguien” en su pueblo. Lo hizo por dedicarse a anunciar el Reino de Dios.

Esto por una parte le trajo conflictos, dificultades y problemas; por otra, mucha gente lo comenzó a buscar y seguir para escucharlo o para ser favorecida con algún milagro. Muchas veces, como dice san Marcos, no lo dejaban ni comer. Además no tenía casa, andaba por los pueblos, no tenía un trabajo para ganar el pan del día, no aspiraba a las grandezas de este mundo. Por eso sus parientes decían que estaba loco. Su vida contrastaba con lo ordinario de un judío.

Hoy sucede lo mismo. El mundo ofrece una vida lo más cómoda posible, llena de placeres, lujos y bienestar, proyectos de éxito y fama, sueños de estar al último grito de la moda en todo. Las familias en general no van educando a los hijos para el compartir, el perdón, la preocupación por los demás, especialmente por los pobres; difícilmente se les orienta a la vida en comunidad, a comprometerse con el bien común de la sociedad, a soñar en un mundo justo.

Quienes, como Jesús, deciden hacer la vida de un modo distinto al que se nos propone, sobre todo a través de los medios de comunicación, son vistos como personas raras; locas, podemos decir. Si alguien decide vivir austeramente y no aspira a hacer dinero ni bienes materiales o a tener un puesto, si comparte sus bienes con los pobres, si perdona a quienes lo agreden, si lucha por hacer una vida en comunidad y por el bien común de la sociedad, es considerado loco.

Los escribas acusaban a Jesús de estar poseído por Satanás y de tener por eso la capacidad de expulsar demonios. No aceptaban que uno que no tenía escuela como ellos, hiciera el bien. No se alegraban con que muchas personas fueran liberadas del demonio e hicieran una vida normal. No descubrían la acción del Espíritu Santo en el servicio de un iletrado ni en la liberación de los poseídos. Este era su pecado: cerrarse al Espíritu de Dios y a la vida del Reino de Dios.

En nuestros días se condena también –incluso se sataniza–a personas, grupos, comunidades, movimientos de la Sociedad Civil que, abiertos a la acción del Espíritu Santo, buscan condiciones de vida digna tanto para las personas como para la naturaleza. Les sucede lo mismo que a Jesús. Y, sin embargo, todos los bautizados, personal y comunitariamente, estamos llamados a caminar guiados por el Espíritu de Jesús y a implementar acciones que garanticen la vida digna.

Por el Bautismo pertenecemos a la familia de Jesús, pues fuimos aceptados como hijos de Dios. Pero falta que la mayoría vivamos como familiares suyos, es decir, que cumplamos la voluntad de Dios y nos comprometamos con la causa de su Reino, al igual que Jesús. Animados por el texto del Evangelio, asumamos nuestra pertenencia a la familia de Jesús, una familia de locos y endemoniados que dan testimonio de un loco y endemoniado, que se nos da hecho Pan.

# 11er Domingo ordinario

## Sembrar el Evangelio

**Textos:** Ez 17, 22-24; 2 Cor 5, 6-10; Mc 4, 26-34

El texto del Evangelio empalma bien con el tiempo que estamos viviendo. Es el tiempo del festejo a los papás y estamos en el inicio de las siembras. Como bautizados nuestro deber es sembrar el Evangelio: los papás en sus hijos y todos en la comunidad. Hay que hacerlo como los campesinos: siembran con la esperanza de lograr una buena cosecha. Pero, antes tenemos que ser tierra fecunda que recibe la semilla del Evangelio y la deja producir muchos frutos.

Para darnos a entender la dinámica del Reino de Dios e invitarnos a entrar en ella, Jesús narra dos parábolas en las que una semilla es sembrada en la tierra. En una, la semilla crece por sí sola aprovechando la fuerza de la tierra; en otra, la semilla es muy pequeña, la más pequeña de todas, y crece tanto que se hace arbusto de unos tres metros de alto y los pajaritos hacen sus nidos en sus ramas. Pero las dos semillas son sembradas, de otro modo no llegarían a dar fruto.

De la misma manera tiene que ser sembrado el Evangelio en nuestra vida. Al igual que toda semilla, el Evangelio lleva en su interior la vida en potencia y ésta tiene una fuerza imparable. Una vez que es acogida por la tierra húmeda y recibe la fuerza del sol, aparece la vida de la semilla: revienta y comienza a crecer; crece sin parar hasta que la planta produce sus frutos. Sólo que la vida que está en la semilla y el proceso de crecimiento no dependen del sembrador.

Lo que sí depende del sembrador es que la semilla caiga en la tierra. Esa es exactamente la tarea de los papás en relación a sus hijos, esa es la responsabilidad de los bautizados en la comunidad: sembrar la semilla del Evangelio. El Evangelio está lleno de vida, pero para germinar ocupa ser acogido por las personas y recibir el calor de la Iglesia en las colonias, barrios y ranchos. Si cumple esas condiciones, comenzará su crecimiento hasta dar los frutos del Reino.

Para sembrar la semilla, primero hay que tenerla. En el caso de los papás, para poder depositar la semilla del Evangelio en sus hijos, antes deben tenerla en su vida. O sea que cada papá ha de ser tierra buena que reciba continuamente la Palabra de Dios y, con el calor de su relación matrimonial y de la vida en su barrio o rancho, dejar que crezca y dé frutos. Esto les trae una exigencia doble: leer la Biblia en su casa, junto con la esposa, y participar en la comunidad.

La Palabra de Dios no es aparatosa. Es sencilla, casi imperceptible, como la semilla de mostaza. Pero, sembrada en las personas y comunidades crece y crece y crece. Las personas maduran, son tolerantes, perdonan, aman, transmiten paz; procuran agradarle al Señor, como dice san Pablo. Las comunidades dan testimonio de encuentro, hermandad, servicio, solidaridad, acogida a los pobres; también procuran agradar a Dios con su experiencia de vida comunitaria.

Junto con la Palabra llega el Reino de Dios. El fruto de la siembra del Evangelio en el mundo es el estilo de vida en el que Dios reina: justicia, solidaridad, amor, paz. Por eso es necesario estar recibiendo la semilla de la Palabra, personalmente y como comunidad. De aquí la tarea que tienen los papás de sembrar permanentemente el Evangelio en sus hijos y el compromiso de los Agentes de Pastoral de hacer lo mismo en los barrios, colonias y ranchos de su parroquia.

Pidamos a Dios porque los papás sepan sembrar el Evangelio en sus hijos, sobre todo con su testimonio de vida. Pidamos por los Agentes de Pastoral de nuestras comunidades, especialmente laicos y laicas, para que no se cansen de depositar la semillita del Reino en sus barrios, colonias y ranchos. Pidamos por nuestra Diócesis, que celebra otro año de vida, para que siga evangelizando. Que todos recibamos el Evangelio como recibiremos hoy el Cuerpo de Cristo.

# 12o Domingo ordinario

## Fe probada

**Textos:** Job 31, 1. 8-11; 2 Cor 5, 14-17; Mc 4, 35-40

Después de explicar a sus discípulos las parábolas que reflexionamos el domingo pasado, Jesús lleva a sus discípulos a continuar la misión al servicio del Reino al otro lado del lago. Ahí en esa travesía, ellos son probados y reprobados en su fe. Manifiestan que son personas sin fe al experimentar el miedo ante la fuerza de las olas. Jesús se lo reprocha cuando les dice: *“¿Por qué tenían tanto miedo? ¿Aún no tienen fe?”* (*Mc* 4, 40).

Aunque la experiencia de miedo es ordinaria en la vida humana, también es manifestación de la falta de fe en la vida de los discípulos de Jesús, como en el pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar y como sucede muchas veces en nuestra vida. Jesús no les reprocha el miedo que sienten, sino que éste sea consecuencia de la falta de fe. Van con Jesús, andan en el trabajo por el Reino, varios de ellos son pescadores y, sin embargo, el miedo los vence.

Jesús mismo experimenta el miedo, sobre todo al final de su ministerio ante la cercanía de su muerte; sin embargo, Él aparece como persona de fe. Les dice a sus discípulos: *“Ahora que tengo miedo, ¿voy a decirle a mi Padre: ‘Padre, líbrame de esta hora’? No, pues para esta hora he venido”* (*Jn* 12, 27). Cree en su Padre y lo obedece; cree en el proyecto del Reino y entrega su vida por conseguirlo. Esta entrega lo prueba en su fe y su Padre lo aprueba.

Estando en el Huerto de los Olivos, Jesús le dice al Padre que si es posible pase de Él el cáliz del sufrimiento, pero también le dice que se cumpla su voluntad. Tiene miedo, pero sale adelante por su fe. Igualmente en la cruz, donde está derramando su sangre para dar vida a la humanidad, solo y abandonado por sus discípulos clama al Padre porque lo ha abandonado, pero expresa su confianza en Él al invocarlo. “Dios mío, Dios mío”. Su fe se convierte en esperanza.

La fe de Jesús fue probada por el miedo y la angustia ante la muerte. Su fe fue aprobada por el Padre, al resucitarlo de entre los muertos un domingo como hoy. Esto es precisamente lo que le estamos agradeciendo a Dios con nuestra Eucaristía: la entrega de Jesús hasta derramar su sangre en la cruz por nuestra salvación y la respuesta de Dios que lo devolvió a la vida. Si Jesús tenía miedo, también tenía fe. Y eso fue lo que lo libró de las ataduras de la muerte.

Jesús les reclama a sus discípulos su falta de fe. Para esto ya había callado la fuerza del viento y calmado los embates del agua, símbolos del mal y de la muerte. Este signo es manifestación de la presencia del Reino de Dios. Al anunciarlo con sus palabras y hacerlo presente con sus hechos, especialmente los que eliminan la presencia del reino del mal, Jesús muestra que hay una vida nueva que Dios ofrece, una vida en la que reina Dios y su proyecto de salvación.

Para aceptarlo y hacerlo parte de su vida, los discípulos tienen que ser personas de fe, porque deben convertirse en colaboradores del Reino. Nosotros tenemos que ser cristianos de fe para anunciar y hacer presente hoy el Reino de Dios en nuestro mundo. Pero, la mayoría de nosotros tenemos miedo a asumir un compromiso para la evangelización en la comunidad, miedo de comprometernos a luchar por una vida digna para los pobres. ¿No será por falta de fe?

Al celebrar la Eucaristía en este domingo, necesitamos escuchar y hacer nuestra la llamada de atención de Jesús a sus discípulos asustados: *“¿Por qué tenían miedo? ¿Aún no tienen fe?”*. Si comulgamos es porque creemos que Jesús está presente en el Pan consagrado que se nos ofrece. Esta comunión sacramental nos tiene que llevar a comulgar con Jesús en el trabajo por el Reino, un trabajo realizado sin miedo a las dificultades que se presenten en el camino.

# 13er Domingo ordinario

## Mujeres

**Textos:** Sb 1, 13-15; 2, 23-24; 2 Cor 8, 7. 9. 13-15; Mc 5, 21-43

El texto del Evangelio de hoy nos dice que en el proyecto de Jesús no entran ni la exclusión, ni el machismo, ni el derramamiento de sangre, ni la enfermedad, ni la muerte. Todo lo contrario: el proyecto de Jesús, que es el del Reino de Dios, consiste en la participación, la igualdad, la salud y la vida. La situación de sufrimiento de dos mujeres, que Jesús hace suya para dar vida a la humanidad, hace que Él muestre la vida digna que Dios quiere para todas las personas.

Una mujer padecía hemorragias de sangre desde hacía doce años. Sólo las mujeres saben la carga que eso significa. Una situación que los varones generalmente no valoramos. Nada ni nadie se las había detenido. Su dinero se lo había gastado con la esperanza de curarse y, como dice san Marcos, en vez de mejorar iba de mal en peor. Además, según la ley, ella estaba impura por derramar sangre y todo lo que ella tocara, cama, silla o persona, quedaba impuro.

En esa situación, descubrió que su último recurso era acudir a Jesús y, al mismo tiempo, mostró su proceso de fe. Oyó hablar de Jesús y vino a buscarlo para encontrarse con Él, se metió entre la multitud y lo tocó. ¡Qué ocurrencia! Sabiendo que estaba impura y, por lo mismo, excluida de su relación marital normal, de la vida ordinaria de su familia y de la comunidad, va y toca a alguien. Con esto, la persona tocada quedaba impura. Según la ley, Jesús estaba impuro.

Pero sucedió lo que ella anhelaba desde hacía doce años: su fuente de sangrado se le secó, su cuerpo experimentó la curación, le volvió la oportunidad de estar íntimamente con su esposo, se le quitó la causa de impureza. Con esto y con las palabras de Jesús, le volvió el sentido de la vida. Después de escucharla, Jesús no actuó ni machista ni legalistamente, sino que reconoció su fe, le expresó su curación y le comunicó la paz para que volviera a su vida ordinaria.

La otra mujer era una niña de doce años que primero agonizaba y luego murió. Solo quien agoniza sabe lo que eso significa: soportar dolores, querer vivir y casi no poder, angustiarse por la cercanía de la muerte. Eso lo valora y comparte quien está cerca de la persona moribunda, como Jairo, el papá de aquella niña. Ve que su hija se le está muriendo, se resiste a que eso suceda, sufre internamente la imposibilidad de hacer algo para ayudarla. Y acude a Jesús.

Al encontrarse con Jesús, le platica la gravedad de su situación, le expresa su fe en Él, le comparte el anhelo que su hija siga con vida. Cómo van a aceptar los papás que alguno de sus hijos se les muera. Sin embargo, se murió; así se lo comunicaron unos de sus criados y le pidieron que ya no molestara a Jesús. Como que todo se había terminado ya. Había que preparar el funeral y hacer todos los ritos ante la muerte. De hecho ya los estaban haciendo en su casa.

Pero la palabra y los gestos de Jesús transformaron aquella situación. Él mostró que Dios no se goza con la muerte sino que hizo a los seres humanos para que viviéramos, como narra el libro de la Sabiduría. Calmó a Jairo diciéndole que no temiera y que tuviera fe; dijo que la niña no estaba muerta sino dormida; entró al cuarto y la tomó de la mano. Con esto, según la ley, también quedaba impuro por tocar un cadáver. Le pidió a la niña que se levantara y así sucedió.

Con la acción de Jesús lo que era exclusión, machismo, enfermedad, dolor, angustia, muerte, se convirtió en vida digna para las dos mujeres. Para seguir dando vida, Jesús pasó por lo mismo que ellas, y nosotros gozamos de sus efectos: derramó su sangre en la cruz para perdonar nuestros pecados y murió para darnos vida. En la Eucaristía celebramos su entrega, su solidaridad, su muerte y resurrección, y bebemos su Sangre para luchar a favor de la vida como Él.

# 14o Domingo ordinario

## Carpintero profeta

**Textos:** Ez 2, 2-5; 2 Cor 12, 7-10; Mc 6, 1-6

Jesús fue rechazado por sus paisanos. Primero se admiraron de las cosas que había aprendido, de la sabiduría que mostraba al hablar y de la capacidad de hacer milagros. Pero luego, al caer en la cuenta de que quien hacía eso era un carpintero, lo rechazaron. De la admiración por los hechos pasaron a la reprobación de la persona. ¿En qué estuvo el cambio? San Marcos lo dice en su narración: en la incredulidad de la gente que estaba en la sinagoga aquel sábado.

Eso mismo sucede hoy entre nosotros, sobre todo con los agentes de pastoral laicos de nuestras comunidades. De ellos generalmente se reconoce y acepta lo que hacen: un servicio, la atención a los enfermos, la catequesis, reunir a las personas para la lectura y el estudio de la Biblia, etc. En eso no hay problema. El problema es cuando las personas se fijan en su condición social, en su nivel de escolaridad, en su condición laical. Ahí se les rechaza como a Jesús.

El punto estaba en que Jesús era un carpintero. Eso significaba que tenía poco valor en la sociedad, pues era alguien que vivía de su trabajo. Era un mil usos, no tenía escuela, era de los pobres. La situación social de los carpinteros estaba apenas por encima de la de los esclavos, los extranjeros y las prostitutas. De esos era Jesús. La gente no rechazaba lo que Él decía o hacía; al contrario, lo reconocían. Lo que rechazaban era que un carpintero, un pobre, lo hiciera.

Pero Jesús no se detuvo por las críticas o por el rechazo a su persona. Aunque sí le dolió que no reconocieran la acción de Dios en su persona. Él se reconoce como enviado de Dios. Siendo carpintero se presenta como profeta. Dice que en todos lados aceptan a los profetas, menos sus paisanos. El rechazo está ligado a la vida de los profetas, como escuchamos en el texto de Ezequiel. Con esta conciencia, Jesús siguió realizando su misión en otros pueblos.

Esto que le pasó a Jesús es un motivo para que los agentes de pastoral laicos continúen su servicio a la comunidad, pues se identifican con Él. Generalmente son mujeres y pobres: amas de casa, empleadas domésticas, afanadoras…; también hay varones –aunque pocos– y son trabajadores: mecánicos, albañiles, choferes, meseros… Si no se les rechaza su servicio, sí se señala que no tienen escuela, que son del barrio o la colonia, que no se saben expresar.

En esto, san Pablo nos ofrece su testimonio. Siendo también trabajador –él fabricaba y vendía tiendas de campaña–, se sabe débil, amenazado, insultado, tentado en la misión. Y, sin embargo, reconoce que su fuerza le viene de Cristo, que en la debilidad y la persecución se manifiesta la gracia del Señor. Jesús se sostuvo en su misión, Pablo se mantuvo en la misión, los agentes de pastoral laicos tienen que seguir adelante en la misión. La fuerza viene de Jesús.

También nos podemos preguntar si no somos personas incrédulas, como los paisanos de Jesús. Quizás hemos cuestionado el servicio de los laicos en la comunidad, no tanto por lo que dicen o hacen sino por quiénes son: gentes del barrio o colonia, con tercero o cuarto de primaria; desempleados, subempleados o personas que van al día. Tal vez hemos rechazado la Comunión de manos de otro laico o no hemos aceptado que nos enseñe la Palabra de Dios.

Hoy nos encontraremos sacramentalmente con Jesús en la Comunión. Es el carpintero, el profeta, muerto y resucitado que se nos da como Pan. Recibirlo nos compromete a reconocer el servicio de los laicos en la Iglesia. Oremos al Señor para que quienes tienen un servicio de evangelización en la comunidad no se desanimen ante las críticas y los rechazos. Pidamos que en nuestra Diócesis se siga valorando y alentando el servicio pastoral y profético de los laicos.

# 15o Domingo ordinario

## Misioneros sencillos

**Textos:** Am 7, 12-15; Ef 1, 3-14; Mc 6, 7-13

Jesús envía a sus discípulos a la misión. Esto ha sido una realidad a lo largo de los dos últimos milenios en la historia de la humanidad. En aquel tiempo, como escuchamos en el relato de san Marcos, fueron los Doce; en otros tiempos han sido otras personas; hoy somos nosotros. Jesús nos envía a realizar la misma misión que Él realizó y, además, nos pide vivirla en las mismas condiciones. Somos misioneros suyos y tenemos que ser muy sencillos al cumplir la misión.

Hoy es un día especial para fortalecer nuestra conciencia de ser misioneros. Fuimos enviados al igual que el profeta Amós. Fuimos elegidos por Dios para ser sus hijos, para vivir santa e irreprochablemente, para realizar la misión que Cristo nos encomendó, para ser con nuestra vida una alabanza continua a Dios, como dice la Carta a los Efesios. Para todo esto fuimos elegidos, llamados, consagrados y enviados en el Bautismo. Algo semejante a lo que pasó con los Doce.

La misión es la misma de Jesús: anunciar el Reino de Dios, invitar a la conversión, expulsar demonios, curar enfermos, alejar el mal del mundo. Esa misión, y la fuerza para realizarla, se la confió Jesús a los Doce. Eso fue lo que hicieron, como escuchamos al final del texto evangélico. Así concluye san Marcos su Evangelio, para dejar claro que los discípulos de Jesús tenemos que realizar la misma misión. No otra. Pero vivir esa misión exige la sencillez de los discípulos.

Esta sencillez la pide Jesús al indicarles –y esto vale para nosotros hoy–, que para el camino no hay que llevar nada. Nada, así de simple. Y luego agrega: *“ni pan, ni mochila, ni dinero en el cinto, sino únicamente un bastón, sandalias y una sola túnica”* (*Mc* 6, 8-9). Nada es nada. ¡Y nosotros tan acostumbrados a prevenir todo lo necesario cuando vamos a salir, para que nada nos falte, para que todo salga bien! Parecería algo fuera del sentido común; pero no.

Por una parte, Jesús así caminaba día tras día. Por otra parte, los discípulos tenemos que dar testimonio de Jesús. Lo único que hay que asegurar es la experiencia de seguirlo en su camino; y esto es lo que hay que transmitir. Pensar en lonche, en el dinero para lo que se ocupe, en la bolsa para echar lo que se reciba, en el cambio de ropa, desvía la atención de los discípulos. Uno tiene que estar desprendido de todo lo que ate, de todo lo que dé poder y prestigio.

El dinero ata, da poder, da fama. Teniendo dinero se crea un estilo de vida que luego conduce a una carrera sin fin: siempre se quiere más, se busca lo mejor, se anhela lo último de la moda. La bolsa y el cinto eran para llenarlos de regalos, comida, ropa, dinero. Esto también se convierte en estilo de vida. ¿Y la misión qué? Por eso pide Jesús no llevar nada al ir a la misión. Además, es necesario vivir la confianza en la providencia de Dios, como la tenía el mismo Jesús.

Hoy se necesitan discípulos y discípulas de Jesús que, con el estilo de vida sencilla, seamos verdaderos testigos. Para realizar la misión que Jesús nos encomendó no hace falta más que tener conciencia de haber sido enviados por Él y llevar nuestra experiencia de seguimiento. Todo lo demás (dinero, víveres, ropa, aparatos electrónicos, medios de transporte…) al final de cuentas estorba, porque crea dependencia y, por lo mismo, no deja actuar con libertad.

En este domingo renovemos nuestra conciencia de ser misioneros y misioneras. Agradezcamos a Dios que fuimos elegidos, llamados, consagrados y enviados a la misión. Pidámosle la capacidad de vivir en la sencillez para ser buenos testigos de Jesús. Aprendamos de Jesús que vivió sin depender de lo material y más bien confiado a la providencia de Dios. Él se nos da este domingo en la sencillez de un pedazo de Pan y un poco de Vino. Que así seamos nosotros.

# 16o Domingo ordinario

## Pastor

**Textos:** Jer 23, 1-6; Ef 2, 13-18; Mc 6, 30-34

Jesús aparece como pastor. Él cumple la promesa que Dios hizo a través del profeta Jeremías, cuando vio que los pastores dispersaban a su pueblo y lo dejaban morir. El pastor prometido por Dios cuidaría a las ovejas, reuniría a las dispersas y llevaría a todas a pastar; cuidaría de todas de modo que ninguna se asustara ni se perdiera. En el texto del Evangelio que se proclamó –como escucharemos también el domingo próximo–, Jesús actúa como verdadero pastor.

Jesús había enviado a sus discípulos a la misión. Lo escuchamos el domingo pasado. Como pastor les dio las indicaciones, les previno en relación a lo que les podía pasar, les dijo qué sí y qué no tenían que llevar. Ahora, después de realizar la misión, les dedica tiempo y escucha sus experiencias, los anima, los invita a cargar pilas. Quiere que juntos, en la soledad, el silencio y la tranquilidad, se encuentren con Dios y renueven las fuerzas para seguir en la misión.

Con esto, Jesús nos da una luz en relación a nuestro estilo de vida, marcado por el activismo. El trabajo marca el ritmo de la vida de nuestra sociedad, al grado que lo demás queda para después. Es primero el trabajo, ya después la familia, en tercer lugar Dios, luego la comunidad y, por último, la sociedad; la creación ya queda en el olvido. Para seguir en la vida es necesario el encuentro con la familia, con Dios, con la comunidad, con la sociedad y con la naturaleza.

Ahora que estamos en el periodo de vacaciones en las escuelas, se nos presenta una oportunidad grande para dedicar tiempo a dialogar y convivir como familia, entre esposos, entre papás e hijos. Casi no lo hacemos, pero siempre hay que buscar tiempo para encontrarnos con Dios en la oración, la lectura y reflexión de su Palabra escrita, en las celebraciones. Los encuentros de comunidad, en barrios, colonias y ranchos, son fundamentales para vivir nuestro ser Iglesia.

Cuando Jesús y sus discípulos se fueron al lugar que habían escogido para estar tranquilos, mucha gente los siguió. Al ver la multitud, Jesús se mostró nuevamente como pastor. Se le removieron las entrañas al captar que las gentes andaban como ovejas abandonadas por su pastor. Entonces los atendió, hablándoles de lo que tenían necesidad. Lo que más necesitaban era atención, no sentirse desamparados, en el olvido. Y eso les ofreció Jesús. Les dedicó su tiempo.

Esta es otra enseñanza para nosotros, ya sea que nos veamos de manera personal o como comunidad, como Iglesia. En la vida de la ciudad, en los pueblos, encontramos muchas personas sufriendo, en la droga, sin trabajo, víctimas de la violencia, enfermas –y a veces en fase terminal–, con problemas en su matrimonio, anhelando una palabra de aliento. Generalmente no reaccionamos como Jesús. Andamos en lo nuestro y poco se nos remueven las entrañas.

Yo creo que como Iglesia tenemos una deuda muy grande con los pobres. Casi no les ofrecemos la Palabra de Dios ni palabras de consuelo y esperanza. Hay personas, parejas y familias con problemas y no las escuchamos. La gran mayoría de los enfermos están olvidados por la comunidad. Los adolescentes y jóvenes no encuentran espacios de acogida y participación. Siendo comunidad de discípulos y discípulas de Jesús, poco vivimos el pastoreo como Iglesia.

En este domingo nos encontramos con Jesús. Él nos ha convocado a este espacio tranquilo para encontrarnos con Él, para escuchar la Palabra de Dios y elevar juntos nuestra oración, para renovar nuestra conciencia de ser comunidad. Como pastor quiere que repongamos fuerzas para ir a la misión. Nos ha hablado en el Evangelio como hizo con aquella multitud, enseguida nos alimentará con su Cuerpo y Sangre. Dispongámonos para vivir este encuentro sacramental.

# 17o Domingo ordinario

## Solidaridad

**Textos:** 2 Re 4, 42-44; Ef 4, 1-6; Jn 6, 1-15

En el mundo hay muchas necesidades. Lo vemos a diario en la ciudad, en nuestras colonias y barrios. Hambre, enfermedades, desempleo, droga, violencia, están a la orden del día. Jesús y sus discípulos se encontraron en una situación semejante, como escuchamos en el texto del Evangelio. La gente que lo seguía comenzó a tener hambre y, como pastor, Jesús se hace responsable de la situación y hace que sus discípulos se involucren y busquen una respuesta.

Ante estas y otras situaciones, frecuentemente nos viene la tentación de buscar bienhechores o de convertirnos en uno de ellos. Como Iglesia, a lo largo de muchos años hemos vivido de esta manera. Ante la necesidad se busca quién dé. Eso pensó en realizar Felipe ante la pregunta de Jesús. Sacó cuentas y calculó que con doscientos denarios no alcanzaría para comprar comida para toda aquella gente, muchos más de cinco mil. Un denario equivale a un día de salario.

Cuando alguien se ubica en el lugar de bienhechor, se coloca en una posición diferente a los demás: es el bueno, el que tiene, el que da; los demás no tienen, no saben, hay de darles. Eso quita la igualdad de las personas en la vida. En nuestros días también los benefactores buscan que se les tomen fotografías o videos para salir en los periódicos o en la televisión. Algo semejante sucede con los candidatos a algún puesto público al repartir regalos a cambio de votos.

Al pensar que con dinero había que dar de comer a la multitud, Felipe se ubicó en la dinámica de los bienhechores. Por el contrario, Andrés descubrió que un muchacho traía cinco panes y dos pescados. Eso ni para el comienzo. ¿Cómo iban a ajustar cinco panes y dos pescados para que comiera toda aquella multitud? Pero, ahí estaba el secreto. Eran pocos, pero puestos en común ajustaban para algo. Se comenzaba a encontrar que el camino era la solidaridad.

Compartir lo que se tiene es el camino para solucionar las necesidades. Eso sucedió aquel día. Ese fue el modo que Jesús aceptó y puso en práctica para que nadie se quedara con hambre. Y se logró. Incluso sobró, pues se llenaron doce canastas con los pedazos que quedaron. Jesús no actuó como bienhechor sino como hermano. Jesús no dio sino que propició el compartir. Ahí todos actuaron como iguales; nadie era más que los demás porque daba.

Al vivir la solidaridad, Jesús hizo del compartir una Eucaristía. Dice san Juan que tomó los panes, dio gracias y los repartió. Algo que luego haría en la Última Cena: tomar el pan, dar gracias, partirlo y repartirlo. Ahí Jesús se da; no da el pan, sino que se da como pan. Se entrega totalmente, no da de lo que le sobra sino se da con todo lo que tiene, se comparte. Dice: “Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes”, “Esta es mi sangre… que se derrama por todos”.

Jesús nos enseña que el camino para resolver las necesidades es el de la solidaridad. Tenemos que aprender a compartir nuestros bienes, nuestras personas. No se trata de deshacernos de lo que ya no ocupamos o lo que nos estorba, como sucede con frecuencia, sino de compartir lo que tenemos y, sobre todo, lo que somos. Esto es algo que tenemos que cultivar en las familias y en las comunidades. Solamente así podremos celebrar una buena Eucaristía, como Jesús.

Este domingo estamos reunidos para la celebración de la Eucaristía. Nos encontraremos con Jesús en el momento de la Comunión. En su Palabra nos indica que tenemos que vivir la solidaridad para que nadie pase necesidad en el mundo; al comulgar su Cuerpo y su Sangre asumimos nuevamente el compromiso de poner en común nuestros bienes, de darnos para los demás, para garantizar una vida digna. Vayamos a vivir la solidaridad en nuestra comunidad.

# 18o Domingo ordinario

## Pan para la vida eterna

**Textos:** Ex 16, 2-4. 12-15; Ef 4, 17. 20-24; Jn 6, 24-35

Ante una necesidad, que era el hambre de la gente que seguía a Jesús, se encuentra una respuesta: compartir lo que se tiene. Lo escuchamos y reflexionamos el domingo pasado, en la narración de la multiplicación de los panes. Después la gente va y busca a Jesús –Él se había ido huyendo a la montaña porque querían proclamarlo rey–; lo buscaban porque seguramente querían que les diera nuevamente de comer, algo semejante a lo que se vive en nuestros días.

Jesús captó sus intenciones y les aclaró que lo andaban buscando por interés. Con cinco panes y dos pescados habían comido hasta llenarse. Y querían más… y además gratis. Como que no entendieron que el camino para que nadie pase necesidad consiste en compartir. Jesús les hace una invitación para que repiensen su vida. Les dice que no trabajen por ese alimento porque se acaba –de hecho ya traían hambre otra vez–, sino por el que dura para la vida eterna.

Lo que hace Jesús es una catequesis: a partir de una necesidad y de la condición humana, conduce poco a poco a las personas hasta creer en Él. La catequesis no es aprender rezos de memoria, es hacer el camino desde escuchar de Jesucristo hasta dar testimonio de Él. Primero les provoca la curiosidad por buscar un alimento perdurable y no la comida que rápido se acaba; es más, Él mismo se ofrece a darles ese alimento que permanece para siempre.

Esto despierta la pregunta. Pero lo curioso es que no preguntan por el alimento que ofrece Jesús sino por lo que hay que hacer para realizar lo que Dios quiere, sus mandatos. Es entonces cuando Jesús les dice lo que tienen que hacer: la obra de Dios, la central, es creer en su enviado. Y Jesús es el enviado de Dios. Entonces hay que creer en Jesús. Pero como sucede siempre: quieren ver para creer; menos no. Por eso le piden un signo que muestre que Él es “el bueno”.

Signos o milagros ya había realizado varios. Uno de ellos fue el de la multiplicación de los panes. Como que no les bastaba. Querían hacerse como muchos entre nosotros hoy, antes de las elecciones: por el que dé o por el que dé más es por el que se da el voto. Para forzar a Jesús, le hablan del maná y las codornices que los israelitas comieron en el desierto, como escuchamos en la primera lectura. Pero ese alimento se les acababa diario y volvían a sentir hambre.

Jesús les aclaró que ese alimento no se lo dio Moisés sino su Padre y que Dios también da el pan del cielo, el que da la vida al mundo, el que no se termina, el que es para la vida eterna. Eso provoca que se lo pidan: *“danos siempre de ese pan”*, le dicen. Y es entonces cuando se presenta como el pan de la vida. El signo para creerle a Jesús es Él mismo. Y lo que ofrece es su predicación, centrada en el mandamiento del amor, y su servicio ante las necesidades.

Al final hace la invitación a ir hacia Él y creer en Él, a valorarlo y buscarlo como pan de vida eterna. En esto consiste la catequesis y toda la vida cristiana: hay que buscar a Jesús, encontrarnos con Él, seguir su estilo de vida, dar testimonio de Él proyectando su modo de vivir. Ahí encontraremos el pan para la vida eterna. Por esto tenemos que compartir, servir, perdonar, vivir la justicia, amar. Todo esto es pan que no se acaba y que garantiza la vida eterna.

Al encontrarnos con Jesús convertido en Pan y comérnoslo en el momento de la Comunión, nos comprometemos a creer en Él. Esa es la mejor obra que podemos realizar como discípulos suyos. También tenemos que realizar las obras de Jesús. Entonces no basta con comulgar sacramentalmente, sino que debemos prolongar en nuestra vida el compartir, servir, perdonar, vivir la justicia, ser hermanos, amar. Preparémonos para recibir el Pan para la vida eterna.

# 19o Domingo ordinario

## Pan bajado del cielo

**Textos:***1 Re* 19, 4-8; Ef 4, 30-5, 2; Jn 6, 41-51

En la reflexión que hace después de la multiplicación de los panes, Jesús se presenta como pan. Es una imagen muy cercana a nuestra vida. El pan es algo de todos los días. El pan simboliza a todo el alimento. Expresar que no tenemos pan equivale a decir que no tenemos qué comer. No podemos vivir sin pan. El pan es un regalo de Dios; por eso Jesús nos enseña a pedírselo en nuestra oración diaria. Jesús no solo dice que Él es pan, sino que es el pan vivo bajado del cielo.

Esta afirmación de Jesús creó confusión entre los judíos. Su problema no era en relación a que Jesús fuera pan; eso podemos y debemos ser todos para los demás. La dificultad para ellos era que Jesús afirmaba que había bajado del cielo. Con esto hace relación al pan que los israelitas recibieron en el desierto, cuando caminaban hacia la tierra prometida. Ellos tenían clara conciencia de que el pan –el maná y las codornices– lo habían recibido de Dios.

El problema era que a Jesús lo conocían bien, aunque no sabían su origen. Lo conocían porque nació y creció entre ellos, porque era uno como todos, porque en nada se diferenciaba de los demás: tenía una familia, tenía su trabajo, convivía con los demás. Como que eso no coincidía con lo que Jesús decía de sí mismo: que era un pan bajado del cielo. Ciertamente todos venimos de Dios y somos responsables de convertirnos en presencia de Dios para los demás.

Jesús se presentó como alimento venido de Dios. Él era, y sigue siendo, pan vivo, pan que fortalece para el camino de la vida, pan que no solo produce la vida sino la vida eterna. Y también nos invita a comérnoslo. Comernos a Jesús es mucho más que comulgar en la Misa. Comernos a Jesús implica conocerlo, escucharlo, aceptarlo, estar de acuerdo con lo que dice y hace, querer vivir como Él, proclamarlo. Y al comulgar sacramentalmente asumimos todo esto.

En nuestro tiempo poco vivimos el encuentro con Jesús, poco se le conoce, poco esfuerzo hacemos para seguirlo en su camino, poco nos alimentamos de Él. La vida cristiana en general se reduce a ir a la Misa. Como que con eso tenemos. Pero nos falta profundizar en la persona y la misión de Jesús, encontrarnos con Él como alimento para la vida, saborear sus enseñanzas, asimilar su mensaje. El pan que comemos ordinariamente nos da fuerza para vivir y trabajar.

Elías había perdido el sentido de la vida, al grado de quererse suicidar. Pero el Señor lo alimentó con pan y continuó su camino. Caminó durante cuarenta días hasta llegar al Monte Horeb para encontrarse con Dios y seguir en su misión. El pan del cielo lo fortaleció, pero tuvo que comérselo. Eso nos pide Jesús en relación a Él: que nos lo comamos. No se vive como cristiano solamente viendo a Jesús en las imágenes, en los crucifijos, en los posters. Hay que comerlo.

Quien se alimenta de Jesús lleva una vida en el amor. Pablo nos exhorta a vivir amando. Señala cómo son y cómo viven los verdaderos discípulos de Jesús: no son ásperos, no se enojan, no insultan, no maldicen, no hacen el mal; al contrario, son buenos, comprensivos, saben perdonar, son hermanos. No se puede lograr esa vida sin el encuentro con Jesús. Y ese encuentro tiene como culmen el momento de comerlo sacramentalmente en la Eucaristía.

Hoy tenemos esa oportunidad. Ya escuchamos a Jesús que nos habla y se nos presenta como pan vivo bajado del cielo; nos dice que quiere que nos lo comamos para tener vida, para trabajar a favor de la vida. Enseguida se nos dará como pan. En el momento de la consagración dirá que ese Pan es su Cuerpo que se entrega por nosotros y nos pedirá que hagamos lo mismo en relación a los demás. Dispongámonos a saborear en la Comunión el Pan bajado del cielo.

# 20° Domingo ordinario

## Comer la carne de Jesús

**Textos:** Prov 9, 1-6; Ef 5, 15-20; Jn 6, 51-58

Jesús es la sabiduría que invita a comer del pan y a beber del vino que ha preparado para los sencillos. Después de presentarse como el pan vivo bajado del cielo, se ofrece totalmente para ser comido. Dice que su carne es el pan que va a dar a quien lo quiera. El pan bajado del cielo da vida para siempre; la carne la da para que el mundo tenga vida. El pan es Jesús, la carne es Jesús. Para tener vida, y vida eterna, es necesario comérnoslo, sea como pan o como carne.

Para comernos a Jesús es necesario aceptarlo como es, con su proyecto, sus opciones, su estilo de vida, su destino; es decir, totalmente. No podemos aceptar unas cosas de Jesús y otras no. Él se dio totalmente. En su ministerio lo fue haciendo día a día en el servicio, especialmente a los pobres. Lo hizo definitivamente en la cruz. Por eso nos habla de que va a dar su carne. La carne en la cultura judía significa toda la persona. Y eso significa comer la carne de Jesús.

Los judíos se escandalizaron de este ofrecimiento de Jesús. No les cabía en la cabeza que diera su carne, que se dejara comer, que los demás se lo pudieran comer, como se come cualquier carne. Y Jesús remarca la importancia de comerlo. Y no sólo eso sino que también habla de beber su sangre. Eso hizo durante la Última Cena y lo sigue realizando en cada Eucaristía: “Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes”; “Esta es mi sangre que se derrama por todos”.

¿Qué sucede con quienes comen la carne y beben la sangre de Jesús? Varias cosas, según las palabras del mismo Jesús: tener vida en ellos, tener vida eterna, ser resucitado el último día, permanecer en Jesús y Jesús en ellos, vivir para siempre. En pocas palabras, quien se come y se bebe a Jesús es verdadero discípulo, es buen cristiano, vive como Hijo de Dios, ya desde este mundo. La vida eterna comienza aquí, la vida para siempre ya la podemos experimentar.

Comer la carne de Jesús lleva a vivir como lo espera Pablo: quienes se comen a Jesús son gentes prudentes, reflexivas, no se embriagan, no son libertinas, viven llenas del Espíritu Santo, hacen oración a Dios y le dan gracias; o sea, saben vivir como hermanos. Todo esto es consecuencia de comerse a Jesús, es decir, de conocerlo y hacerlo parte de la propia vida. Pero se necesita descubrirlo con esa grandeza y buscarlo, encontrarlo y aceptarlo, comerlo y beberlo.

¿Cómo andamos en nuestra vida? ¿Nos estamos saciando de Jesús o nos escandalizamos de Él? ¿Nos estamos embriagando de Jesús o lo rechazamos? No se trata solamente de comulgar sacramentalmente, sino de vivir como Jesús. Él nos dice que si comemos su carne y bebemos su sangre permanecemos en Él. Y la permanencia en Jesús es por el modo de vivir. La razón de esto está en que al comernos a Jesús llevamos su carne, y su sangre corre por nuestras venas.

Comernos a Jesús nos compromete, por tanto, a ser carne que se entrega por los demás. Por el hecho de haber recibido el Bautismo, estamos comprometidos a ser servidores de todos como Jesús, para que nuestro mundo tenga vida y una vida digna. En el caso de los esposos, por el sacramento del Matrimonio son una sola carne y están con el compromiso de vivir la fidelidad y la ayuda mutua. En este domingo tenemos la oportunidad de recibir a Jesús en la Comunión.

No rechacemos a Jesús en nuestra vida, no nos avergoncemos ni nos escandalicemos de Él, no despreciemos la Comunión sacramental. Que este encuentro dominical con el Pan de la vida eterna nos impulse a convertirnos en pan para los demás. Volvamos a nuestra comunidad a dar testimonio de Jesús con nuestra vida. Con sencillez, dispongámonos a recibir como comida la carne y como bebida la sangre de Jesús, alimento y bebida preparados por Él en esta Eucaristía.

# 21er Domingo ordinario

## Seguir a Jesús

**Textos:** *Jos* 24, 1-2. 15-17. 18; Ef 5, 21-32; Jn 6, 55. 60-69

Seguir a Jesús no es fácil. Por lo tanto, ser cristiano, discípulo, católico o creyente en Jesús, no es fácil. Lo podemos descubrir en el texto del Evangelio de este domingo. Ante la propuesta que Jesús hace después de la multiplicación de los panes, muchos de sus discípulos deciden dejarlo. Dicen que su modo de hablar es intolerable, que quién puede soportar eso que dice. Y viene lo que llamamos “la graciosa huida”. Eso nos puede pasar hoy, si no es que ya nos está pasando.

¿En qué estaba –y está– lo intolerable de Jesús? ¿Qué es lo que no se puede soportar? No son tanto sus palabras, lo que dice, sino lo que hay que hacer para vivir como Él. Jesús dijo que es pan, que es pan vivo, que es pan vivo bajado del cielo, que ese pan asegura para la vida eterna, que hay que comer ese pan, que ese pan es su carne, que hay que beber su sangre, que quien come su carne y bebe su sangre vivirá para siempre. Y pide que creamos en Él.

Como que a los discípulos se les cayó su idea de Jesús. Ellos tenían pensado andar con alguien que hacía milagros y les iba a ir bien, o con el rey que los defendería del Imperio Romano, o con quien les podía dar de comer gratis todo el tiempo, o con un mesías triunfalista. Pero cuando caen en la cuenta de que el camino de Jesús es el de la entrega, el del sufrimiento, el de la muerte, y de que hay que vivir de la misma manera, entonces deciden ya no seguirlo.

En ese estilo de servir, de huir del poder y la fama, de convertirse en alimento para los demás, de darse totalmente hasta la cruz, Jesús no garantizaba nada para sus discípulos; al menos en el proyecto que ellos se habían hecho. Pero tienen que convencerse de que ese es el camino para ser buenos discípulos de Jesús. Y el convencimiento lleva a la decisión. Si los convence la propuesta de Jesús, entonces van a decidir seguirlo; si no, van a decidir abandonarlo.

Seguir a Jesús es un don del Padre, como dice el mismo Jesús. Pero necesita de la respuesta humana. Por eso les hace la pregunta a los Doce, que lo acompañan más de cerca, si también ellos lo van a dejar. Es como la pregunta que Josué había hecho a los israelitas: si iban a servir al Dios que los sacó de la esclavitud en Egipto o a otros dioses. Josué y su familia estaban decididos a servir al Señor. El pueblo manifestó su deseo de servirlo también para cumplir la alianza.

Seguir o no seguir a Jesús es la pregunta central. No hay intermedios: o se le sigue o se le abandona –o se le traiciona, como el caso de Judas–. El seguimiento es con las condiciones y el estilo de vida propuestos por Jesús. Ese era, y sigue siendo, el problema para gran parte de sus discípulos: querían seguirlo pero a su conveniencia, según sus propios proyectos, sin comprometerse a la entrega, sin hacerse pan para los demás. Tomar esta actitud equivale a traicionarlo.

La respuesta que le da Pedro a nombre de los Doce nos orienta en relación a lo que tiene que ser nuestra vida: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”* (*Jn* 6, 68). ¿Cómo llegar a ese convencimiento expresado por Pedro? Este es un desafío para nosotros. Estar convencidos de que el camino para vivir es el de Jesús, el modo de ser discípulos es el de servir y darse como Jesús, la manera de vivir nuestra condición bautismal es la de dar vida.

Jesús nos hace hoy esta misma pregunta. Es la pregunta que está de fondo como condición para recibir los sacramentos. ¿Qué decimos: seguimos a Jesús con sus exigencias y estilo de vida o lo abandonamos? Estamos participando en la Eucaristía dominical. Hemos escuchado la Palabra de Dios que nos invita a definirnos por Jesús; nos preparamos ahora a comulgar sacramentalmente. Que este signo reafirme nuestra decisión de seguir a Jesús sin condiciones.

# 22º Domingo ordinario

## Vivir como hermanos

**Textos:** Dt 4, 1-2. 6-8; St 1, 17-18. 21-22. 27; Mc 7, 1-8. 14-15. 21-23

Estamos reunidos para celebrar la Eucaristía dominical. La Misa es el mayor acto de culto que tenemos en la Iglesia. La Misa es el momento culmen de nuestra religión. Y la Palabra de Dios nos prepara para celebrar lo mejor posible la Eucaristía. Hoy los textos proclamados nos dicen que el mejor modo de celebrar un culto agradable a Dios, la mejor manera de cumplir la religión, es vivir como hermanos. Y hay que revisarnos para ver si no estamos como los fariseos.

Ellos y algunos escribas cuestionaron a Jesús porque sus discípulos no cumplían los ritos religiosos establecidos antes de comer. Ante esto, Jesús deja claro el modo de vivir la religión que le agrada a Dios y, por tanto, el culto que hay que darle. Dios ha pedido siempre el cumplimiento de sus mandatos. En la primera lectura escuchamos que Moisés le pide a Israel cumplir los mandamientos del Señor. Y cumplirlos lleva a Israel a mostrarse como pueblo sabio y prudente.

En la Carta de Santiago, aparece con toda claridad cómo hay que vivir la religión agradable a Dios: es escuchar la Palabra sembrada en las personas y ponerla en práctica. De otro modo, escuchándola sin practicarla equivale a engañarse. La religión pura, la religión sin mancha, consiste en atender al huérfano y a la viuda, las personas más desprotegidas del pueblo. Curiosamente no habla de ritos, de sacrificios, de ayunos, de penitencias, sino de servicio al pobre.

Según el modo de pensar de los fariseos y los escribas, los discípulos de Jesús estaban infringiendo la religión porque no cumplían al pie de la letra los ritos de purificación. Ellos sí se sentían fieles cumplidores del culto que se le ofrecía a Dios; incluso se sentían perfectos porque en ninguna práctica religiosa se equivocaban, sino que las cumplían al pie de la letra. Pero Jesús les dijo que se estaban olvidando de lo principal: de vivir como hermanos. Y los llamó hipócritas.

La palabra hipócrita significa engañador, que presenta doble cara, que dice una cosa y hace otra. Así vivía la mayoría de los fariseos y los escribas. Y hay que preguntarnos si muchos de nosotros no vivimos también de esta manera. A ellos Jesús les aplica las palabras del profeta Isaías, que le echa en cara al pueblo de Dios que lo alaba con la boca y tiene el corazón muy lejos de Él; y deja claro que ese es un culto que no le agrada porque se olvidan de lo principal.

Lo principal es hacer una vida hermanable. Enseguida Jesús indica muchas situaciones que rompen con la hermandad y de eso sí es necesario preocuparse. Mientras se den estas situaciones, no se vivirá fielmente la religión y el culto a Dios será inútil. Y eso no viene de fuera sino que sale del corazón de las personas: las malas intenciones, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidias, difamaciones, soberbia, frivolidad.

Quiere decir que no podemos celebrar la Eucaristía si no vivimos como hermanos, aunque vengamos todos los domingos y comulguemos. Estaríamos como los escribas y fariseos del Evangelio. Si alguien roba al hermano, si lo golpea, si le hace una tranza, si comete una injusticia, si habla mal de él, si cae en el adulterio, si tiene envidia, si se muestra con soberbia en la relación con los demás, es inútil que venga a Misa porque su vida le desagrada a Dios.

 Hoy el Señor nos da la oportunidad de revisarnos y renovarnos en nuestra manera de vivir. No basta con que vengamos a la Misa dominical. Es necesario hacer una vida hermanable. Ese es el mejor modo de mantenernos unidos a Dios y de ofrecerle un culto que le agrada, porque cumplimos sus mandamientos. Alimentados por la Eucaristía, vayamos a poner en práctica la Palabra de Dios que se ha sembrado en nuestro corazón. Vayamos a vivir como hermanos.

# 23er Domingo ordinario

## Sordos y mudos

**Textos:** Is 35, 4-7; St 2, 1-5; Mc 7, 31-37

La Palabra de Dios nos ayuda a prepararnos para la celebración de la Eucaristía. En este domingo nos lleva a preguntarnos si no estamos sordos y mudos ante Jesús y su proyecto del Reino. Esto a propósito de la persona ciega y tartamuda que le llevaron para que la curara. Es importante tener en cuenta que por el Bautismo estamos capacitados para escuchar a Jesús y ser sus testigos, para anunciar y hacer presente el Reino de Dios con nuestras palabras y hechos.

En el rito del Bautismo, a los recién bautizados se les tocan sus oídos y su boca. Se les dice lo siguiente –eso se nos dijo también a nosotros–: “El Señor Jesús que hizo oír a los sordos y hablar a los mudos te conceda, a su tiempo, escuchar su Palabra y profesar la fe para alabanza y gloria de Dios Padre”. Se espera que todos los bautizados escuchemos constantemente la Palabra de Dios y manifestemos nuestra fe en Él, con lo que decimos y con lo que hacemos.

Este mismo signo hizo Jesús con el enfermo que le presentaron: le metió sus dedos en los oídos y con su propia saliva le tocó la lengua. Luego le dijo: “¡Ábrete!”. Esa persona vivía en la exclusión, apartada de la gente, sin escuchar a los demás, sin poder comunicarse ordinariamente. Cuando se encontró con Jesús, su situación cambió. Con sus oídos abiertos y su boca suelta, pudo escuchar a Jesús y dar testimonio de Él, como de hecho sucedió desde ese momento.

Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías y que se proclamó en la primera lectura. Él hablaba a las personas de Israel que andaban con las baterías bajas: *“¡Ánimo! No teman […] su Dios […] viene ya para salvarlos”* (*Is* 35, 4). Y señala como signos de salvación, entre otros, la apertura de los oídos de los sordos y el canto salido de la lengua de los mudos. Eso fue lo que sucedió con el sordo y tartamudo: se le abrieron sus oídos y comenzó a hablar sin dificultad.

Nosotros conocemos algunas personas sordomudas. No pueden decir palabras porque nunca han escuchado cómo se dicen. Y nosotros, que tenemos bien nuestros oídos y nuestra boca, ¿no estaremos sordos y mudos? Preguntémonos qué escuchamos de Jesús, si le dedicamos tiempo a la lectura del Evangelio para encontrarnos con Él ahí, si esto lo realizamos en la familia y en nuestra comunidad. Al menos oímos algo de Jesús los domingos en Misa, pero no es suficiente.

Además, ¿qué tan atentos estamos a las necesidades de los demás? También en el Bautismo se pidió que para eso se nos abrieran los oídos. La Virgen de Guadalupe se quedó en nuestro país para escuchar los lamentos de los pobladores de estas tierras, para poder confortarlos y consolarlos. Y eso ha realizado. ¿Y nosotros? Día a día se escuchan lamentos por la violencia, las amenazas, las desapariciones, lo caro de la vida, la falta de trabajo, las enfermedades…

También tenemos el compromiso de proclamar nuestra fe. Desde el Bautismo se está esperando eso de nosotros. La proclamación de la fe no se reduce a expresar con las palabras que creemos en Dios, sino que lo tenemos que manifestar con los hechos, como hacía Jesús. Él tenía predilección por los pobres y excluidos. Lo escuchamos en el Evangelio. ¿Consolamos con nuestra lengua a los pobres? ¿Anunciamos el Evangelio o hablamos sólo de otras cosas?

Hoy nos encontraremos con Jesús en la Comunión. Él no solamente nos tocará y ya, sino que se va a quedar dentro de nosotros para que lo llevemos a dondequiera que vayamos. A Él lo tenemos que seguir escuchando día a día, de Él tenemos que dar testimonio con nuestra vida, como sucedió con el sordomudo. Una vez que se le abrieron los oídos y se le soltó la lengua, comenzó a escuchar a Jesús y a proclamarlo a los demás. Que así suceda también con nosotros.

# 24º Domingo ordinario

## ¿Quién es Jesús?

**Textos:** Is 50, 5-9; St 2, 14-18; Mc 8, 27-35

Jesús hizo una pregunta a sus discípulos sobre lo que se decía de Él. Esta pregunta es también para nosotros hoy. Lo importante no es tanto la respuesta que se diga, sino las consecuencias que trae decirla. Iban por el camino cuando Jesús preguntó a sus discípulos sobre lo que la gente decía de Él. No era difícil responder. Todo mundo lo identificaba con un profeta. Su estilo de vida y su predicación eran las de un profeta, pues era austero y hablaba del reinado de Dios.

Los comentarios de la gente sobre Jesús, en el sentido de que era un profeta, también incluían su destino. Los profetas no llevaron una vida fácil; todos recibieron habladas, fueron calumniados, perseguidos, torturados, condenados a muerte; varios terminaron asesinados, como Juan Bautista. Esto marcará la vida y misión de Jesús. Pero luego vino lo bueno: les hizo a sus discípulos la misma pregunta, para que ellos dieran su propia respuesta.

Pedro no se tardó. Inmediatamente le dijo una verdad: *“Tú eres el Mesías”* (*Mc* 8, 29). Le dijo exactamente lo que Jesús era. No había ni hay duda: Jesús es el Mesías, el Liberador, el Salvador. Enseguida, una vez que fue reconocido como Mesías, sin rodeos Jesús les dijo que ser Mesías significaba ser rechazado, padecer mucho, acabar condenado a muerte. Exactamente lo mismo en relación al destino de los profetas. La diferencia está en la resurrección.

La reacción de Pedro fue inmediata. Ellos concebían y esperaban a un Mesías glorioso, dominador, avasallador, como los gobernantes de este mundo. Jesús les cambió esa imagen y eso ya no les gustó. ¿Cómo que siendo el Mesías iba a terminar asesinado? No era posible. Por eso Pedro le quiso ayudar a “corregir” el camino y el estilo de vida. Pero lo que sucedió es que así se convirtió en estorbo para Jesús. Y le pidió que más bien se pusiera detrás de Él para seguirlo.

Si nos fijamos bien en nuestra vida, eso que les pasó a Pedro y a los demás nos sucede a nosotros. A la pregunta sobre quién es Jesús, respondemos que es el Hijo de Dios. Así lo aprendimos en el catecismo. Y no decimos mal, pues eso es. La dificultad para nosotros está en que, cuando vemos nuestra manera de vivir, poco se parece a la de Jesús. Sabemos algo de Jesús porque lo aprendimos de memoria; pero, ¿nos estamos esforzando por asumir su estilo de vida?

El camino de Jesús es el mismo de los discípulos. El estilo de vida de Jesús debe ser el mismo de sus seguidores. Por eso nos manda que, si queremos ser sus discípulos, renunciemos a nosotros mismos, carguemos nuestra cruz y lo sigamos. Eso lo asumimos en el momento de ser bautizados. Más que decir de memoria una respuesta a la pregunta sobre quién es Jesús, debemos responder con lo que vamos descubriendo de Él en la experiencia de seguimiento.

Y luego, la respuesta a la pregunta que Jesús nos hace hoy, la tenemos que dar no tanto de palabra sino con nuestra manera de vivir. A esto nos anima el apóstol Santiago, cuando pide mostrar con obras la fe que tenemos. Quien cree en Jesús y su proyecto del Reino, atiende a los pobres, les da de comer y les asegura el vestido. Entonces podemos decir que confesar a Jesús como el Hijo de Dios o como el Mesías implica atender a los pobres y cargar con su cruz.

Antes de encontrarnos sacramentalmente con Jesús, necesitamos revisar nuestra vida. ¿Sabemos quién es Jesús? ¿Con qué hechos de nuestro modo de vivir manifestamos que creemos en Él? ¿Seguimos a Jesús cargando nuestra cruz y la cruz de los pobres; o nos confesamos católicos, pero no hacemos nada por la situación de los que sufren? Al comulgar, asumamos nuestro compromiso de seguir a Jesús por donde Él camina y asumir las consecuencias de creer en Él.

# 25º Domingo ordinario

## Intereses

**Textos:** Sb 2, 12. 17-20; St 3, 16-4, 3; Mc 9, 30-37

En este domingo nos caen muy bien los textos de la Palabra de Dios. A la luz de ellos nos podemos preguntar cuáles son nuestros intereses en la vida, sobre todo teniendo en cuenta que por el Bautismo somos discípulos y discípulas de Jesús. La pregunta es si nuestro proyecto de vida coincide con el de Jesús o no. En el caso de los Doce, al menos por lo que aparece en el texto del Evangelio, Jesús les hablaba de una cosa y ellos buscaban otra totalmente distinta.

Jesús vuelve a comentarles de su pasión. Al igual que el primer anuncio que les hizo y que reflexionamos el domingo pasado, se lo dijo con total claridad. Como Mesías tenía que ser entregado y asesinado, con la promesa de que resucitaría al tercer día. Pero eso no lo querían escuchar sus discípulos, porque eso no coincidía con la idea que tenían de Mesías. Y no les interesaba la vida dedicada al servicio, la entrega diaria; mucho menos terminar en la muerte.

A los discípulos les interesaba el poder, los puestos, los privilegios, las influencias, como a muchos de entre nosotros. Mientras Jesús les hablaba de su entrega definitiva en la cruz, ellos se peleaban por ser el más importante de todos en el grupo. Si andaban con el Mesías, cada uno quería ser el de mayor influencia, el de más poder, el que mandara, el que tuviera a los demás a su servicio. Y no crean que era una discusión sencilla sino un pleito en grande.

Jesús los oyó y los juntó para platicar. Les puso el dedo en la llaga. Si querían ser el de más poder, cada uno tenía que convertirse en el último de todos y hacerse el servidor de todos. Exactamente lo contrario a lo que ellos ambicionaban. Lo que entre nosotros casi nadie quiere: hacerse el último, estar al servicio de todos, y no como imposición sino como opción de vida. Quien quiera ser buen discípulo de Jesús tiene que empequeñecerse, abajarse, humillarse.

Cuando se busca el poder, los puestos, los privilegios, inmediatamente aparecen las rivalidades, como advierte el apóstol Santiago. Si hay luchas por las plazas, por los puestos en el trabajo, por mostrar quién puede más entre esposos, por conseguir más bienes o dinero, por estar por encima de los demás, se crea el desorden, se cae en la injusticia y se ahuyenta la paz. Nuestro ambiente está lleno de todas estas situaciones y quizá nosotros las provocamos.

Si vivimos en este ambiente; es más, si lo provocamos, no estamos actuando como discípulos de Jesús, puesto que nuestros intereses andan por otro lado, no por donde Jesús nos propone. Santiago nos invita a actuar con la sabiduría que viene de Dios. La sabiduría de Dios es Jesús y nos pide que busquemos ser los últimos y los servidores de todos, sobre todo de los pequeños. Nos pide ser como los niños: puros, dóciles, amistosos, sinceros, sencillos, capaces de perdonar.

En la Iglesia y en la sociedad se necesitan bautizados dispuestos a servir y que sirvamos a todos, especialmente a los pobres, representados en el niño que Jesús puso en medio de sus discípulos. En nuestros días se necesitan cristianos que por opción de vida seamos los últimos, y no busquemos grandezas ni puestos ni poder. Hoy nuestro mundo espera que los miembros de la Iglesia demos testimonio de que vale la pena tener los mismos intereses de Jesús.

La Eucaristía es la actualización de la entrega de Jesús. Él sigue ofreciéndose para que nosotros tengamos su vida. Se empequeñece al quedarse en un pedazo de pan y en un trago de vino; con eso nos muestra lo que tiene que ser nuestra vida diaria. Se hace el último y el servidor de todos al dejarse comer y beber por todos. Que la Comunión sacramental nos sirva para renovar nuestro proyecto de vida, de modo que nuestros intereses coincidan con los de Jesús.

# 26º Domingo ordinario

## Hacer y dejar hacer

**Textos:** Nm 11, 25-29; St 5, 1-6; Mc 9, 38-43. 45. 47-48

Los apóstoles se convierten en motivo de escándalo para la gente sencilla. Una y otra vez caen en esta situación. No habían podido expulsar a un demonio de un muchacho, Pedro quiso apartar a Jesús de su camino hacia la cruz, los Doce habían discutido sobre quién de entre ellos era el más importante, mientras que Jesús les anunciaba su Pasión. Ahora, como narra el Evangelio, presumen de haber prohibido a una persona que expulsara demonios en nombre de Jesús.

Lo que no habían realizado ellos, no permitieron que lo realizara otra persona: liberar a una persona del demonio, actuar en nombre de Jesús, hacer el bien a otro. Y todavía le comentan a Jesús la razón, totalmente seguros de que lo que habían hecho estaba bien. Le dijeron que no era de los de ellos, que no pertenecía a su grupo, que no andaba con Jesús. Como que si por andar con Jesús día a día, como que si ser de los Doce, automáticamente hicieran todo bien.

Lo que Jesús les responde expresa que la misión no es propiedad exclusiva de los que andan con Él, o de los que son “de adentro”, como decimos. Para que nosotros no nos sintamos seguros por el hecho de ser sacerdotes o por dar un servicio como agentes de pastoral o por participar en la Misa todos los domingos. El trabajo en la construcción del Reino se puede realizar de parte de quien sea y dondequiera, aún sin ser directamente del grupo de Jesús.

La misión de Jesús está abierta a todas las personas de buena voluntad. Quien haga el bien, quien luche por la justicia, quien promueva la solidaridad, quien colabore a la conservación del medio ambiente, quien construya la paz, aunque no sea cristiano, está realizando la misma misión de Jesús; está construyendo el Reino de Dios. En el mundo nos encontramos con muchas personas que luchan por estos valores y, por lo mismo, están a favor de Jesús y el Reino.

Puede suceder que nos esté pasando lo mismo a que los apóstoles: que ni hagamos ni dejemos hacer. Ellos no lograron liberar al muchacho del demonio, no querían saber nada de la Pasión de Jesús, no les interesaba la cruz, no estaban sirviendo y, además, prohibían a otras personas que sí lo hicieran, que porque no eran de su grupo. Todo eso era anti-testimonio y se convertía automáticamente en motivo de escándalo para los que escuchaban a Jesús.

Cuando no colaboramos a construir la comunidad ni a trabajar por el bien común de la sociedad y no dejamos que otros lo realicen, estamos como los Doce. Cuando no somos hermanos con los demás, cuando no somos tolerantes con quienes no siendo de los nuestros por religión, partido político, agrupación… entonces, como dice Jesús, sería mejor que nos colgaran una piedra de molino al cuello y nos echaran al mar, o que nos mutilaran la mano, el pie o un ojo.

A ese grado llega, según las palabras de Jesús, el ser motivo de escándalo para los sencillos. Los sencillos serían hoy los que estando bautizados se han ido alejando de la Iglesia, los que apenas creen en Dios, los que tienen otra religión, los que están excluidos de la vida de la Iglesia y la sociedad. Ellos esperan un buen testimonio de parte de quienes nos reunimos a la escucha de la Palabra y a la celebración de la Eucaristía, especialmente los domingos como hoy.

Que asumamos nuestra responsabilidad en la misión y a nadie le prohibamos que colabore en la construcción del Reino de Dios. Hagamos el bien, seamos hermanos, vivamos la tolerancia, luchemos por la justicia, construyamos la paz; valoremos los esfuerzos que muchas personas realizan para que vivamos en un mundo hermanable. Que el encuentro sacramental con Jesús nos dé fuerza para mantenernos trabajando unidos a Él en la construcción del Reino de Dios.

# 27º Domingo ordinario

## Igualdad

**Textos:**Gn 2, 18-24; Hb 2, 8-11; Mc 10, 2-16

A propósito de una pregunta que le hacen sobre el divorcio y de una situación que vive con sus discípulos, Jesús deja claro que hombres y mujeres, que adultos y niños, que ricos y pobres, gozamos de igualdad. Lo dice Dios, lo proclama el hombre, lo reafirma Jesús. Esto nos ayuda a valorar la vida de nuestras familias y nuestro modo de relacionarnos con los demás; nos sirve, además, para descubrir situaciones y actitudes que hay que cambiar en nuestra vida actual.

Le preguntan a Jesús sobre el divorcio, algo que cada vez se vive más entre nosotros: si es lícito o no que el hombre se divorcie de la mujer; curioso que no es al revés, si la mujer le puede dar el divorcio al hombre. Lo que hace Jesús es volverlos al comienzo, al proyecto original de Dios, dado que el permiso que dio Moisés fue por lo duro de corazón de los varones, que veían todo desde ellos mismos y para su propio beneficio. De hecho se vivía de una manera machista.

Jesús hace que se tome como referente el momento de la creación del hombre y la mujer, no las prácticas ni las leyes establecidas, que favorecían a los hombres y discriminaban a las mujeres. Les recordó lo que escuchamos en la primera lectura: que Dios los creó hombre y mujer, iguales en dignidad, en condiciones, en derechos. Dios diseñó que ambos fueran compañeros, ayudantes uno del otro: *“Voy a hacerle alguien como él”* (*Gn* 2, 18). ¡Cómo él!, dijo Dios.

El hombre, al ver a la mujer que Dios hizo de su misma costilla, exclamó gustoso: *“Ésta […] es hueso de mis huesos y carne de mi carne”* (v. 23). Con esa alabanza reconoció que la mujer goza de iguales condiciones: la misma carne, los mismos huesos, la misma naturaleza, la misma dignidad, los mismos derechos. De aquí que, desde que el ser humano existe sobre la tierra, hombres y mujeres nos tenemos que valorar, reconocer, tratar y cuidar como iguales.

Eso es precisamente lo que Jesús quiere que reconozcan los que le hicieron la pregunta y es lo que espera que vivamos todos sus discípulos y discípulas. Entonces no tendría que haber dominio, discriminaciones, maltratadas, ofensas, abusos, golpes… de parte del hombre hacia la mujer; pero tampoco de la mujer hacia el hombre. Y esto en las relaciones ordinarias, no se diga en la vida matrimonial, pues ahí existe un compromiso asumido por los dos y por amor.

 La otra situación que presenta el Evangelio es la actitud de los discípulos para con los niños que le llevaron a Jesús. Como los niños no contaban en la vida de la sociedad judía –y los discípulos tenían este modo de pensar–, trataban de impedir que Jesús los tocara. En los niños están representados los pobres. Los pequeños son frágiles, sencillos, transparentes, capaces de perdonar, se admiran ante las novedades, confían totalmente en sus papás, no son dobles.

Jesús, que se enoja por el modo de actuar de sus discípulos, les pide que ellos –adultos– sean como los niños, si es que quieren entrar en el Reino de Dios. Tampoco tiene que haber menosprecios, discriminaciones, abusos, golpes… en contra de los pequeños, sean los niños o sean los pobres. Los pequeños gozan de la misma dignidad y se merecen el mismo respeto que los mayores. Por ser personas poseemos la misma naturaleza, gozamos de igual dignidad.

La Palabra de Dios nos invita hoy a cambiar situaciones de nuestras familias, comunidades y sociedad, que reflejan desigualdades en el trato entre hombres y mujeres, abusos de los adultos para con los niños y de los ricos para con los pobres. Jesús, que se nos ofrece hoy en la Comunión, tiene la misma condición humana que nosotros, como expresa la Carta a los Hebreos. Que el encuentro sacramental con Él nos impulse a tratarnos todos y todas como iguales.

# 28º Domingo ordinario

## La riqueza impide ser cristiano

**Textos:** Sb 7, 7-11; Hb 4, 12-13; Mc 10, 17-30

Lo que dice la Carta a los Hebreos es bien cierto: que la Palabra de Dios *descubre los pensamientos e intenciones del corazón* (4, 12). Lo vemos en aquel joven que se puso de rodillas ante Jesús y lo captamos en nuestra propia vida. El proyecto de vida del joven estaba cimentado en las riquezas. Esto apareció claro cuando Jesús le pidió que vendiera todos sus bienes y que el dinero de la venta se lo diera a los pobres. Lleno de bienes no podía seguir a Jesús.

El muchacho no se sentía satisfecho con su vida, a pesar de todo lo que poseía. Como que le faltaba algo más para estar en camino de alcanzar la vida eterna. Por eso le preguntó a Jesús qué tenía que hacer. Jesús repitió todos los mandamientos orientados a la vivencia de la hermandad: no matar, no ser adúltero, no robar, no levantar falsos, honrar a sus papás. Y, además, le agregó que no fuera estafador. En el fondo, le decía que tenía que ser hermano.

Es curioso que Jesús no le mencionara los mandamientos sobre el culto a Dios: amarlo por encima de todo, no jurar en falso en su nombre, santificar el sábado. No quiere decir que no fueran importantes, sino que no se le puede dar culto mientras no se viva la hermandad. El joven creyó que bastaba con cumplir los mandamientos. Jesús lo encueró, como dice la segunda lectura: le dijo que tenía que desprenderse de sus riquezas y ser hermano con los pobres.

Con eso que hiciera, el joven ya tenía un tesoro en el cielo, a donde quería ir. Estaría en condiciones de caminar hacia la vida eterna. O sea que no es suficiente con cumplir los mandamientos; es necesario liberarse de las riquezas, ambiciones, proyectos materiales y vivir la solidaridad con los pobres. Así podría comenzar su experiencia de seguimiento a Jesús. Eso no le gustó, frunció el ceño, se puso de pésame, dio la media vuelta y se regresó a su estilo de vida.

Su vida estaba cimentada en las riquezas. Los bienes materiales lo tenían amarrado, no lo dejaban ser libre. Su vida estaba diseñada para tener dinero, para acumular bienes, para vivir en la abundancia. Por eso no fue capaz de aceptar la propuesta de Jesús y desaprovechó la oportunidad de entrar en la vida del Reino de Dios. Estaba imposibilitado. No se puede ser rico y entrar en la vida eterna, no es posible alcanzar la salvación si se está atado a las riquezas.

La Palabra de Dios, que es Jesús, descubrió los proyectos cultivados en el corazón de aquel joven. Penetró hasta lo más hondo de su alma, lo dejó desnudo. Cuántas personas se encuentran en la misma situación –quizá algunas de las que nos encontramos participando en esta celebración dominical–: están fincando su proyecto de vida en el dinero y los bienes materiales, al mismo tiempo que son incapaces de ser hermanos y de vivir la solidaridad con los pobres.

Este modo de pensar y ese estilo de vida son impedimento para ser cristianos. Ser cristiano no consiste en tener el Bautismo, cumplir los mandamientos y participar en la Misa dominical. Es mucho más, si tenemos en cuenta las palabras de Jesús. Para ser cristiano es necesario estar totalmente desprendidos del dinero y las riquezas materiales, vivir como hermanos, ser solidarios con los pobres. Esta es la condición fundamental para poder vivir el seguimiento a Jesús.

Teniendo en cuenta lo que dice la primera lectura de hoy, pidamos a Dios la sabiduría necesaria para revisar nuestros proyectos de vida y captar si están en sintonía con la propuesta de Jesús o no. Abramos nuestro corazón para que la Palabra de Dios entre hasta lo más íntimo y descubra nuestros pensamientos e intenciones. Liberémonos de todo proyecto de vida que esté cimentado en las riquezas, los bienes y el dinero, pues nos impiden ser cristianos.

# 29º Domingo ordinario

## Servidores y esclavos

**Textos:** Is 53, 10-11; Hb 4, 14-16; Mc 10, 35-45

Santiago y Juan ya habían hecho su proyecto de vida: ser el primero y el segundo en la “empresa” o “plataforma política” de Jesús. Ellos le propusieron esto al Maestro, pensando en que sería alguien muy poderoso, como se esperaba al Mesías entre los judíos. Pero Jesús les aclaró que ni Él vino para eso ni sus discípulos tendrían que buscar los primeros puestos. Más bien, deberían esforzarse por ser servidores y esclavos de todos, tal como Él les estaba enseñando.

Hoy, que nos hemos reunido para celebrar la Eucaristía dominical, podemos prepararnos al encuentro sacramental con Jesús haciendo una revisión de nuestra vida a la luz de la Palabra de Dios. Los tres textos nos hablan del servicio, la entrega, el sufrimiento, el darse, todo en función de los demás. En la vida de la comunidad de discípulos y discípulas de Jesús es fundamental convertirse en servidores de los demás, en esclavos de todos. El ejemplo lo tenemos en Jesús.

Jesús acababa de anunciarles a los Doce su pasión en Jerusalén y su resurrección. Les dijo que iba a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, que lo condenarían a muerte, lo entregarían a los paganos, se iban a burlar de Él, lo escupirían, lo azotarían y lo matarían, pero que al tercer día iba a resucitar. Quiere decir que estaba dispuesto a dar su vida, a entregarse y a sufrir por los demás. En Él se cumpliría el sufrimiento del siervo anunciado por Isaías.

Es curioso que mientras Jesús hablaba de darse, ellos se afanaban por ser los primeros. Y los demás se enojaron contra ellos por eso. ¿Qué tal si todos andaban buscando lo mismo, si cojeaban de la misma pata, como decimos? Eran dos modos distintos y antagónicos de ubicarse el de Jesús y el de sus discípulos. Por eso, llama a todos y les dice que no tienen por qué actuar como los gobernantes, que son dominadores, autoritarios y propietarios, sino como servidores.

Jesús mismo se puso como ejemplo, para sostenerse en el anuncio de su pasión. Les dijo –y nos dice hoy– que no vino para que lo sirvieran sino para servir y dar su vida en rescate por muchos. Vino para cargar los crímenes de las personas y justificarlas, como dice la Carta a los Hebreos. Vino entonces para hacerse esclavo de todos los humanos y no sólo de sus discípulos. Por eso, por haberse compadecido de nuestras debilidades, se convirtió en el Sumo Sacerdote.

Cómo nos cuesta a nosotros servir a los demás. Ponemos muchas trabas para no ayudar, para no dedicar tiempo a otras personas o a la comunidad en lo que ocupe, principalmente cuando se trata de enfermos o trabajos en común. Cuando se piden ayudantes, muchas veces nos quedamos callados, no tenemos la capacidad de ofrecernos voluntariamente. Nos da trabajo aceptar que nos pidan un favor o un servicio. Es más fácil mandar, dar órdenes, pedir, obligar.

Lo que Jesús propone es que sus discípulos decidamos convertirnos en servidores y esclavos de todos, que asumamos como parte de nuestra vida ordinaria el hecho de ser los últimos. Esta es la grandeza a la que podemos aspirar, si es que queremos ser discípulos suyos. Esto implica repensar nuestra vida, vivir la conversión, replantear nuestro proyecto de vida cristiana, fortalecer la conciencia de discípulos servidores, gozar viviendo el servicio a los demás.

Aprendamos de nuestro Maestro. A Él no le daba vergüenza ser el servidor de todos; al contrario, se sabía esclavo y sirviente. Y lo hacía con gusto en la atención a los enfermos, hambrientos, excluidos, pobres; con decisión se entregó en la cruz para nuestra salvación. Ahí se convirtió plenamente en servidor y esclavo. Al comulgar nos unimos a su entrega, a su pasión y muerte, a la redención y rescate de multitudes. Dispongámonos a recibirlo para ir a servir.

# Domingo Mundial de las Misiones

## Hacer discípulos

**Textos:** Is 56, 1. 6-7; 1 Tim 2, 1-8; Mt 28, 16-20

En el texto del Evangelio que acabamos de escuchar está sintetizada la misión de la Iglesia. Hoy, que celebramos la Jornada Mundial de las Misiones, se nos presenta la oportunidad de reasumir nuestra responsabilidad en la misión que Jesús nos encomendó. No se trata solamente de recordar que tenemos la encomienda de ir a anunciar el Evangelio. Eso ya lo sabemos y lo repetimos continuamente. Se trata de que vivamos esa tarea de manera comprometida.

Jesús envió a sus discípulos: *“Vayan”* (*Mt* 28, 19), les dijo. Los discípulos son enviados, no van por sí mismos. Jesús había sido enviado por su Padre a anunciar y hacer presente su Reino y eso realizó con sus palabras y sus hechos. Esa responsabilidad la transmitió a los Once y, en ellos, a sus discípulos de todos los tiempos. Nosotros fuimos enviados a la misión el día de nuestro Bautismo y esa misión la renovamos personalmente con la Confirmación.

Hemos sido enviados por Jesús. Tenemos que vivir con la conciencia de lo que significa ser enviados. Es un compromiso que llevamos en nuestro ser de cristianos. Es algo que no se nos tiene que borrar de nuestra mente ni de nuestro corazón. Si somos plenamente conscientes de que somos misioneros, nos tenemos que esforzar por vivir como tales. El Vaticano II nos lo ha recordado; los Sínodos de Obispos nos dicen que lo tenemos que vivir de una manera nueva.

El Papa Francisco ha estado insistiendo en que los bautizados salgamos de los templos y centros parroquiales, para llevar alegremente el Evangelio a las periferias geográficas y existenciales, y para transformar las estructuras eclesiales y sociales. También ha pedido que como Iglesia seamos sensibles al sufrimiento de los pobres, misericordiosos, servidores, samaritanos. Para esto se ocupa que tomemos conciencia de la misión y de nuestro ser discípulos misioneros.

¿En qué consiste la misión? En enseñar y hacer que todos los pueblos de la tierra se conviertan en comunidades de discípulos de Jesús. Dicho con palabras del tema del Sínodo de los Obispos, nuestro compromiso es transmitir la fe cristiana. Esto no equivale tal cual a que hombres y mujeres reciban el Bautismo, sino que a través de nosotros las personas conozcan a Jesús, se encuentren con Él, crean en Él, se conviertan en discípulos suyos y sean sus misioneros.

Para ser discípulos de Jesús es necesario vivir la experiencia de seguimiento. Esto está indicado en las palabras de envío, cuando Jesús pide que se enseñe a cumplir lo mandado por Él. Ser discípulo de Jesús consiste en vivir como Él vivió y nos enseñó: amando, sirviendo, perdonando, compartiendo, denunciando las injusticias, luchando contra todo signo del mal, dando la vida. Esto no se tiene que vivir como algo impuesto sino como algo asumido libremente.

Además, para ser discípulos de Jesús es fundamental vivir en comunidad. Jesús formó a sus discípulos para la vida comunitaria. En los barrios o colonias donde vivimos hay que lograr una vida comunitaria. Para eso es necesario reunirse alrededor de la Palabra de Dios, encontrarse todas y todos como hermanos, organizarse para resolver necesidades comunes, atender a los enfermos, celebrar la vida. Todo esto hay que enseñarlo a los demás. Es lo que mandó Jesús.

Al celebrar la Eucaristía en este domingo dedicado a las misiones no nos conformemos con orar para que no falten misioneros en la Iglesia. Comprometámonos a vivir como misioneros: quienes ya están dando un servicio al Evangelio en su comunidad, fortalecerlo; quienes no se han animado, asumir el compromiso de colaborar en la evangelización. La Comunión sacramental fortalece para vivir como discípulos misioneros. Preparémonos a recibirla con alegría.

# 30° Domingo ordinario

## Proceso de fe

**Textos:** Jr 31, 7-9; Hb 5, 1-6; Mc 10, 46-52

En Bartimeo nos encontramos un verdadero proceso de fe, al que nos comprometimos antes de recibir el Bautismo, en la voz de nuestros papás y padrinos. Ellos asumieron la responsabilidad de educarnos en la fe; es el compromiso que se echan a cuestas cuando piden el Bautismo para sus hijos o ahijados. Según lo que escuchamos en la narración del evangelista san Marcos, Bartimeo comenzó ciego y terminó siguiendo a Jesús por el camino hacia Jerusalén.

Es interesante el proceso de fe de este ciego. Estaba a la orilla del camino, seguramente pidiendo limosna para sobrevivir; ya había escuchado algo sobre Jesús. Aunque no se había encontrado con Él, ya lo identificaba como Jesús, como el Hijo de David y como Maestro. Así lo llamó las tres veces que le dirigió la palabra. Eso indica que también creía en Jesús. Luego se encontró con Él, lo escuchó, dialogó, le presentó su necesidad y, ya viendo y viéndolo, lo siguió.

Este es un proceso de fe completo, proceso que los discípulos de Jesús no habían vivido, aunque andaban con Él. Al final de cuentas ellos, a diferencia de Bartimeo, aunque veían con sus ojos, estaban ciegos en relación a Jesús. Y no sólo eso, sino que querían impedir que el ciego de orillas del camino se encontrara con Jesús, lo viera, lo escuchara y platicara con Él. Hay que revisar si nosotros que vemos, no estamos como los discípulos y otros que iban con Jesús.

¿Por qué estaban ciegos los discípulos, a pesar que lo veían? Si tenemos en cuenta los textos del Evangelio de domingos anteriores, descubrimos los signos: cuando Jesús les habló de su Pasión y muerte, Pedro lo quiso apartar de ese camino; mientras que Jesús les dijo nuevamente que iba a padecer y morir, ellos discutían sobre quién era el más importante de todos; Santiago y Juan le acababan de pedir sentarse uno a su derecha y otro a su izquierda en su Reino.

Si se cierra el corazón a la propuesta de Jesús, se manifiesta la ceguera; al buscar el poder, el éxito, la fama, se vive ciegamente; mientras se siga un camino de vida fácil, no el de la entrega y el servicio que Jesús propone, se camina a ciegas; cuando los intereses en la vida son los puestos, el dinero, la primacía sobre los demás, no se ve. Y, además de eso, impedimos que los hijos, los ahijados, los vecinos, los miembros de la comunidad… vivan su proceso de fe.

Cuando Jesús le dice al ciego que su fe lo ha salvado, está queriendo decir que así tendríamos que vivir todos sus discípulos. El discipulado es una experiencia especial: hay que tirar todo lo que nos estorbe, acercarnos a Jesús, encontrarnos con Él, escucharlo, presentarle nuestras limitaciones y necesidades, conocerlo, creer en él y su proyecto del Reino, seguirlo en su camino y estilo de vida. Esto es lo que significa recobrar la vista, exactamente como le pasó a Bartimeo.

Lo que vivió Bartimeo en su proceso de fe manifiesta el cumplimiento de la promesa que Dios hizo a través de Jeremías: congregar a los débiles y excluidos en su pueblo. De esa manera Jesús vivía su entrega sacerdotal, de la que habla la Carta a los Hebreos: comprendía a los considerados ignorantes, estorbos, extraviados, porque así fue considerado Él: un ignorante, un estorbo para el sistema imperante y para el Imperio Romano, un extraviado en su modo de vivir.

Hoy nos encontramos con este Jesús, ignorante y estorbo para el poder político y religioso de su tiempo, y extraviado para sus familiares y discípulos; pero Maestro e Hijo de David para Bartimeo, y Sumo Sacerdote para el autor de la Carta a los Hebreos. Lo estamos escuchando en el Evangelio y nos acercaremos a recibirlo especialmente en el momento de la Comunión. Abrámosle nuestro corazón para fortalecer nuestro proceso de fe y no impedir a otros que lo vivan.

# 31er Domingo ordinario

## La felicidad

**Textos:** Dt 6, 2-6; Hb 7, 23-28; Mc 12, 28-34

En nuestros días casi todo el mundo pone la felicidad en el dinero, las tarjetas de crédito, la casa, el carro, la ropa de marca, los celulares y las computadoras más nuevos, el alcohol, la droga, el sexo; hay quien se siente feliz aprovechándose de los demás, sacando ventajas, golpeando, haciendo tranzas. La Palabra de Dios nos dice en qué consiste la verdadera felicidad: en poner en práctica los mandatos de Dios, que Jesús sintetiza en el mandamiento del amor.

En la primera lectura escuchamos a Moisés hablándole a su pueblo de parte de Dios. Les pide que cumplan sus mandamientos, que lo hagan siempre y que los enseñen a sus hijos. Esto supone conocer los mandatos, entenderlos, hacerlos propios, grabarlos en el corazón y traducirlos a las obras. Lo que Dios pide es que sepan vivir como hermanos. El fundamento está que Él es el único Señor y pide que se le ame con toda la persona, como lo recuerda Jesús.

El hecho de cumplir los mandamientos de Dios es lo que produce la felicidad. Esto es algo que tenemos que repensar en nuestra vida, convencernos y buscarlo. Al menos, así lo expresa Moisés, al decirles a los israelitas que pongan en práctica los mandamientos y así serán felices, personalmente y como pueblo. Cuando un escriba, para ponerle una trampa, le preguntó a Jesús sobre el primero de todos los mandamientos, Jesús recordó las palabras de Moisés.

Jesús puso en primer lugar el amor a Dios y, como buen israelita, convencido, dijo que hay que amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas. Todo lo que hace y todo lo que dice un miembro del pueblo de Dios tiene, o tendría, que ser para mostrar el amor a Dios. Y añade la otra parte del mandamiento del amor: amar al prójimo como a uno mismo. En el fondo, Jesús estaba diciendo que eso traería la felicidad.

Él mismo vivía esta doble dimensión. Amaba a Dios, lo llevaba en lo más profundo de su corazón y por eso servía, perdonaba, curaba, multiplicaba el pan; amaba a los demás, de modo especial a los pobres, a los excluidos, a los pecadores, a los enfermos. Él era feliz; y no tenía ni dónde reclinar la cabeza, vivía pobre, era reconocido como uno de los de abajo: el hijo del carpintero, le decían. Así vivió su sacerdocio día a día, sacerdocio del que habla la segunda lectura.

El autor de la Carta a los Hebreos presenta a Jesús como el Hijo eternamente perfecto. Quien vive amando, vive en la perfección. El momento culmen de su amor fue la muerte en la cruz. Allí se ofreció definitivamente a sí mismo. Pero se sigue ofreciendo para nosotros en la Eucaristía. El escriba que le hizo la pregunta le comentó la importancia de vivir con toda la persona el amor a Dios y al prójimo; le dijo que eso tenía más valor que cualquier sacrificio que se ofreciera.

Jesús lo felicitó y le dijo que no estaba lejos del Reino de Dios, por haber comprendido su enseñanza. Lo único que le faltaba –y quizá también a muchos de nosotros– era poner en práctica ese mandamiento del amor. Volvamos sobre nuestra vida: ¿en qué ponemos nuestros anhelos de felicidad? ¿Qué es lo que hacemos, buscando ser felices? No hay necesidad de tener dinero o bienes materiales, o vivir alcoholizados o en la droga, para ser felices. Basta con amar.

Jesús por amor se quedó en la Eucaristía. Su entrega se prolonga a través de los siglos en este sacramento. Hoy se nos dará en el pan y el vino como alimento. Si nos lo comemos es para fortalecer nuestro compromiso de amar. Necesitamos conocer cada vez más a Jesús y sus mandatos, comprenderlos, aceptarlos y grabarlos en el corazón, ponerlos en práctica, enseñarlos a los demás. Eso es lo que nos garantiza la experiencia de la felicidad. Dispongámonos a recibirlo.

# 32º Domingo ordinario

## Aprender de los pobres

**Textos:** 1 Re 17, 10-16; Hb 9, 24-28; Mc 12, 38-44

La Palabra de Dios nos ofrece hoy el testimonio de dos viudas. Ellas se convierten en modelo de vida para nosotros. Sufriendo la pobreza extrema, fueron capaces de desprenderse de todo lo que tenían para vivir con tal de que los demás tuvieran vida. A la viuda de Sarepta le quedaba solo un puñado de harina y un poco de aceite; la viuda que aparece en el Evangelio contaba únicamente con dos monedas, de muy poco valor, como dos monedas de diez centavos de hoy.

¿Qué podían hacer con eso que poseían? Prácticamente nada. ¿Quién puede vivir con poca harina y tantito aceite, o con dos monedas de diez centavos? Nadie. En esas condiciones estaban las dos viudas que, con lo que hicieron, nos muestran cómo tiene que ser nuestra vida. Y no sólo la nuestra personal, sino que cuestionan el modelo de vida imperante en nuestros días: una vida basada en el mercado, el consumismo, el acaparamiento, la ganancia, la competencia.

A pesar de lo poco que tenía, la viuda de Sarepta compartió el pan con el profeta Elías. No le pesó darle un pan; ella esperaba ya no comer más y morir de hambre junto con su hijo. Su acción tiene un grado sublime de confianza en Dios. Ya nunca le faltó qué comer. La viuda del Evangelio echó en la alcancía del templo sus dos monedas y, con ellas, todo lo que tenía para vivir. Según las palabras de Jesús, ella quedó justificada ante Dios con su acción.

Ni una ni otra dudaron en desprenderse de lo que tenían para vivir. Esto se convierte en modelo de vida para nosotros. Tenemos que aprender de los pobres. Ellos, sin tener asegurado el sustento para el día, sin poseer casa ni grandes bienes materiales, sin tener servicios médicos asegurados o contar con seguros de vida, sin tener un trabajo fijo y bien remunerado, son capaces de compartir lo que tienen; y generalmente lo hacen con la confianza puesta en Dios.

Por otra parte, Jesús reprobó el comportamiento de los escribas y la acción de los ricos que depositaban grandes cantidades de dinero en las alcancías del templo. Pidió a sus discípulos tener cuidado con los escribas. Por su modo de ser y su posición económica, por sus conocimientos, les gustaba presumir, recibir alabanzas, estar en los lugares de honor. Y, para acabarla, apareciendo muy religiosos, rece y rece, no dudaban en despojar a las viudas de sus bienes.

De los ricos, Jesús señaló que daban al templo de lo que les sobraba. Era mucho en cantidad lo que depositaban en las alcancías. Seguramente eso servía para embellecerlo rápidamente. Pero eran sobras. Ellos no tenían problema por el qué comer, dónde vivir, cómo pagar la medicina, con qué pagar los estudios, de dónde sacar para sus viajes; no se notaba que disminuyera su capital por lo que daban al templo. Por lo que dijo Jesús, no quedaron justificados ante Dios.

La manera de actuar de las dos viudas cuestiona el modo de vivir actual. El estilo de vida que agrada a Dios no es el del enriquecimiento, y menos a costa del empobrecimiento de la mayoría, el acaparamiento, la búsqueda de ganancia, la dinámica consumista. Lo que le gusta a Dios es el compartir, sensibilizarse ante las necesidades de los pobres, tender la mano. Es más, no se trata solamente de dar, y menos de lo que nos sobra o ya no ocupamos, sino de darnos.

Jesús se dio totalmente, derramó su sangre una sola vez y para siempre, como reconoce el autor de la Carta a los Hebreos. Al ofrecerse así, se convirtió en el Sumo Sacerdote que murió no sólo para quitar los pecados sino para la salvación de los pobres, es decir, de los que tienen puesta su esperanza en Dios. Jesús se da. Se sigue ofreciendo hoy en la Eucaristía como alimento: no nos da un poco de pan, se da todo convertido en pan. Dispongámonos a recibirlo.

# 33er Domingo ordinario

## El buen fin

**Textos:** Dn 12, 1-3; Hb 10, 11-14. 18; Mc 13, 24-32

La Palabra de Dios que se ha proclamado nos orienta en relación al buen fin. No se trata del que promueven los comerciantes para estos días con tal de obtener más ganancias, sino del que Jesús nos propone como discípulos suyos. Los textos nos llegan de manera oportuna, sobre todo teniendo en cuenta dos situaciones: una, que estamos a finales del año litúrgico; y la otra, que frecuentemente escuchamos a personas proclamando que ya se va a acabar el mundo.

Aunque utiliza imágenes de destrucción, Jesús no trata de asustar ni a sus discípulos de aquel tiempo ni a nosotros. Lo que nos quiere decir es que tenemos que cambiar nuestra manera de vivir, si es que anhelamos un buen fin: el de la vida eterna y no el del eterno castigo, anunciados por el profeta Daniel, como escuchamos en la primera lectura. Para esto es necesario que estemos atentos para descubrir los signos de los tiempos y saber de la cercanía del fin.

Jesús anuncia su venida y presenta los signos que la precederán: la luz del sol apagada, la luna sin brillo, las estrellas caídas, todo el universo conmovido. Se refiere a los grandes imperios que dominan a otros países, a los países poderosos que se apagarán en su esplendor, al final de las situaciones de opresión y de injusticia. Podemos decir que será el final de la violencia en el mundo. Esto nos lleva a que no perdamos la esperanza de una vida con tranquilidad y en paz.

La higuera que Jesús pone como ejemplo se refiere al templo de Jerusalén. En lugar de ser un espacio de acogida, de encuentro con Dios, se había convertido en una cueva de ladrones, en un espacio para el negocio y el mercado. Estaba muy bonito, pero no daba frutos. El templo también llegó a su fin; cuando fue destruido, por el año 70, no quedó piedra sobre piedra. La grandeza material no funciona cuando no ayuda a vivir en la hermandad, la justicia y la paz.

Con el ejemplo de la higuera, Jesús invita a sus discípulos a estar atentos a los signos que anuncian la cercanía de su venida gloriosa. Él anunció que vendrá para convocar a los justos de todos los pueblos de la tierra y reunirlos a su alrededor. De esta manera, como anuncia Daniel, los sabios van a brillar como brilla el cielo; y los que viven la justicia y la enseñan a los demás, tendrán el brillo como el de las estrellas. La opresión se apagará y la justicia resplandecerá.

El proyecto de Jesús está claro: la dominación, la injusticia, el dolor, la angustia, se tendrán que apagar; la hermandad, la justicia, la alegría, la esperanza, tendrán que brillar en el mundo… y para siempre. No se sabe cuándo, pero llegará ese día. Esto nos da esperanza, sobre todo si hacemos caso a Jesús, que dice que sus palabras se cumplirán, independientemente de que el mundo se acabe. Y aquí aparece nuestra tarea: mantenernos atentos, activos y con esperanza.

¿Qué tenemos que hacer entonces? Por lo pronto, no preocuparnos si se va a acabar el mundo o no, si los desastres naturales son anuncio del fin o no. A nosotros nos toca dedicarnos a construir relaciones armoniosas, de hermandad, de comunidad, de justicia, de paz. Esto es lo que nos tiene que preocupar si es que queremos un buen fin en nuestra vida y en la historia de la humanidad. Esto es lo que Jesús nos quiere decir en el Evangelio.

Vamos a celebrar la Eucaristía. Es la entrega de Jesús que se prolonga hasta nuestros días, es la ofrenda única y definitiva que hace perfectos a los justos, como expresa la Carta a los Hebreos. Al comernos a Jesús hecho Pan y Vino, asumamos el compromiso de mantenernos atentos a los signos de los tiempos, renovemos la esperanza de un buen fin basado en la justicia, la fraternidad y la paz, mantengámonos a la espera de su segunda venida para permanecer con Él.

# Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo

## Rey que sirve

**Textos:** Dn 7, 13-14; Ap 1, 5-8; Jn 18, 33-37

Jesús aparece en el interrogatorio a que Pilato lo está sometiendo. El punto de juicio, y de acusación de los Sumos Sacerdotes y los fariseos, era que se proclamaba rey. Jesús no negó su condición real, pero aclaró que su modo de reinar era diferente a los reinados de este mundo. Jesús no era un rey que dominaba, oprimía, que contaba con muchos esclavos o sirvientes, que tenía un palacio, un cetro, un trono y una corona de oro; Él reinó sirviendo a su pueblo.

Ciertamente Jesús nunca se presentó como rey, nunca se postuló ni hizo campaña para ser elegido gobernante. Al contrario, la vez que tuvo oportunidad de ser proclamado rey, después de la multiplicación de los panes, huyó al monte. Para reconocerlo y confesarlo rey, primero hay que descubrirlo. A Pilato le extrañaba que el que estaba frente a él, sucio, amarrado, acusado y ya condenado a muerte, fuera un rey. No tenía la pinta de rey sino de un judío cualquiera.

Jesús reina de manera diferente a como “reinan” los reyes de este mundo. Él ama, sirve a los pobres, da la vida por todos, se convierte en alimento para los suyos, hace que todos sus discípulos tengamos la misma condición. Lo expresa el Apocalipsis, que lo llama *el testigo fiel, el primogénito de los muertos, el soberano de los reyes de la tierra; aquel que nos amó y nos purificó de nuestros pecados con su sangre y ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes* (1, 5-6).

Jesús reinó con la verdad, el amor, la solidaridad, la compasión. Pilato reinaba con la mentira, el abuso, la prepotencia, la inmisericordia, como sucede frecuentemente con nuestros gobernantes. Demostró su manera perversa de gobernar cuando, a pesar de no encontrar culpa en Jesús, lo mandó azotar, dejó que los soldados lo coronaran de espinas y se burlaran de él, y lo entregó a los judíos para que lo crucificaran. Actuó así porque no era de la verdad.

Quien no es de la verdad no escucha la voz de Jesús, sino que se escucha a sí mismo o se deja conducir por los intereses de grupos o partidos políticos. En nuestros días sucede lo mismo. Es muy difícil encontrar gobernantes que dedican su vida a servir al pueblo. La mayoría llegó al poder con trampas, comprando los votos, manipulando las votaciones, haciendo campaña en contra de los demás contendientes, utilizando los medios masivos de comunicación a su favor.

En las familias y en la sociedad no se educa a las personas para amar, servir, ver por el bien de los demás, dar la vida; generalmente se induce a aprovecharse de los demás, a sacar ventaja, a pasar por encima de otros, con tal de tener puestos o de obtener el poder. Así se vive en las familias y en los espacios de trabajo, incluso entre personas bautizadas. Eso está muy distante de lo que Jesús nos enseña. A Él se le da el honor y la gloria por haberse hecho servidor.

Jesús nos enseña a ser reyes. Por el Bautismo participamos de esta condición; Él nos hizo un reino de sacerdotes. Los verdaderos reyes sirven, ven por el bien de los demás, no buscan sacar ganancias, dan la vida por los suyos. Así actuó precisamente Jesús. Por eso es el soberano de los reyes de la tierra, como confiesa el autor del Apocalipsis. Si es soberano es porque resucitó, si resucitó es porque murió, si murió fue porque dio fiel testimonio de servicio, amor, entrega.

Como buen Rey, Jesús se nos da hoy hecho alimento. Se hace Pan y Vino para que lo comamos y tengamos vida. Se sigue entregando para nuestro bien, continúa amándonos y purificándonos con su sangre. Él espera que hagamos lo mismo en nuestras familias y comunidad. Al comulgar nos comprometemos a ser reyes servidores, a caminar en la verdad, a buscar el bien común para todos. Dispongámonos a vivir el encuentro sacramental con Jesús en la Comunión.

# Nacimiento de San Juan Bautista

## 24 de junio

**Textos:** Is 49, 1-6; Hch 13, 22-26; Lc 1, 57-66. 80

Hoy que celebramos el nacimiento de san Juan Bautista, los textos bíblicos, especialmente el Evangelio, nos ayudan a reflexionar sobre nuestra condición cristiana y sobre nuestra Diócesis, que cumplirá años el próximo día 30. San Lucas, al narrar el nacimiento del profeta, pone el acento en el nombre que llevaría el recién nacido. Tanto Isabel como Zacarías insistieron en que se llamaría Juan, como les había dicho el ángel al anunciarles que tendrían un hijo.

Entre los judíos era costumbre que al primer hijo se le pusiera el nombre del papá o de algún pariente. En este caso, como en el de Jesús, quien puso el nombre fue Dios y no los papás. El ángel solamente se lo comunicó. Ellos lo aceptaron y lo asumieron, como escuchamos. En la cultura judía el nombre estaba ligado a la misión del niño. Juan significa: “Dios es misericordioso”. Y sí. Dios le mostró a Isabel su misericordia al darle un hijo, siendo anciana y estéril.

¿Cuál fue la misión del Bautista? Prepararle el camino al Mesías, invitando a la conversión, y presentarlo al pueblo como el Cordero de Dios. Esto lo hizo asumiendo el estilo de vida de los profetas. En él se cumplió lo que escuchamos del profeta Isaías: lo llamó por su nombre desde el vientre materno, lo formó para que fuera su servidor, le dio una lengua como espada filosa; vivió confiado a las manos del Señor y asistido por su fuerza, hasta morir por decir la verdad.

Al igual que Juan, nosotros recibimos un nombre. Eso sucedió en el Bautismo. Ahí fuimos llamados por nuestro nombre para integrarnos a la Iglesia. Pero, al mismo tiempo recibimos una misión, la misión de la Iglesia: ir por todo el mundo a anunciar el Evangelio, hacer discípulos por todos los pueblos de la tierra. Fuimos bautizados para evangelizar. En nuestro nombre, independientemente de cómo nos llamemos, está la misión que tenemos. ¿La estamos cumpliendo?

Como Diócesis sucede lo mismo. Vamos a cumplir años de haber nacido y recibido un nombre. Estamos registrados como Diócesis de Ciudad Guzmán; ese es nuestro nombre oficial en la Iglesia. Y decir Diócesis equivale a decir Iglesia, pues somos una porción de la Iglesia confiada a los cuidados pastorales de un obispo. Y decir Iglesia significa que tenemos una misión. De hecho, una Diócesis es creada para realizar la misión de la Iglesia y no para otra cosa.

A una semana de celebrar el aniversario, como parte de la preparación, le damos gracias a Dios porque nos ha permitido realizar la misión de evangelizar en los pueblos del Sur de Jalisco. No solo tenemos un obispo, parroquias, sacerdotes, agentes de pastoral laicos, comunidades religiosas, seminario, planes de pastoral, una estructura pastoral con equipos y comisiones, sino que contamos con una experiencia propia de realizar la misión como Diócesis.

Al mismo tiempo, nos renovamos para seguir adelante en la búsqueda por ser una Iglesia diocesana con nombre y rostro propio. Es decir, asumimos de nuevo la tarea de realizar desde los barrios, colonias y ranchos lo que hemos ido aclarando de la Iglesia: una Diócesis profética, comunitaria, en proceso de conversión, ministerial, solidaria, celebrante. Estas dimensiones de la Iglesia las tenemos que mantener en las parroquias y en la formación de los seminaristas.

Hoy que nos encontramos como comunidad para celebrar el Misterio Pascual de Cristo, nos alimentamos de su Cuerpo y Sangre. Con este alimento, recibido en el contexto de acción de gracias y renovación, esperamos parecernos a Juan Bautista que, mientras crecía físicamente, se fortalecía en el espíritu para ir a cumplir su misión como profeta. Vayamos a hacer realidad, personalmente y como Diócesis, que en el nombre que tenemos llevamos la misión.

# Todos los santos

## 1º de noviembre

**Textos:** Ap 7, 2-4. 9-14; 1 Jn 3, 1-3; Mt 5, 1-12

En este día celebramos la Fiesta de Todos los Santos, aquellos a los que el libro del Apocalipsis describe como *los servidores de nuestro Dios* (7, 3), el *gentío inmenso, imposible de contar de toda nación y raza, de todo pueblo y lengua que estaban de pie, delante del trono y del Cordero* (v. 9). Nuestra esperanza cristiana es estar entre esos servidores de Dios y para alcanzarla tenemos que ser de los que Jesús dice: *“Dichosos los pobres de espíritu”* (*Mt* 5, 3).

En esta bienaventuranza se sintetizan las demás y toda la vida cristiana. Es curioso que Jesús, a diferencia del modo de pensar de hoy, no llama dichosos a los que poseen bienes materiales: dinero, terrenos, casas, ganado, vehículos… sino a los que viven de un modo especial: los pobres de espíritu, que lloran y sufren, que tienen hambre y sed de justicia, que son misericordiosos y limpios de corazón, que trabajan por la paz, que son perseguidos por el Evangelio.

Lo que dice Jesús en las bienaventuranzas es lo que tenemos que vivir todos los bautizados, dado que es el proyecto de vida de Jesús y el de sus discípulos. Por eso, al celebrar la Eucaristía, estamos invitados a revisar nuestra manera de vivir y también a renovar nuestro compromiso de llevar una vida conforme a la propuesta de Jesús. Esto que Jesús propone para sus discípulos, y que garantiza la entrada en el Reino, es lo que Él fue viviendo día a día.

Todos tenemos derecho a la felicidad y la felicidad humana no consiste en poseer bienes, en tener poder, en adquirir fama. Para Jesús la felicidad la da la pobreza de espíritu. Quien es pobre de espíritu está desprendido de todo bien material, llora con el que llora, sufre con el que sufre, es misericordioso con el pobre, no tiene doblez de corazón, trabaja por la paz, lucha por la justicia, es incomprendido, perseguido y calumniado por la causa de Jesús.

Llevar este estilo de vida es lo que asegura la felicidad plena. Y la felicidad plena de los humanos la celebramos en esta solemnidad de todos los Santos y Santas. La Comunión es el momento culmen de esta celebración. Al comulgar, nos unimos a Jesús en su proyecto del Reino y en su estilo de vida. Comulgar sacramentalmente significa comulgar existencialmente con Jesús, por lo que nos comprometemos a llevar una vida conforme a las bienaventuranzas.

Ordinariamente nos cuesta trabajo asumir este estilo de vida propuesto por Jesús, porque contrasta con la propuesta de la sociedad de hoy. Dejándose llevar por esta propuesta casi nadie quiere tener espíritu de pobre, porque no da fama; casi nadie quiere que lo saquen de la comodidad, casi nadie quiere dedicar su persona y su tiempo para vivir la misericordia con los excluidos de la sociedad, casi nadie quiere comprometerse para construir la paz con justicia.

Sin embargo, el estilo de vida que Jesús propone es el que asegura la felicidad, aunque no da fama sino que trae críticas y persecuciones. Lo que se recibe a cambio de vivir así no es dinero ni otros bienes materiales, sino la alegría de estar cumpliendo los mandamientos de Dios, la certeza de estar viviendo como Jesús, la esperanza de participar de la vida del Reino de Dios en plenitud. Esta esperanza se alimenta al celebrar a los Santos y al participar de la Eucaristía.

Si como miembros de la Iglesia anhelamos estar entre *los que han lavado y blanqueado su túnica con la sangre del Cordero* (*Ap* 7, 14), si queremos aspirar a la felicidad plena, si queremos recibir el premio grande en los cielos, entonces, fortalecidos con la Eucaristía, tenemos que luchar por ser discípulos de Jesús, pobres de espíritu, totalmente entregados a Dios actuando como hijos suyos y totalmente entregados a los demás, viviendo las bienaventuranzas.

# La Inmaculada Concepción

## 8 de diciembre

**Textos:** Gn 3, 9-15. 20; Ef 1, 3-6. 11-12; Lc 1, 26-38

Celebramos como Iglesia a la Virgen María en el misterio de su Inmaculada Concepción. Ella, por un privilegio de Dios y en vistas a su misión de Madre del Mesías, fue preservada del pecado original. La palabra inmaculada significa sin mancha y referida a la Virgen María nos da a entender que ella fue concebida sin la mancha del pecado original y es lo que le agradecemos a Dios en este día. No quiere decir que no tuvo tentaciones, sino que vivió libre del pecado.

Todos y todas participamos del pecado original, de sus consecuencias, por el hecho de ser humanos. La condición humana está inclinada al pecado desde su existencia, es decir, desde Adán y Eva. El pecado es todo rompimiento con la relación con Dios, rompimiento que se da porque se rompe la relación con las demás personas y con la naturaleza. Este rompimiento hace que las personas, las comunidades, la Iglesia, la sociedad, estén desnudas ante Dios.

El pecado original es el de Adán y Eva porque en su libertad, que Dios respetó, decidieron comer del fruto prohibido, es decir, hicieron lo que Dios les había dicho que no hicieran. Es original porque dio origen al pecado, lo que trajo como consecuencia el trabajo, el dolor, la muerte, vividos con angustia a partir de entonces. Estas realidades ya existían antes del pecado, pero sin la pesadez de tener que trabajar y cansarse o la angustia de tener que morir.

Pero, Dios mismo vino a restaurar esa relación rota con Él. Por eso buscó a Adán y a Eva, es decir, a la humanidad, para ofrecernos la vida nueva, vida que se cumplirá definitivamente con la llegada de su Hijo al mundo. Fue la promesa que hizo cuando le dijo al diablo, personificado en la serpiente: *Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; y su descendencia te aplastará la cabeza, mientras tú tratarás de morder su talón* (*Gn* 3, 15).

María es identificada con esta mujer y su descendencia es Jesús y quienes le pertenecen porque hacen presente el reinado de Dios en el mundo, o sea, aquellos que luchan por la justicia, la paz, la hermandad. Nosotros por el Bautismo pertenecemos a esta descendencia, puesto que Dios *nos eligió en Cristo, antes de crear el mundo, para que fuéramos santos e irreprochables a sus ojos […] para que fuéramos una alabanza continua de su gloria* (*Ef* 1, 4. 12).

Pero también por nuestra libertad, que Dios sigue respetando, hemos decidido volver al pecado rompiendo la relación de hermandad con las demás personas y la relación de administradores con la naturaleza porque la hemos estado destruyendo. Nosotros tenemos un camino para rehacer esta relación: el sacramento de la Reconciliación, sacramento que supone la reconciliación con los demás y con la naturaleza, asumiendo la vida de hermanos con ellos.

En esta celebración agradecemos a Dios que la Virgen fue concebida y se mantuvo sin pecado a lo largo de su vida, pero también nos comprometemos a luchar por salir de las situaciones de pecado, tanto personales como sociales. De los pecados personales podemos salir perdonándonos con los demás y reconciliándonos sacramentalmente con Dios; de los pecados sociales podemos salir garantizando los Derechos humanos y los derechos de la naturaleza.

Por la celebración de esta Eucaristía, vayamos a nuestra familia, a nuestra comunidad, a la sociedad a hacer una vida sin pecado, una vida hermanable, una vida en la justicia. De esta manera manifestaremos nuestra devoción a la Virgen María, porque así vivió ella, y nuestra gratitud a Dios porque nos la dio sin la mancha del pecado original. Dispongámonos a recibir sacramentalmente a Jesús, el Hijo de María, que murió para librarnos del pecado.

# Nuestra Señora de Guadalupe

## 12 de diciembre

**Textos:** Is 7, 10-14; *Eclo* 24, 23-31; Gal 4, 4-7; Lc 1, 39-48

Hoy estamos de fiesta porque la Virgen de Guadalupe, a quien Isabel reconoció como la “bendita entre las mujeres”, quiso quedarse entre nosotros para siempre desde aquel 12 de diciembre de 1531. Con la celebración de la Eucaristía le agradecemos a Dios este regalo que nos ha hecho en la persona de la Virgen y sobre todo que ella abrió el camino para que su Hijo, el Hijo de Dios por quien se vive, llegara a nuestras tierras como la Buena Nueva.

María fue felicitada por Isabel debido a su fe en Dios. Ella le creyó al Arcángel Gabriel, quien le comunicó que Dios la había elegido para ser la Madre del Salvador, y aceptó esta responsabilidad. Ahora va a comunicarle a Isabel la Buena Nueva, pues lleva en su vientre al Hijo de Dios. La llegada del Mesías esperado desde hacía siglos era una realidad y ellas dos, pobres de Yahvé, cantan esta Buena Noticia de salvación, como lo escuchamos en el texto del Evangelio.

De la misma manera, María, en su imagen de Guadalupe impresa en la tilma de Juan Diego, vino a nuestro país para traernos la Buena Nueva de liberación. Ella trae en su vientre al Hijo de Dios, pues viene embarazada. Los habitantes de aquel tiempo y los que vivimos en este siglo XXI nos alegramos con su llegada y la felicitamos con Isabel. Le decimos nuevamente: *“¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!”* (*Lc* 1, 42).

¿Por qué es bendita entre todas las mujeres? Por su fe en Dios y por comunicar, con sus palabras y con sus hechos, la Buena Nueva, es decir, por ser creyente y evangelizadora. Ella, con su presencia abrió el camino para que su Hijo fuera anunciado en nuestras tierras y para que no sólo nos convirtiéramos en hijos de Dios y lo pudiéramos llamar Padre, sino para que recibiendo a su Hijo se hiciera realidad el proyecto de Dios: rescatar a todos los sometidos a la ley.

Hoy, con esta celebración, María provoca que nuevamente nos encontremos con su Hijo, que se hace Pan y Vino para que nos lo comamos y alimentemos nuestra fe, para que nos convirtamos como ella en evangelizadores, para que comuniquemos la Buena Nueva en la comunidad. Esta Buena Nueva es Jesús, la Sabiduría de Dios presentada por el Eclesiástico que espera vayamos a ella, nos alimentemos de sus frutos y vivamos sin pecar.

Para comunicar a Jesús, necesitamos encontrarnos con Él especialmente en los evangelios. María es capaz de comunicarlo porque se ha encontrado con Él, lo ha aceptado con fe, lo ha recibido en su vientre, lo ha dado a luz, lo ha criado, lo ha educado, lo ha seguido como discípula. Esto falta que cultivemos nosotros en las familias y en la comunidad. ¿Cuánto tiempo dedicamos en nuestras familias a leer y meditar el Evangelio? ¿Cómo lo damos a conocer?

La Virgen de Guadalupe nos anima con su presencia entre nosotros y sobre todo con su testimonio, a estar abiertos a Dios, a creer en Él, a aceptar a su Hijo, a ponernos totalmente a su servicio, a vivir como discípulos suyos para convertirnos luego en misioneros, en evangelizadores. Por darnos este ejemplo y por colaborar al anuncio del Evangelio en nuestro país la reconocemos como bendita entre las mujeres y la llamamos dichosa porque ha creído en Dios.

Que la participación en esta Eucaristía nos motive a buscar encontrarnos con Jesús en el Evangelio, que lo aceptemos y nos dejemos transformar por Él, que nos convirtamos en anunciadores suyos. Que nuestra devoción a la Virgen María de Guadalupe se vea enriquecida con el encuentro sacramental con Jesús en la Comunión. Que regresemos a la comunidad llevando a Jesús, para que lo anunciemos con nuestras palabras y hechos, al igual que la Virgen María.

# Índice

Presentación 1

1er Domingo de Adviento 3

2° Domingo de Adviento 4

3er Domingo de Adviento 5

4° Domingo de Adviento 6

Natividad de Nuestro Señor 7

Sagrada Familia de Jesús, María y José 8

Santa María, Madre de Dios 9

Epifanía del Señor 10

Bautismo del Señor 11

2° Domingo ordinario 12

3er Domingo ordinario 13

4° Domingo ordinario 14

5° Domingo ordinario 15

6° Domingo ordinario 16

7° Domingo ordinario 17

8º Domingo ordinario 18

9º Domingo ordinario 19

1er Domingo de Cuaresma 20

2° Domingo de Cuaresma 21

3er Domingo de Cuaresma 22

4° Domingo de Cuaresma 23

5° Domingo de Cuaresma 24

Domingo de Ramos “De la Pasión del Señor” 25

Jueves Santo 26

Viernes Santo 27

Vigilia Pascual 28

Domingo de Pascua 29

2° Domingo de Pascua 30

3er Domingo de Pascua 31

4° Domingo de Pascua 32

5° Domingo de Pascua 33

6° Domingo de Pascua 34

La Ascensión del Señor 35

Domingo de Pentecostés 36

La Santísima Trinidad 37

10° Domingo ordinario 38

11er Domingo ordinario 39

12° Domingo ordinario 40

13er Domingo ordinario 41

14° Domingo ordinario 42

15° Domingo ordinario 43

16° Domingo ordinario 44

17° Domingo ordinario 45

18° Domingo ordinario 46

19° Domingo ordinario 47

20° Domingo ordinario 48

21er Domingo ordinario 49

22° Domingo ordinario 50

23er Domingo ordinario 51

24° Domingo ordinario 52

25° Domingo ordinario 53

26° Domingo ordinario 54

27° Domingo ordinario 55

28° Domingo ordinario 56

29° Domingo ordinario 57

Domingo Mundial de las Misiones 58

30° Domingo ordinario 59

31er Domingo ordinario 60

32° Domingo ordinario 61

33er Domingo ordinario 62

Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo 63

Nacimiento de San Juan Bautista 64

Todos los santos 65

La inmaculada Concepción 66

Nuestra Señora de Guadalupe 67

Índice 68



*“Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga”*